

fabi tron y valeria flores
(comp.)

chonguitas



masculinidades de niñas

Editora la Mondonga Dark

Edición: fabi tron y valeria flores

Foto y diseño de tapa: Celeste Onaindia y Epoyán Gonzalez

Editorial: La Mondonga dark

Año: 2013

Lugar: Neuquén - Argentina

Mail: mondongadark@gmail.com

Licencia creative commons



Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada

Chonguitas:
masculinidades
de niñas

fabi tron y valeria flores (comps.)

con Andrea Lacombe

*Para las chonguitas que fuimos, las que vendrán
y las que estamos siendo...*

Índice

Prólogo

fabi tron y valeria flores [8]

La rabiosa

Andrea Achilli (La Plata - Argentina) [14]

Foto de estudio

Evelyn Sotomayor (Lima - Perú) [18]

La vida, es la vida, yo puedo hacer lo que quiera

Josefina Alba Posse (La Plata - Argentina) [20]

Masculina femenina, siempre

Nines Campo Esteban (Neuquén - Argentina) [24]

Mi jeep policial

Erika Ugarte Aguila (Santiago - Chile) [27]

Marimacha

Ali Toscano (Neuquén - Argentina) [31]

Fútbol, piñas y barro

Yessica Cabrera (Tandil - Argentina) [34]

Liniers

Pao Lin / Lin Bao (CABA - Argentina) [38]

Mamá y mamá

Claudia Barrientos (Neuquén - Argentina) [42]

Chalito

Noemí Tapia (Neuquén - Argentina) [45]

La guerra contra las polleras

Marcela Torres (Neuquén - Argentina) [48]

¿Y L... por dónde anda?

Laura Kussrow Quereilhac (Jalisco - México) [51]

No se trepa a los árboles con vestido

Veru Iché (Estado Español) [55]

Manuelita vivía en Pehuajó, pero...

Lucia Forneri (CABA - Argentina) [57]

Abrir la puerta para ir a jugar

fabi tron (Córdoba - Argentina) [62]

Pepita, la pistolera

Cecilia Dumón (CABA - Argentina) [67]

Un chonguito por las ramas

Luciana Tadey (CABA - Argentina) [71]

Chupate esa mandarina

Ana Scully o Aniushka Lupín (Córdoba - Argentina) [75]

Familiar

xara sacchi (Bilbo - País Vasco) [78]

Jugar con las muñecas de tus manos

Violeta (CABA - Argentina) [84]

A los 7...

Diana Pérez Rivera (México) [88]

Una chonguita de la resistencia armada

Julia Zárate (CABA - Argentina) [91]

Abrazo hermano

Dahiana Belfiori (Rafaela - Argentina) [94]

Los nenes con los nenes, las nenas con las nenas

mónica palacio (Córdoba - Argentina) [97]

Al calor de la escena in/de/fin/ida

Ileana Dell'Unti (La Plata - Argentina) [101]

Los juegos que yo quiera

Carolina Reynoso (CABA - Argentina) [106]

Ser chong@ y no morir en el intento

Natalia "taty" Lavia (Puerto Madryn – Argentina) [110]

De ayer a hoy... de peque a adulta mujer

Natalia Quintana (P.N. Los Alerces-Argentina) [114]

La denuncia de mi teta izquierda

Cecilia Ré (Córdoba – Argentina) [119]

Diario

Laura Fernández Cordero (Buenos Aires-Argentina) [124]

Rara

valeria flores (Neuquén – Argentina) [127]

¡Nena, qué pena!

Gabriela Grenni (Buenos Aires – Argentina) [132]

La seriedad de los juegos

Graciela Soto (CABA - Argentina) [134]

Des-aprender a caminar

Wanda Rzoncinsky (CABA – Argentina) [137]

La Experiencia Lesbiana

Ivonne Yesenia Vite Silva (Aguas Calientes – México) [141]

Alguna vez fui ángel

Susana Albarrán Méndez (Madrid – Estado Español) [147]

La flaca machorra

María de los Ángeles Martínez Suárez (D.F.-México) [150]

La futbolera

Marina Moran (Neuquén – Argentina) [155]

El picadito reclamó un cambio de "hábito"

Eliana Lores (Quilmes – Argentina) [159]

Machonas

Marta Lete (Tigre – Argentina) [162]

Libros, sapos y amistad: también las niñas resisten...

María Luisa Peralta (Ramos Mejía – Argentina) [164]

Recuerdos de una chonguita provinciana

Macky Corbalán (Neuquén – Argentina) [169]

Machona

Andrea Lorenzo (Villa Constitución – Argentina) [173]

Actitudes y resistencia

Lucas (raquel) Platero (Madrid – Estado Español) [176]

**Masculinidades de niñas: entre “mal de archivo” y
“archivo del mal”**

valeria flores [180]

Dar cuenta de lo indecible

Andrea Lacombe [195]

Agradecimientos [202]

Prólogo

Inquietudes, preocupaciones, pasiones compartidas y una foto alimentaron la idea de este proyecto que hoy llega a su concreción y se materializa en este libro virtual: *Chonguitas*, masculinidades de niñas.

Como dijimos en la convocatoria¹, nos interesaba rememorar nuestras infancias “masculinas”; visibilizar, recuperar y exhumar esas infancias masculinizadas en cuerpos asignados como niñas. Queríamos celebrar nuestras infancias *chonguitas*, marcadas por la estigmatización, el rechazo, la hostilidad, pero también, y fundamentalmente, cargada de deseos. No buscábamos continuidades ni coherencias, sino relevar señales, huellas, rastros, marcas, cortes, cicatrices, pistas, residuos, vestigios, como un trabajo arqueológico de masculinidades no hegemónicas. Por eso, este libro no tiene la pretensión ni debería ser entendido, como una muestra representativa o como una expresión totalizadora de las masculinidades de niñas.

Chonguitas se hace lugar en un contexto donde los discursos sobre la infancia ocupan poco espacio en las reflexiones y la praxis política tanto del feminismo como del movimiento lgtttbiq y de la disidencia sexual, y cuando lo hacen la localizan en, al menos, tres discursos: cuando refiere a l*s “hij*s” de familias lgtttbi; cuando se

¹ La convocatoria completa se encuentra disponible, entre otros sitios, en: <http://potenciatortillera.blogspot.com.ar/2012/08/fabi-tron-y-valeria-flores.html>

considera a l*s niñ*s exclusivamente como “víctimas” de las instituciones heteropatriarcales y racistas; cuando se convierten en objeto de disputa con los discursos conservadores y pro-vida, en el cual una supuesta “inocencia” ocupa los enunciados de ambas partes –unos denunciando su interrupción, otros desmintiéndola-. En ese sentido, este libro quiere ser un aporte activista que permita ampliar esos límites discursivos y desplegar el debate –demasiadas veces clausurado de antemano- acerca de pensar la infancia como un espacio político de intensa pugna de poder, que construye el cuerpo de l*s niñ*s como escenarios de ansiedades culturales y pánicos morales. Nuestro interés es pensar colectivamente el cuerpo de la infancia como cuerpos en devenir, objeto/sujeto de las programaciones de género y sexuales, y también como sujetos de derecho cuya garantía debe conjurarse no sólo en un corpus jurídico-normativo sino, y especialmente, en la trama de prácticas y significaciones cotidianas. Deseamos que este libro -como referencia cultural- estimule la imaginación y la sobrevivencia de todas aquellas niñas que no encajan en los modelos normativos de la feminidad. Por eso mismo, estas motivaciones convierten a *Chonguitas* en un libro para un público sin jerarquías etarias, para que sea leído, releído y reescrito por personas adultas, jóvenes, adolescentes y niñ*s.

Así fue como decidimos lanzarnos a la aventura y afrontar el desafío de proponer, en agosto del 2012, la convocatoria para participar de este proyecto. Dado que la palabra *chonga/o* se usa sólo en Argentina, originalmente estaba destinada para quienes vivieran o hayan vivido en el país. Nuestra primera sorpresa fue que comenzaron a

escribirnos personas interesadas de otros países, lo que nos llevó rápidamente a ampliar la convocatoria para América Latina y España. Las condiciones para participar fueron mínimas: el envío de una foto de la infancia que mostrara la expresión masculina y un texto breve sobre la vivencia de esa masculinidad, vista, significada, interpretada, desde el hoy.

Aspirábamos a que la convocatoria fuera amplia en relación a la identidad sexual y/o de género con las que se identificaran actualmente l*s participantes, así como en cuanto a su nacionalidad, edad, ocupación, filiación política, étnica/racial, etc. Nos preocupaba que la propuesta fuera recepcionada y apropiada sólo por lesbianas y, entre ellas, sólo por activistas. Sin embargo, nuestras expectativas fueron superadas ampliamente.

Recibimos 44 maravillosas y singulares narraciones; la mayoría son de lesbianas pero también participaron personas que se definen a sí mismas como: mujer, mujer diversa, heterosexual, heterosexual no ortodoxa, cuir, así como hubo quienes decidieron no mencionar su identidad sexogenérica. Un poco menos de la mitad son activistas lesbianas, lesbofeministas, lesbianas feministas o feministas. Sus edades oscilan entre los 22 y los 55 años, en general pertenecen a la franja etaria de entre los 30 y 39 años. Aunque con un leve predominio de docentes, sus ocupaciones son muy variadas: artistas, artesanas, empleadas, guardaparques, abogadas, psicólogas, periodistas, trabajadoras sociales, técnicas dentales, escritoras, entre otras. Los relatos arribaron de Chile, Perú, México, y el Estado Español, así como de las provincias argentinas de Buenos Aires, Neuquén, Córdoba,

Chubut y Santa Fe, y de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires; y a medida que llegaban, fueron armando el cuerpo de este proyecto.

La edición de los textos ha sido mínima y con el criterio de facilitar la lectura, fundamentalmente por respeto a las autoras, a sus formas de escritura y para evitar cualquier tipo de resignificación que toda edición supone. En algunos casos, se dialogó con la autora sobre el uso de representaciones estereotipadas de otras identidades. De este modo, las condiciones iniciales de participación se fueron flexibilizando; así, algunos relatos exceden la cantidad máxima de caracteres solicitados en la convocatoria, o algunas participantes no encontraban fotos de su infancia por diversas dificultades y sus aportes igualmente están presentes.

Finalmente, los textos de Andrea Lacombe y Valeria Flores no hablan “de” los relatos para objetivarlos bajo una lógica academicista que le sustrae al trazo biográfico el latido de sus conflictos, deseos, pasiones, malestares y éxtasis, sino que son invitaciones para seguir pensando e interpelando las operaciones de la ley del género y desarmando las imposiciones del sistema heteronormativo.

Valeria Flores, retomando el concepto derridiano de archivo –a través de la lectura de la crítica cultural Leonor Arfuch que propone pensar la autobiografía como archivo– reflexiona sobre los aportes de este libro, haciendo un análisis minucioso sobre las masculinidades de niñas y mostrando algunas herramientas teórico-políticas que empujan al diálogo y a profundizar los cuestionamientos

al binarismo de género. Por su parte, Andrea Lacombe hilvana el valor político y categorial del libro desde una breve anécdota de su niñez. Su lectura de estas historias reverbera en la piel, su propia piel, en tanto recuerdo y memoria del cuerpo. Para Lacombe, la posibilidad de reconocimiento en la vivencia que se tejen entre y a través de estos relatos de *chonguitas*, de esas masculinidades de niñas, haciendo estallar las visiones y percepciones del género binario que se nos aparecen como naturales, impulsa a desvampirizar nuestra imagen frente al espejo.

Chonguitas fue una iniciativa autogestiva y colectiva; el formato que elegimos, el uso de licencias creative commons y la ausencia de financiamiento son formas propias que hacen a nuestra praxis política. Creemos en la autogestión y en los procesos colectivos como decisión política de apostar – y arriesgarse- a otro modo de construcción de saber/poder/deseo, de vinculación afectivo-política y de compromiso ético. El formato virtual es parte de apropiarnos de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, que han permitido vincular a todas las personas involucradas en el proyecto, volviendo al libro accesible para cualquiera en cualquier lugar. Nos valemos de una licencia de uso no comercial porque creemos que las expresiones culturales nos pertenecen a tod*s, resistiendo las mediaciones impuestas por las leyes del mercado.

El proceso ha sido arduo e intensamente placentero; nos hemos sentido atravesadas, conmovidas e interpeladas por cada una de las historias. *Movilización* es la palabra empleada por muchas de las participantes a la hora de describir lo que les produjo escribir sus relatos.

Movilización que socava los cimientos de la normativización impuesta en nuestros cuerpos por el patriarcado, la heteronormatividad y el binarismo de género.

Ojalá algo de eso acontezca con/en/por su lectura...

fabi tron y valeria flores
con el calor de enero del 2013.-

La rabiosa

Andrea Achilli



Ya empiezo riéndome con el título. Me acuerdo que cuando tenía alrededor de 9 o 10 años, tenía una personalidad muy diferente a la de las demás nenas. No era anti social ni nada, pero muchas veces me sentía ajena a ese mundo. Corría a los varones por el patio, peleaba a la par de ellos, y hasta me acuerdo que una vez, (en un colegio muy católico facho ortodoxo del sur) me puse a jugar al fútbol y le saqué la pelota a uno que me sacaba metro y medio más o menos. Los pibitos me felicitaban, no lo podían creer. Cuando me encontraba siendo atacada por alguien, reaccionaba como una loca, me defendía como lo haría cualquier varón macho a esa edad, a las puteadas y empujones. Por esto me gane por un tiempo el apodo de “rabiosa” por parte de mis compañeros, jajaja! Pero igual era genial para mí no callarme la boca y defenderme de todxs.

Como a los 12, tenía una compañera, muy femenina, que se había empezado a desarrollar y lo mostraba con orgullo (a mi me daba tremenda vergüenza tener tetitas y que se vean), que me decía: yo quiero ser como vos, más machona, más fuerte. ¿Cómo haces? No usás aritos, no te importa la ropa y los varones te respetan más. Qué loco eso!! Yo era feliz siendo como era, y era así naturalmente, nunca lo había pensado hasta que esta piba me lo dijo de esa manera.

Muchas veces me fumé de mi familia el típico y tan escuchado “tenés lindo cuerpo, vestite más señorita”. O un “ponete algo más lindo, peinate mejor, maquillate un poco”.

También me acuerdo de una amistad muy linda y cariñosa con una compañera. Nos escribíamos cartitas, y en una me

puso “te amo”. Esa cartita llegó a las manos de mi mamá. Me acuerdo que me agarró y me dijo: “te amo se le dice a un novio, a un hombre del que estás enamorada, a un varón! Esto queda feo entre nenas, se pueden decir te quiero, pero si no, suena raro. Parecen tortilleras”. JAJAJAJA

Hacía equitación en el regimiento, y nos llevaban a campo abierto a practicar. Una vuelta el milico nos dice, los varones al galope, las nenas miran. Agarré las riendas y salí al galope! Ni hablar que cuando volví me comí el sermón: “los varones pueden galopar, eso no es para las mujeres, Andrea”, y yo feliz con mi galopada rebelde.

Me la pasaba en la bici, rollers, escalada a un árbol que estaba cerca de casa, en una época quise hacer fútbol, pero no me dejaron. Hacía básquet. Hacía lo que quería con toda la libertad. Así era esa parte de masculinidad en mi infancia.

Creo que todo eso hoy me llevó a estudiar Diseño de Indumentaria, para poder romper con toda esa mierda, vestirme como quiero, hacer y conseguir la ropa que me gusta, con la que me siento a gusto (cosa casi imposible por aquella época en mi ciudad, donde me mandaba a hacer los jean anchitos y de colores y después aprendí a coser con el mismo fin).

Llegando a la adolescencia me di cuenta de esa diferencia tan grande con las demás., sobre todo a la hora de ir al boliche, vestirse y todo eso. Odiaba los escotes, los tacos, las botas! Grrrr! Terrible! Pero bueno, por un tiempo fui un poco más femenina, lo cual duró bastante poco. Aunque ya era más grande y aún así, seguí

construyéndome a mi manera y buscando mi propia satisfacción en ese mundo.

En fin, niña en patas, desprolija, rotosa, despeinada, rabiosa, machona, gruñona, bruja, bocasuelta y libre!

Biografía

Me llamo Andrea Achilli, me dicen la peke. Tengo 24 años. Soy lesbiana. Viví toda mi infancia y adolescencia en San Martín de los Andes, Provincia de Neuquén, Argentina. pueblo-ciudad del sur. Fui a un colegio católico en la primaria, y me cambié a la escuela técnica Industrial en secundaria.

Vivo en La Plata desde mediados del 2008. Estudié Periodismo y Comunicación Social un par de años y ahora retomé Diseño de Indumentaria, que es lo que más me gusta. Milité en un frente piquetero un año (FPDS), introduciéndome al feminismo. Actualmente, milito en Malas como las Arañas, colectiva lésbica feminista desde hace un año. Lo que más rescato es que no importa a qué edad saliste del closet, ni en qué situación, nunca es tarde para ser libre! Viva el placer disidente!

Foto de estudio²

Evelyn Sotomayor



² Los fotoestudios eran populares en Lima cuando yo era chica. Esta foto debe ser de finales de los setenta. Calculo que tendría unos cinco años.

Me recuerdo claramente, emocionada en los pasillos de juguetes para varones y cómo mi madre trataba de conducirme hacia las muñecas y los artículos para niñas, bajo toda mi resistencia. Recuerdo a la primera niña que observaba con amor infantil. Recuerdo que mi abuelita materna hacía ropa y siempre recibí vestiditos, falditas y blusas de ella, ropa muy linda pero que no me hacía feliz. Hasta este día. Mi alegría era tan sincera, ¡así quería vestirme yo sin dudas!, esta chica vestida "de hombre" era yo. Tanta felicidad los decidí a llevarme a un estudio fotográfico para retratar - sin saberlo - mi primer acto de travestismo. Tengo casi cuarenta años y todavía me visto como hombre. Eternas gracias a mi mamá Juanita.

Biografía

Lesbiana peruana, todavía en actividad pero evaluando la jubilación. Estudió ciencias sociales pero se gana la vida en investigación de mercados, de una manera decente pero bastante impopular (es auditora). Vivió en Argentina e hizo una fuerte campaña por el matrimonio igualitario desde su humilde tribuna en Tucumán, se separó de su novia de años y CFK (Cristina Fernández de Kirchner) sacó la ley cuando ya no vivían juntas. Así que culpo a la presidenta directamente por mi estado civil, ahora sería divorciada. ¿Es feliz? a veces lo es, a veces no; pero trabaja para serlo permanentemente.

La vida, es la vida, yo puedo hacer lo que quiera

Josefina Alba Posse



Lo primero que me acuerdo es que tipo a los 5 años, me encerraba en el baño, agarraba la gomina de mi viejo, me tiraba el pelo corte carré para atrás, me miraba al espejo, agarraba el peine y con voz gruesa, cantaba. Me hacía llamar “Federico”.

En verano, como a los 7 años, no me ponía bombacha, ya que pensaba que como los varones no usaban nada abajo del short de la malla, yo tampoco la necesitaba, además, me daba cuenta que era más fácil así ir al baño y hacer pis parada. Esto lo hacía todo el tiempo, hasta que me descubrieron y me dijeron que las nenas no podían hacer pis así! Eso era para los varones porque ellos podían ya que tenían pito.

En la pileta, siempre andaba en cuero, en mi casa y en la de mi mejor amigo, pero muchas veces los nenes me cuestionaban y me decían que de grande no iba poder andar así, como ellos, pero a mí no me importaba, para mí era más cómodo y ponía de excusa que me secaba más rápido con el sol. Ellos me decían “te van a crecer”, pero siempre deseé que eso no pase.

Teníamos un club arriba de un techo que se llamaba “El club de los machos”, y cada uno tenía su chapita de gaseosa colgada del cuello. Yo era parte del club, y les hacíamos maldades a las nenas, como a mi hermana, que querían entrar para reírse de nuestro club.

Jugaba mucho a la pelota, me ofrecieron muchas veces jugar al fútbol femenino, pero a mí me gustaba jugar con los varones, porque a las nenas las veía muy frágiles y tenía miedo de darles una patada. Muchas veces tenía la expresión de decir “me rompiste las bolas”, y me tiraba al suelo agarrándome no se qué!

Tenía un árbol al cual me subía siempre y cortaba maderas, jugaba a la lucha, ahí arriba era mi castillo.

Escondía los soldaditos en las macetas de mi mamá. A las barbies de mi hermana las pelaba y les ponía alfileres en la cabeza y las colgaba de un placard. Le decía que eran feas y aburridas.

En un cumple una vez, estaba arriba de un árbol, y una nena desconocida me preguntó si era nene o nena. Le dije nene, y sentí mucha adrenalina al tener que mentirle, por miedo a que mi tía se dé cuenta, me rete y después se rían de mí.

Más adelante como a los 11 años estábamos en unas canchas de paddle con una amiguita y nos fuimos a un lugar lleno de maderas, y atrás de una planta le dije que me dé un beso, y nos besamos por un largo rato. También le pregunté si le gustaba algún chico, porque a mí no me gustaba ninguno, ya que yo me sentía un chico más.

Un tiempo después, mi mamá empezó a decirme que tenía que vestirme bien, prolija, con polleras y vestidos. Y desde chica me corrían por toda la casa y me decía que me iba a quemar todos mis pantalones y camisas roñosas, “te tenés que vestir como una mujercita”. Yo me encerraba en la habitación y sentía mucha bronca.

En mi primer malón, me acuerdo que me sentía muy incómoda porque mi mamá me hizo poner una pollera, entonces le dije a mi amiga que le diga al chico de la casa que me prestara un pantalón, que me quería cambiar.

Siempre tuve amigos varones, e hice que me respetaran, no como mujer, si no como persona, ya que compartía todo con ellos, hasta que encontré a dos mejores amigas, que hoy también son lesbianas!

Ya tenía re asumido la palabra “marimacho”, y ni me afectaba.

Hoy pienso que hacía todo eso porque desde chica supe que me gustaban las nenas y veía como única salida hacerme pasar por un varón para poder hacerlo, hasta que de más grande descubrí que existía la palabra LESBIANA y podía estar con chicas sin dejar de ser mujer.

Todo esto me ayudó a liberarme, y vivir una infancia libre, haciendo todo lo que me gustaba, y rompiendo con ese “vos no podés, porque sos mujer”. Cerraba los ojos y pensaba: la vida es la vida, yo puedo hacer lo que quiera.

Biografía

Me llamo Josefina Alba Posse, nací y me crí en La Plata. Tengo 23 años. Fui a una escuela facha católica llamada San Blass. Después me fui cambiando de escuelas. Estudié música, toco la batería y me gustaría estudiar biología. Soy 100% lesbiana!

Masculina femenina, siempre

Nines Campo Esteban



¿Chonguita? dulce término, en mis tiempos sólo éramos marimachos, por supuesto, tortilleras y un largo etc., de estupideces.

¿Chonguito? si, puede, tengo un aspecto masculino, porque parece que si eres libre e independiente, si tienes valor y coraje, has de ser chonguito, marimacho, es igual, son denominaciones sin interés, al menos para mí, ya me cansaron tanto...

Sé lo que soy y lo que quiero, quien no lo sepa, ahhhh, es su problema, es más, me encanta que me miren, quizás aun tengo algo un poco andrógino, eso aun me gusta más. Chongo, me gusta, soy una mujer chongo, no sé por qué, pero nos nombran las otras personas, yo, cuando me nombro, sólo soy yo.

Nací en 1957, ya dos siglos, jajaja, bueno, siempre sentí que mis amores eran mujeres, claro, con Franco³ era jodido, pero en realidad, en aquel momento no pensaba tanto en eso, sólo pensaba en mi condición de anarcosindicalista, fui de la CNT⁴. También fui muy rara en cuanto a mi edad y mi cultura, leía lo que poca gente leía, y aprendí mucho, no me gustaba estudiar pero sí leer, todo me leí.

Siempre supe que amaba a las mujeres, pero no a todas, sólo a aquellas que me rompían el alma, aun sigue pasándome, también aprendí que para mí escribir, mis pequeños poemas, es lo que me salva, porque ahora vivo en Argentina y no me encuentro, y bueno escribo una y

³ Francisco Franco fue un dictador militar español.

⁴ Confederación Nacional de Trabajadores (sindicato anarquista).

otra vez, y me siento menos sola, creo que soy rara, o no, es que quizás quiera encontrar aquí, lo que tenía en mi país y eso es imposible.

Nunca he tenido problemas con mi condición sexual o mis gustos. Tengo demasiado carácter como para soportar cualquier cosa que no sea la que corresponde, no sé qué es ser queer, creo se dice así, por mi edad ya ando algo lejos de eso, pero filosóficamente, como que me apunto a cualquier cosa que rompa los estúpidos esquemas que nos imponen.

Biografía

Vivo en Neuquén, pero con la intención siempre de recorrer este país. Me jubilé en España por problemas de salud, y bueno porque quería venir aquí y pude hacerlo, vine por una pareja, pero ya fue, ahora tengo otra pareja. Actualmente escribo en mi blog: <http://laspalabrahuellas.blogspot.com.ar> Aquí sólo me dedico a escribir y a hacer mi programa de radio por internet, donde sobre todo, aparte de música, pues hablo de política, de injusticias homófobas o de cualquier cosa que me parezca injusta, o sea, tengo mucho de qué hablar.

Mi jeep policial

Erika Ugarte Aguila



Soy Erika, tengo 36 años, nací en el Puerto de San Antonio, Chile. La ciudad donde crecí, estuvo siempre llena de prejuicios, temas escondidos y "pelambres", esa fue una de las razones por las que emigré al Puerto de Valparaíso primero y actualmente vivo en Santiago. Mi infancia fue muy feliz, rodeada de familia y mucho cerro. Mi madre fue una mujer fuerte, de carácter y físicamente, de contextura gruesa, muy deportista en su juventud, un día me confesó que cuando era pequeña, se subía a los árboles, era brusca en sus juegos y jugaba sólo con niños, por eso la llamaban "María tres cocos". ¿Cómo iba a ser yo distinta a ella?, jugaba con hombres y con mujeres, pero siempre brusco, era la primera en ser elegida para pertenecer a los equipos y la más ruda entre mis amigos. Nunca me cuestioné el hecho de jugar distinto o de vestir distinto, todo me gustaba y era cómodo para mí. Además lo que más importaba entre los amigos, era que fueras "groso" en todos los juegos y no si eras niña o niño, sólo que fueras la mejor. Me atrevo a decir que cuando fui pequeña, ni siquiera me importaba el género de los adultos y tampoco recuerdo en mi infancia alguna pregunta de mi parte que tuviese que ver con hacer la distinción, entre "hombre" y "mujer". Siempre me vestí con buzos y zapatillas, era la ropa de juego para el día o las ropas del "trajín" como lo llamaba mi madre, llevaba el pelo corto, porque odiaba peinarme. Varias veces puse a mi padre en un gran dilema con el regalo de navidad o cumpleaños, ya que siempre estaba pidiendo autos, pistas de carrera o juegos de herramientas, mis gustos eran distintos, me explicaban que esos juguetes eran para niños, razonamiento que yo no entendía, ya que eran mucho más divertidos que las muñecas. Una navidad recibí de regalo, un jeep policial, recuerdo haber jugado hasta muy tarde con él, bueno,

hasta que se agotaron las baterías. Al día siguiente visitábamos a mi abuela para mostrar los regalos, y recibir los que ella tenía para nosotras, recordando, hubo miradas extrañas de mis abuelos hacia mis padres, parece que no era tan “normal” que me gustaran este tipo de juguetes. A medida que fui creciendo, pensé que me gustaría e interesaría en las cosas que les gustan a las niñas, pero esa época nunca llegó, me seguía interesando por lo tradicionalmente masculino. En mi adolescencia, tenía la misma apariencia, y mis gustos, no cambiaban, entendí que no era lo “normal”, por lo que decidí, para pasar “piola”, participar con mis compañeras de colegio en actividades que no me interesaban, como maquillaje, accesorios, esquelas, etc. y además, coincidir con ellas, en que me gustaba el mismo chico que a todas, así no alteraría el orden establecido y nadie me preguntaría sobre lo que realmente me interesaba. Sin embargo, una inquietud creció dentro de mí, sabía que era distinta, y no quería ser distinta a las demás. A pesar de tomar todas estas precauciones públicamente, llegaba a mi casa y me sentía como un chico otra vez, mis modales, formas y maneras, me sentía como el “hombre” de la casa por así decirlo, cuando mi padre no estaba, yo me atribuía la responsabilidad de cuidar a las mujeres. Mi adolescencia fue una complicación, trataba de entender mis sentimientos, sin embargo, sabía que no debía evidenciarlos. Recuerdo que una compañera de curso, me generaba más que simplemente cariño, pensaba en ella muy a menudo, y escribía sobre ella, nos juntábamos a conversar y a bailar, me encantaba estar con ella. Oculté mis pensamientos y sentimientos hacia ella y me contenía de sentir cosas, que no era “normal” sentir. No sé cómo llegó a mí, ni cómo escuché sobre el tema, pero hubo una

palabra cuyo significado me hizo mucho sentido... “lesbiana”, en ese momento, el lenguaje abrió una puerta a mis sentimientos, pensamientos, cariños, todo. Fue ahí cuando decidí que al salir del colegio, iba a emigrar a otra ciudad, a un lugar donde nadie me conociera, para vivir lo que verdaderamente sentía, sabía que no estaría sola, que había otras como yo. Me fui a estudiar a Valparaíso, y comenzó mi verdadera vida, mi vida no-heterosexual.

Biografía

Vive en Santiago de Chile y tiene 36 años.

Marimacha

Ali Toscano



Desde que tenía edad de muy pequeña, no hice jardín de infantes, que mis juegos siempre fueron de varones.

En los años 1970, yo tenía entre los 10 y 14 años, mis juegos y juguetes siempre fueron de varones. Autitos, soldados, ladrillos rasti, etc, todo era así, armar rutas, calles y hacer andar a los autos o armar fuertes con los ladrillitos para jugar a la guerra con los soldaditos.

Me crié jugando carreras de bicicletas y fútbol con los varones, me buscaban para formar parte de su equipo. Era uno más de ellos. Cuando iba a visitar a mi abuela, los chicos del barrio como no me conocían, me confundían con un varón, pelo corto, siempre de pantalón, remera y zapatillas y me decían: ¡che pibe! ¿querés jugar al futbol? Me divertía, jugaba y después me iba.

Otro juego era imitar a Meteoro y su Max 5. También al Zorro, me hacía la capa y el antifaz con trapos negros y la espada con maderas y clavos, la bicicleta hacía de caballo. Inventaba historias, donde yo era protagonista de una historia con chicas.

A los 13 años me enamoré de Marilina Ross, ella cantaba y era actriz en una novela muy famosa. Yo me perdía en la pantalla, junté plata para correr a comprar su disco.

También fui atleta, corría en 100 metros y salto en largo.

Cuando fui a competir a los intercolegiales donde cumplí los quince, conocí a una chica, a quien por primera vez escribí un poema y se lo regalé.

Biografía

Marimacha es: Ali Toscano. Nací en Azul, provincia de Buenos Aires. Soy líder y creadora del Movimiento Lésbico Emprendedor de Neuquén.

Fútbol, piñas y barro

Yessica Cabrera



Para empezar, mi infancia siempre fue bastante masculina, más allá de los intentos de mi mamá, poniéndome vestidos, moños y cuellos enormes y siempre rosas! (hoy en día odio el color rosa).

Crecí rodeada de varones (mis primos, mis vecinos y mis amigos del barrio, contaba tan sólo con una amiga mujer). Mi infancia transcurrió entre fútbol y piñas, además del tradicional barro.

Cuando tenía tan sólo un año ya comencé con mi masculinidad a flor de piel, me entretenía tirando piedras a la calle. A los dos años me escapaba de mi casa, de una forma muy particular, para ir a jugar con los vecinos, trepaba un alambrado de aprox. 1,50 m que en su final tenía 3 alambres de púas, de los que la mitad de las veces me quedaba colgada o enganchada de las ropas, hasta que mi mamá se daba cuenta que yo ya no estaba y salía a buscarme.

A los 5 años, trepar árboles era moneda corriente en mi vida, cuando me enojaba, cuando me escondía y cuando nadie me veía, me trepaba y me pasaba horas arriba.

Las muñecas no eran un entretenimiento para mí, hoy en día guardo varias de ellas en sus cajas originales.

Mis piernitas de nena, eran la vergüenza de mi mamá, ya que cada vez que quería ponerme un vestido corto las tenía lastimadas, moretoneadas, cortadas... por lo que decidía siempre ponerme cancanes, que obviamente servían para una sola vez, ya que los terminaba rompiendo en alguna caída o algún enganchón.

Mi "salvajismo" como le dicen mis amigas de hoy, fue siempre parte de mi vida, a los 13 años comencé a jugar al básquet, con un grupo de compañeras, con las cuales participamos de los Torneos Juveniles Bonaerenses. Después hice dos años de fútbol femenino, entrenaba a escondidas de mi mamá, ya que ella jamás lo permitiría, pero mi carrera de "crack" se frustró cuando me rompí la rodilla izquierda en un entrenamiento y mi entrenador tuvo que mentirle a mi mamá para que ella no me retara (le dijo que había sido jugando básquet, que aunque a ella tampoco le agradaba mucho era mejor que romperse una rodilla jugando al fútbol ¡Y sin su Autorización!). Obviamente mi entrenador no me quiso más en la práctica y allí terminó todo.

En mi ciudad, se realizaban competencias anuales entre escuelas secundarias a los que se llaman "Intercolegiales", en esas competencias mi fuerte era siempre el fútbol, el básquet, el softbol (bateando y lanzando la pelota), y además el lanzamiento de pelota de softbol que era la versión femenina del lanzamiento de bala. Era la bruta, la macho del grupo de mujeres.

Pero a los 18 años me vine a estudiar a Tandil, a la facultad, y me alejé por completo de las actividades deportivas que hacía en Rauch, mi ciudad natal. Me costó mucho adaptarme a los formalismos de la ciudad, a las "señoritas educadas y civilizadas" que encontré como amigas y que han dado por llamarme la "salvajita" al principio, y han sido parte de mi "civilización", "en Tandil, me sacaron la pluma de la cabeza" según amigos de Rauch.

Hoy tengo 22 años, estoy en 5to año de la Licenciatura en Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Humanas de

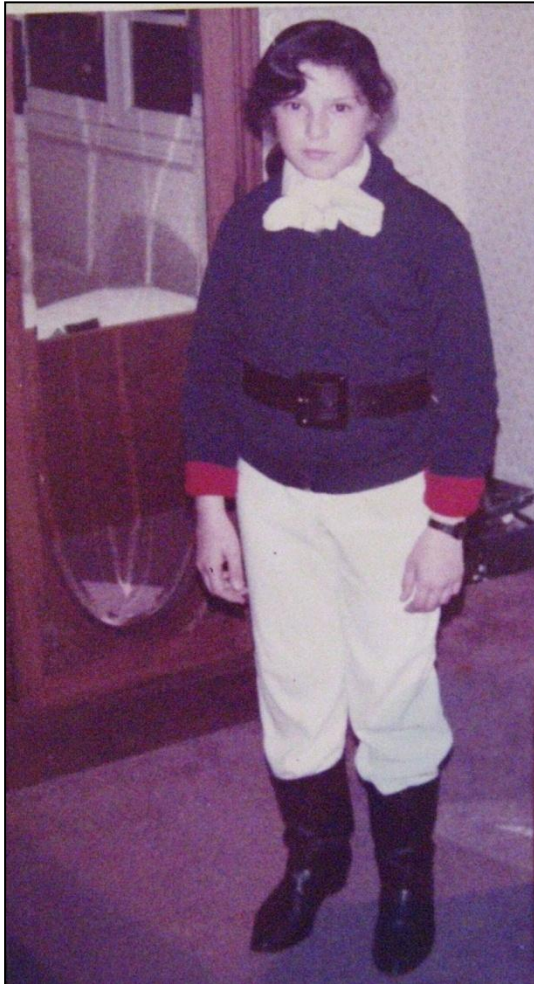
Tandil, y a lo largo de estos últimos años me he acercado hacia la corriente del feminismo, de hecho en este momento me encuentro realizando un seminario de "Violencia Contra las Mujeres", y la verdad que cada día me interesa más el tema de la niñez, de la formación de roles desde la educación en casa. Celebro la idea de proponer una infancia libre, sin las leyes patriarcales, sin juguetes sexistas. Sin princesas tontas y sumisas y sin Príncipes valientes y luchadores!

Biografía

Tengo 22 años. Soy de Rauch, Provincia de Buenos Aires (Argentina). Estudio la Licenciatura en Trabajo Social en la Facultad de Ciencias Humanas de Tandil. No tengo más fotos, debido a que por esos años, no era común tener una cámara en casa, y además tampoco creo que la situación económica de mi familia lo hubiese permitido. Soy heterosexual.

Liniers

Pao Lin / Lin Bao



Ahora ya no recuerdo cuál fiesta patria se celebraba cuando nuestro grado (¿sexto? quizás séptimo... apenas terminada la Dictadura) fuera convocado para preparar la obra de teatro que rememoraría aquella desapercibida efeméride en un acto escolar de una escuela pública porteña, cerca de Pampa y la vía.

Pero sí recuerdo que nuestra obra tendría patriotas, damas de Buenos Aires, mulatas vendedoras de mazamorra, y la presentación estelar de ¡Don Santiago de Liniers!

El papel de Liniers era -para mí- el más interesante, tenía largos parlamentos, sacaba a patadas a los ingleses, reconquistaba Buenos Aires y era nombrado Virrey en reemplazo del fugado Sobremonte.

Quizás por sus largos parlamentos, ningún compañero del curso quería hacer de Liniers (Sobremonte ya estaba cubierto, porque era fácil... se fugaba al comienzo del primer acto). Así que me "postulé" y ofrecí representar el papel del buen Santiago.

"Noooooooooooo" tronó mi maestra, "ese es un personaje para un varón". "Pero, si yo puedo hacerlo...". Fue en vano mi protesta. Sólo los 'verdaderos varones' podían hacer de Padres de la Patria.

Igual, no me resigné. Fui a casa, preparé mi mejor pilcha de comandante francés, aprendí rápidamente las líneas de Liniers, y me presenté al ensayo lista para reclamar mi papel. Si Sarah Bernhardt había hecho de Hamlet, casi 100 años atrás, yo podía hacer de Liniers, que requería mucho menos estudio...

Ante la insistencia y fuerza del deseo puesto en representar ese papel, y la resistencia de los demás varones a disputar el honor, las maestras tuvieron que ceder. Yo era la única que sabía la letra. Mi Liniers fue el más chongo de esas Invasiones Inglesas. Poco me importaba en ese entonces que mi héroe hubiera sido fusilado poco tiempo después, por algún otro tío de la Patria.

En ese entonces, mi amor por el teatro y los vestidos de pirata recién comenzaba (y aún continúa). Mi disgusto por el empapelado rosa, los tacos y las muñecas ya llevaba muchos años, y no ha cedido.

Viendo esa foto hoy me enorgullezco de haber respetado mi deseo y hacerlo respetar, y si me dá la gana, jactarme de haber representado al Liniers más marica de todos los tiempos (al menos en ese Distrito Escolar).

Fue una suerte haber insistido para que me tomen esa foto en la víspera. Pienso que esa noche dormí vestid³.

Biografía

Nacid³ en Democracia en Buenos Aires. Artista, docente, orientalista, activista, apóstata, ex-profe en universidad fascista, especialista en educación sexual, madre-padre solter³, cooperativista, chin³ autopercebido³, megapsicoanalizado³, psicopateado³, enamorado³, trabajador³ precarizado³, jefe³ de hogar, monotributista, vándal³, exhibicionista, usuari³ de los sistemas públicos de educación, salud y transporte, y de los sistemas libres (operativos y románticos), laicista, antimachista, tortransfeminista, chamuyer³ políglota, omnívoro³, voyeur y put³!

peladalinda@gmail.com

paolaraffetta.com.ar/

Mamá y mamá

Claudia Barrientos



En el jardín empecé a mirar a mis compañeritas. Los juegos típicos que jugaban las nenas de enfermera y de la mamá, no me gustaban mucho, yo quería jugar en vez de a la mamá-papá, a la mamá-mamá. También jugaba a la pelota con mis compañeritos. En 6º grado cambié mi forma de vestir, empecé a usar la gorrita con la visera para atrás. Así iba a la escuela. Usaba ropa de hombre, remera de hombre, jogging de hombre. Estuve así hasta que entré a primer año del secundario. En la primaria era la única mujer en el equipo de softball y siempre estaba en las competencias.

Cuando entré a primer año del secundario, en una escuela técnica que estaba llena de varones, usaba también la gorra al revés. Empecé a sentir el rechazo de los hombres: machona, me decían. Me cambiaban el nombre y me llamaban Claudio. Me ponía muy mal. Ahí estaba en el equipo femenino de fútbol de la escuela y la profesora de educación física me invitó al equipo provincial de básquet, pero mis viejos no me dejaron.

En ese momento era una torta re-reprimida. Me transaba varones pero era sólo por tapar. Hice dos años en esa técnica, luego abandoné porque me fue mal. Entonces entré a la nocturna. Ahí fue un cambio importante que tuve, me empecé a vestir tanto masculina como femenina, depende de la ocasión. En ese momento me abrí a contarle a una amiga y terminé de afrontar el rechazo, porque a las personas que les conté que era lesbiana se alejaron.

Biografía

Tengo 27 años. Trabajo de empleada y estudio para personal training. Nací en Chile pero me crié en Neuquén, donde vivo actualmente. Participo en el grupo Movimiento Lésbico Emprendedor.

Chalito

Noemí Tapia



En mi familia me decían “el querubín” o “el chiquitín”. Nunca fui la nena en mi casa. Mis viejos eran hijos de personas de campo, muy rústicos, pero no por ello tenían esa visión. Ellos sabían que “el querubín” iba a seguir siendo “el querubín”. Mi viejo me afeitaba, yo me sentaba al lado en un banquito y él con la brocha me ponía la crema y yo me la sacaba con una maquinita de afeitar de juguete. Mi mamá nunca me compró una muñeca. Ella sabía que yo no era de muñecas. Yo ya sabía que me gustaban las muñequitas de carne y hueso.

En mi casa no teníamos televisor, pura imaginación lo mío. Sí escuchábamos todos juntos el radioteatro y mi mamá, a pesar de tener sólo segundo grado, nos leía todas las noches. Hice la primaria en la escuela 125. Nunca jugaba con las nenas a la sogá, me iba con los varones a jugar con las bolitas, las figuritas y al fútbol. Tenía muchos amiguitos varones, no había muchas nenas en el barrio y también porque me gustaba estar con ellos. Tenía una bolsa de papas llena de autitos y otros juguetes por el estilo. A los autitos de plástico les hacía un agujero abajo para ponerle piedras, así tenían peso y no volcaban cuando los largaba. Con mis amigos salíamos a tirarnos en karting, que eran tablitas de madera con 4 rulemanes, y los manejábamos con los pies.

Siempre tuve algo especial en mi vida que fui aceptada. Odiaba los cancanes y nunca me pudieron poner polleras. Hacía un escandalete terrible, una lloradera. Si lograban ponérmela, yo iba y me la sacaba, y vuelta a querer ponérmela. Mi mamá se cansaba de escucharme llorar. ¡Yo quiero mis pantalones! gritaba. Mi viejo era ayudante de albañil, y a veces se vestía tipo gaucho, con un cuchillo atravesado en la cintura, yo lo veía y me atravesaba un

cuchillito chiquitito también. Yo lo observaba a mi papá y hacía lo que él hacía.

A mí me decían el loco Gatti, porque nosotros copábamos la plaza Roca, en plena dictadura militar que no te dejaban pisar el césped, y nos metíamos a jugar a la pelota. Y nos peleábamos con el placero, que le faltaba una pierna y nos burlábamos de él. También competíamos para ver quién se hamacaba más alto y saltaba más lejos. Empecé a crecer y cuando iba a la primaria con mi hermana mayor, ella recurría a mí para que la defendiera y agarrara a trompadas al chico que la molestaba.

Mis amiguitos me decían “Chalito”, que es un apodo chileno que se usa en los hombres. La historia del apodo me la contó mi mamá. Una chica que trabajaba en la misma casa que ella, me vió y no sé qué pensó que tenía entre las piernas y dijo: “éste es un chalito”.

Biografía

Tengo 42 años. Vivo en Neuquén. Trabajo cuidando a una abuela y en una empresa privada. Formo parte del Movimiento Lésbico Emprendedor. Me encanta escuchar música y compartir el poco tiempo libre que tengo con mis amigas.

La guerra contra las polleras

Marcela Torres



Si algo recuerdo de mi infancia, es mi decidida confrontación al uso de la pollera, yo sabía que esa ropa no era para mí y siempre luché para que me dejaran usar pantalones.

Yo vivía en La Tablada, provincia de Buenos Aires, me crié con mis abuelos, empecé primer grado en el año 1974 y me anotaron en un colegio parroquial. El uniforme que nos hacían usar, incluía una horrorosa pollera, que odiaba con todo mi corazón, porque la maestra vivía retándome para que me comporte como una señorita, yo quería sentarme cómoda, correr, jugar con mis compañeras y con esa ropa era imposible.

Las frases eran repetitivas, "síntese como una señorita", "No sea varonera", "Se le ve la bombacha", me sentía coartada al hacer lo que sentía, a moverme como yo quería y eso hizo que deteste para siempre las polleras.

Al llegar a mi casa, me ponía inmediatamente shorts, bermudas o pantalones y esa era mi felicidad... jugar en el jardín juntando lombrices o buscando piedras redondas para jugar a la payana. Si me dejaban salir a la calle, jugábamos al rango, a la escondida o a la mancha con mis hermanas. Me gustaba acompañar a mi abuelo los sábados cuando arreglaba su auto y me encantaba que me pidiera que le alcance una llave y quedarme con las manos engrasadas. Me decepcioné mucho con él cuando le dijo a mi abuela que me enseñe cosas de mujeres y ella intentó en vano durante meses que aprenda a tejer con dos agujas. Me imaginaba que de grande iba a ser un soldado y usaba la escuadra grande de madera que utilizaba mi abuela para confeccionarnos ropa y lo

convertía en mi rifle, me arrastraba por el comedor entre las sillas imaginando que hacía una emboscada. Las agujas de tejer se convirtieron en espadas, nunca me gustó jugar con muñecas y las pocas que me regalaron se llenaron de tierra en un estante.

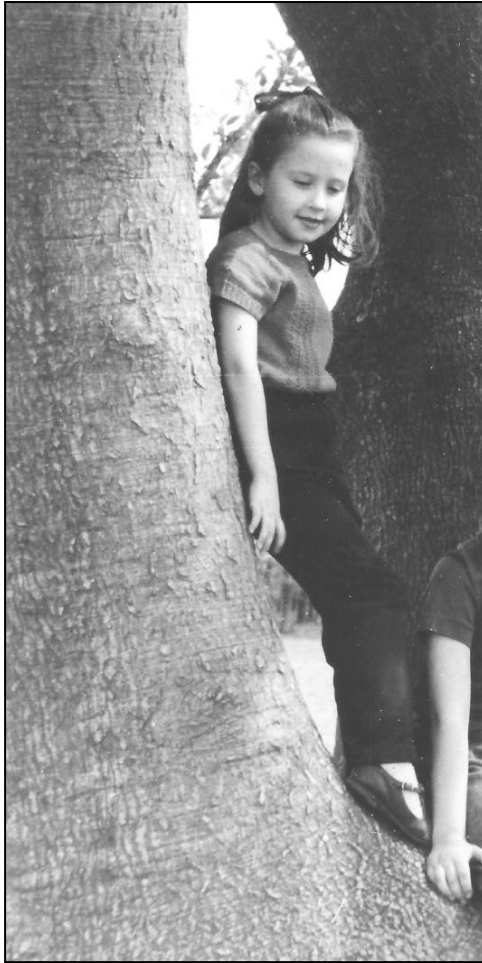
A los ocho años, mi abuela me ayudó a tomar clases de guitarra y eso me ayudó a componer canciones expresando lo que sentía, por supuesto que utilizando recursos metafóricos, ya que por 1978 cuando empecé a cantar, las familias tenían vergüenza de tener una "chorima" en la familia. Los adultos me enseñaron a mentir para sobrevivir, a otras nenas las castigaban con un cinto para quitarle lo "machona", mi abuela me ponía alguna ropa rosada para que no parezca un "varoncito" y me torturaba con algún vestido en las fiestas, pero siempre pasaba lo mismo, apenas se descuidaban me ponía otra vez la bermudas para salir corriendo a jugar y sentirme feliz!!

Biografía

Me llamo Marcela V. Torres. Nací en Buenos Aires y actualmente vivo en Neuquén capital. Soy activista lesbiana co-fundadora del Movimiento Lésbico Emprendedor de Neuquén. Técnico dental, asistente dental, cantante y compositora. Trabajo en una clínica dental como asistente en cirugía.

¿Y L... por dónde anda?

Laura Kussrow Quereilhac



Era la pregunta obligada cuando no me veían por ningún lado.

.- *“Debe estar arriba de algún árbol o con los chicos jugando al fútbol”*. Respondía mi madre, resignada, segura de este hecho, sin necesidad de asomarse a la calle a verificar lo dicho. Y sí, ahí estaba trepada o... corriendo y pateando una pelota con los chicos del barrio, mis grandes amigos.

No faltaba alguien que emitiera su juicio sobre mi forma de actuar, diciéndome que parecía una ‘machona’, y que eso no era propio del comportamiento de una señorita, con consejos sobre con quién debía juntarme y de lo que ‘no debía hacer’: .-*“Por qué no jugás con las niñas...?”*. Imagino ahora que mi franca respuesta: *“me aburren mucho, no la paso bien con ellas”*, debía de sorprender a más de uno. Era verdad... lo había intentado y qué de boberías que hacían, que me sentía obligada a hacer: jugar a la ‘peluquería’, a ‘la maestra’, a ‘la mamá’, a ‘la ronda’... ¡cómo me aburría! más cuando escuchaba a los otros gritando en la calle, riéndose a los gritos.

Estos intentos por ‘fraternizar’ con las niñas del barrio acabaron el día que ellas iniciaron una investigación sobre lo que teníamos “abajo”, y me propusieron que me quitara la bombacha a lo que me negué rotundamente, saliendo con prisa de la casa donde estaba para nunca más volver.

Después mi mamá preguntando: .- *“¿Ya no vas más a la casa de las chicas?”*, *“No mamá”*. .- *“¿Por...?”* *“Por nada mamá”*. Un día, cansada de la misma respuesta, no preguntó más.

Pero sí tenía mi ‘mejor amiga’, mi compañera además, de los últimos tres años de la escuela primaria, ella -la única-

era distinta a las otras niñas que había conocido: hablábamos el mismo idioma, nos gustaban las mismas cosas, salíamos juntas en bicicleta por nuestros barrios: Florida y Olivos, nos trepábamos a los árboles a robar frutas a los vecinos, o flores en los jardines, recorríamos la cuadra de su casa por las azoteas colindantes, o nos metíamos en las casas abandonadas, y no dudábamos en arrojarnos desde lo alto a una montaña de arena en una casa en construcción. Por las noches practicábamos guitarra en el techo de su casa, lejos de todos, en nuestro mundo.

Pero ni mi madre, ni su madre veían con gusto esta amistad; las razones sólo son conjeturas. Después en distintas secundarias, separadas, con el tiempo ocupado y mayores responsabilidades, fue difícil encontrarnos, juntarnos; y la presión de nuestras madres se mostró con fuerza: un mal entendido, el temor al rechazo y la vergüenza por no haber hablado a tiempo, hizo que nos distanciáramos y nunca más supiéramos una de la otra.

Mis amigos del barrio volvieron a ser el centro de una adolescencia que tardé en abandonar, seguí corriendo y pateando la pelota, rateándome de las clases para encontrarme con ellos sólo para jugar. Mi mundo se desmoronó el día que uno de ellos, mi mejor amigo entonces, me decía que se casaba porque había embarazado a su novia. Después ya nada fue igual, los preparativos, la presencia de una novia ni siquiera imaginada en su casa, y finalmente el casamiento. Ese día terminó mi adolescencia.

Por un tiempo si se daba la ocasión de cuando en cuando, jugaba al fútbol. Me fui del barrio y nunca más lo volví a

hacer. Eso sí! hasta hace unos años seguía trepándome a los árboles...

Biografía

Orfebre y Joyera artesanal. Interesada en la Promoción y Difusión Cultural de la Artesanía tanto de México como de Argentina. Vivió su infancia y adolescencia en Olivos, pcia. de Buenos Aires, disfrutando sus calles. Por trabajo y estudio se mudó a la Capital Federal, donde después de 10 años en el estado, descubrió la artesanía y -aunque le tomó tiempo- varios años se mudó a los Valles Calchaquíes, en Salta. Allí maduró en cuanto a creatividad artesanal; crisis personal sumada a la crisis del país, la decidieron a buscar otros horizontes. Hoy con 10 años en Jalisco, México, encontró nuevos caminos: realizó seminarios, participó de Foros y Congresos relacionados a la Gestión/políticas culturales y al Patrimonio Artesanal. Además de seguir creando artesanías se ha dedicado a la organización de exposiciones artesanales: Platería Argentina en México, y actualmente: Artesanías del estado de Jalisco en Buenos Aires y Salta. kusslaw@gmail.com

No se trepa a los árboles con vestido

Veru Iché



querían que fuese niña /a su padre le gustaban las niñas con pelo corto/ como a él le gustaban, a su madre también/nació sin pelo, no hubo necesidad de pelarle/ no le pusieron aritos de bebé/ todas las nenas tenían aritos y el pelo largo/ el primer día de escuela llevaba un portafolios rojo y el pelo muy corto y la pusieron en la fila de los niños/ las señoras le decían a su abuela “qué lindo nene”/ también decían que tenía ojos muy lindos y muy tristes/ se ponía para jugar en casa los vestidos de su madre/ pero ella sólo tenía uno y para momentos especiales/ si llevás vestidos estarás más incómoda para jugar le decía su madre/los niños no se fijaban en ella/ sus modos eran muy femeninos/su aspecto no/ siempre usaba jeans y camisetas y protectores de cuero en las rodillas/ jugó un día al fútbol y ganó/ estudió ballet/aprendió a portarse “bien” en la mesa gracias a su abuela/ a los 11 años se cansó de obedecer ciertas cosas y sacó toda su femineidad afuera /empezó a llevarse mal con su padre/ a los 15 se rapó la cabeza y se ponía pantalones de chico/tampoco se llevaba bien con su padre/tuvo novios guapos que nunca le gustaron a su padre/cuando su padre murió se dejó crecer el pelo hasta la cintura/ nunca se hizo los agujeros en las orejas/

Biografía

veru/mar del plata/ fotógrafa/ españa.

<http://veruiche.eu/>

Manuelita vivía en Pehuajó, pero un día se marchó...

Lucía Forneri



El jardín de infantes, era un lugar “raro” ...

No entendía muy bien lo que pasaba allí. En esa época, en los `60, en mi familia de clase media universitaria, las cosas te sucedían de repente, casi sin mediar palabras: a los 4 años me encontré yendo de la casa al Jardín de Infantes. Del patio y la terraza que eran los más grandes del mundo (ya que incluían el espacio aéreo, las cornisas y los techos vecinos que recorría con placer y vértigo), a una casa más pequeña y con otra dinámica .

Mis piernas, me decían “no parecían de una nena”, porque coleccionaba moretones de todos los colores, que iban mutando a medida que mejoraban, y aparecían otros nuevos, para seguir tatuando mis piernas con pinceladas a puros golpes, de subir, bajar y trepar.

Así llegué a ese lugar llamado Jardín de Infantes, del que recuerdo especialmente, un patio de pisos de baldosas en damero blanco y negro, como un gran tablero sobre el cual jugábamos niñas de edades diferentes, con bastante libertad.

A determinada hora y dado mi bajo peso , en una época en la cual “ser rellenita” era indicador de salud, la maestra preparaba y me daba a sorbitos un mejunje amarillo bastante fuerte, dulce y consistente, lo que años después me enteré que se llamaba Sabayón: yemas batidas con azúcar y oporto El Abuelo. Y no era que nomás me lo daban en el jardín (se imaginan hoy en día el escándalo que causaría convidar semejante coctel alcohólico a lxs educandxs?), en casa mi abuela también lo hacía, porque se suponía que me aportaba fuerza y vigor, que era bien nutritivo. Yo lo tomaba en la convicción de que podría

trepar cada vez más alto a los árboles, tener mayor equilibrio en las cornisas que recorría, y ganar las carreras de bicicleta con los varones del barrio.

No sé si me nutrió o no ¡le fui encontrando el gusto!

Todas las actividades y juegos eran al son de las canciones de María Elena Walsh. Allí no se escuchaba ninguna otra música: Yo me las sabía todas!

Los actos y festejos, eran la representación teatral de sus canciones. Así fue como, desde mi timidez, interpreté a la reina Batata, a la luna que se iba a bañar, a un juguete del bazar que visitaba Osias... Hasta que llegó el gran día: El gran papel, el mejor de todos!!!

“Manuelita, la tortuga”. Vestuario en papel crepe, y hasta iba a tener caparazón!

En mi imaginario, en mi fantasía, Manuelita hacía lo que quería y eso era irse de viaje. Lejos, sola, a vivir una aventura. Al contenido de la canción, no le presté demasiada atención (lo del tratamiento de belleza, y las arrugas lo supe después). Y menos aún estaba enterada que había “un tortugo” que la esperaba en Pehuajó, con el que tuve que improvisar una caminata, al final de la actuación.

¿Cuándo me enteré de semejante aberración, de tal coacción de su libertad de viajar?

Ese día, “el gran día de la actuación” en el momento preciso en que me aprestaba a sacarme una foto, minutos antes de salir a escena (al patio del jardín, bah) me gritan: Esperá, que te sacamos con Narciso! (el tortugo en

cuestión, que la hace volver a buscarlo, que la espera en Pehuajó), que encima de hacerme volver de viaje, me cagaba la gran foto de súper estrella de la actuación!

Pero me vengué! Así aparezco en todas las fotos en que estoy con él enojadísima, por semejante actitud machista infantil. En esa caminata medio coreografiada, le di un empujón, y casi se cayó. La nena tan dócil y buenita, se rebeló, en un instante.

Y siguió rebelándose: en las calles del barrio, en las situaciones injustas de la infancia, por el motivo que fuera, salía en defensa de quien lo necesitara; ya sea para frenar una pelea, o pelearme si era necesario.

Hace tiempo que uno de mis helados favoritos es el de sabayón.

Sigo trepándome a los árboles que puedo, aunque a veces se me complica un poco.

Hace unos cuantos años que empecé a cantar con caja, de la mano de Leda Valladares, y a M. Elena Walsh la escucho cada tanto en las canciones que cantaban juntas. Así supe de la pasión de Leda por la vida, por la música, por la preocupación por la memoria de los cantos ancestrales (cruel paradoja de la vida haberla perdido a ella por el alzhéimer), de sus cuentos y el contenido político de sus obras.

Mantengo una actitud rebelde, sólo que un poco más sosegada que entonces.

Y hace rato que no hay tortugo posible que me haga volver de ningún lugar, si no quiero hacerlo.

Biografía

Nací en C.A.B.A (Ciudad Autónoma de Buenos Aires), el 14 de octubre de 1962 en una familia de clase media universitaria.

Mi infancia transcurrió en una gran casa chorizo, en un barrio al que algunxs llamaban Chacharita y otrxs, Villa Crespo. Soy la mayor de dos hermanas. Mis abuelxs vivían con nosotrxs.

Me mandaron al jardín de infantes, en esa época había unos pocos. Primaria y secundaria las “padecí “en escuela católica de Colegiales.

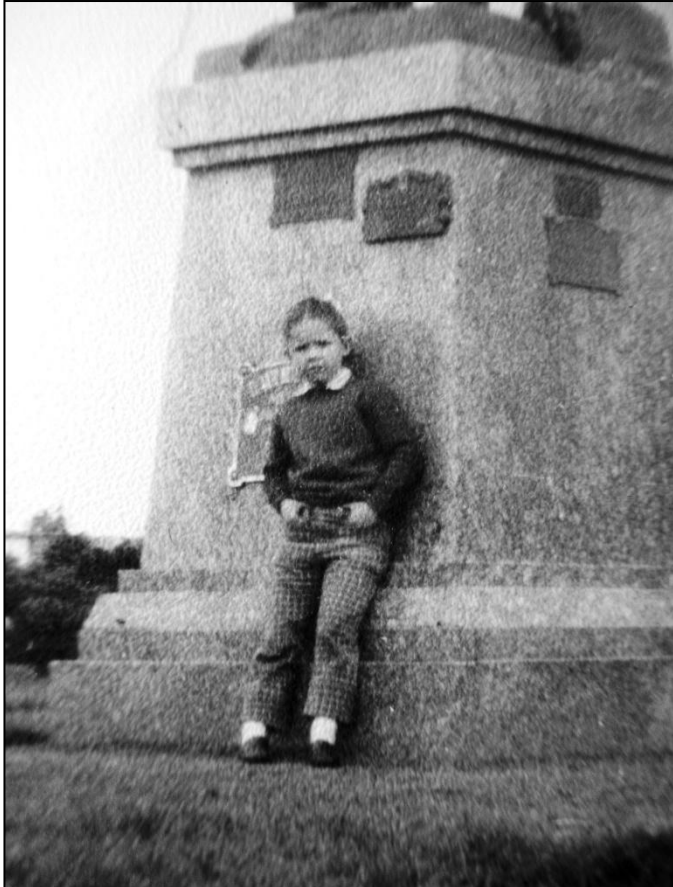
Al egresar, años de terapia mediante, y algún novio ateo, pude ir tomando conciencia de aquello que vivía como irreal, poderoso e hipócrita, pero no era escuchada en mis reclamos de cambio de establecimiento educativo.

Cursé el profesorado de nivel inicial, y al año de recibirme tuve a mi única hija. Soy educadora popular de Pañuelos en rebeldía, y desde la militancia en Géneros, los vínculos y saberes que fui acuñando, fui zafando de la Heteronormatividad obligatoria.

Conclusión: Soy la maestra zurdita, feminista, lesbiana del jardín estatal en el que trabajo, desde hace 20 años. Actualmente curso el Postítulo en Educación Sexual Integral.

Abrir la puerta para ir a jugar

fabi tron



Jugar a las bolitas, al fútbol, al metegol, a los cowboys, jugar con los autitos, coleccionarlos...

Treparse a los árboles, a los techos y a cuanto cosa sirviera para estar en las alturas y luego saltar sin medir el riesgo...

Correr carreras en bici con los pibes de la cuadra, escapadxs de la siesta pueblerina.

Estudiar danza, todos los estilos y desear que la profe para la presentación anual en el cine del pueblo te elija para los papeles masculinos.

Andar vestida con remeras o camisas a cuadros, zapatillas y vaqueros, siempre con rodilleras, producto de las roturas de las correrías diarias. Fascinarse por todos los sombreros de ala ancha y gorras existentes, y sentir que esas son la ropas que me mejor te calzan y con las que te sentís más linda.

Aprender a nadar, entrenar, ganarle a los varones....

Leer todas las novelas de Salgari e identificarse una y otra vez con Sandokán, leer Mujercitas y no entender de qué va la trama...

Pedir que para Navidad te regalen una colección de autitos, unos rastis, unas paletas de ping pong, o los libros de la colección de historia argentina de la biblioteca billiken o cualquier libro y decepcionarte si alguien te regalaba una muñeca, por ejemplo...

Morirse de aburrimiento en las clases de manualidades, tratando infructuosamente de tejer a dos agujas...

Desear ir al taller de carpintería y no entender por qué sólo los varones podían hacerlo...

Andar a caballo en las vacaciones de invierno, galopar con los cabellos al viento y sentirme libre, arrear el ganado, participar de las yerras y de las carneadas, tiempo de fogones, guitarreadas y conocer las tradiciones de lo que llamaban patria.

Odiar los vestidos, las polleras, los guardapolvos blancos abotonados por detrás y con tablas adelante...

Odiar que las mujeres de la familia se empeñen en dejarte el cabello largo. Odiar los rodetes, las trenzas, que te cepillen (tiren) el pelo. Odiar los moños...

Odiar que te crezcan las tetas porque ya no podés seguir andando en cuero y en patas como tus amiguitos varones.

Aprender a negociar con los adultos para poder hacer/ser ¿Qué? Varón, mujer.... ¿Quién?

Esa fue mi infancia, una niña medio salvaje, rebelde, desprolija, feliz, marimacha, me decían. A mí me gustaba que me dijeran "la Cachi". Al menos así me recuerdo, o elijo recordarme.

Infancia corta, pero intensa, corría el 76, yo pasaba de los 10 a los 11 años. El otoño llegó acompañado por el comienzo de una de las más sangrientas dictaduras que conocimos y el nacimiento de una precoz conciencia política. Con la primavera llegó mi primera menstruación y con ella, otro cuerpo, muchas prohibiciones y la certeza

que nunca más sería la misma. Comenzaba a desaparecer la época de jugar por jugar, de la inconciencia, la inocencia, de la alegría porque sí, sin ningún motivo aparente. Desaparecido el cuerpo andrógino, del cual todavía guardo cierta nostalgia, desaparecidos los cuerpos de lxs luchadores fusiladxs por aquella dictadura que marcó el final de mi niñez. ¿Alguna vez los encontraremos? Ya no creo en las certezas, tampoco en las tradiciones y menos aún en la patria o en la justicia pero celebro comprobar que, si bien no soy la misma, la niña marimacha permaneció, reconstruida, resignificada. Ha nutrido y fortalece a la chonga que ahora soy y le dice: “sigamos resistiendo”.

Marimacha me decían, no entendía muy bien a que se referían, o mejor dicho, no entendía qué es lo que estaba mal de ser cómo era. Pasarían muchos años para que comprendiera que sobre la base de “las diferencias sexuales anatómicas”, el patriarcado cimenta su orden perverso de subordinación y exclusión, y para ello se apoya en las instituciones, familia, heterosexualidad obligatoria, iglesia, estado y también la ciencia. Pasarían muchos años para entender que no era yo la que estaba mal, sino el sistema. Marimacha me decían y algunas veces me resultaba ofensivo, otras me dolía, lxs niñxs pueden ser crueles y lxs adultos mucho más, pero no pasaba de ser “la rarita”. Hoy muchas niñas chonguitas son diagnosti/castigadas con “disforia de género” y su castigo son largas, tediosas y tortuosas sesiones de terapia correctiva.

A algunxs niñxs les fascina pintarse los labios y las uñas, ponerse furtivamente y a escondidas los tacos y la ropa de la madre, a otrxs, por el contrario, les encanta pintarse

los bigotes, probarse las corbatas de los padres y andar en borcegos. Lo que hace que algunxs se identifiquen o se apropien de vestimentas, conductas, acciones ligadas a lo convencionalmente identificado (heteropatriarcado mediante) con lo femenino y otrxs con lo masculino, sea tal vez tan inabordable como pretender conocer porque a unxs les gusta el helado de frutilla y a otrxs el de limón. Casi tan insondable como las raíces profundas del deseo. ¿Será porque de eso se trata?

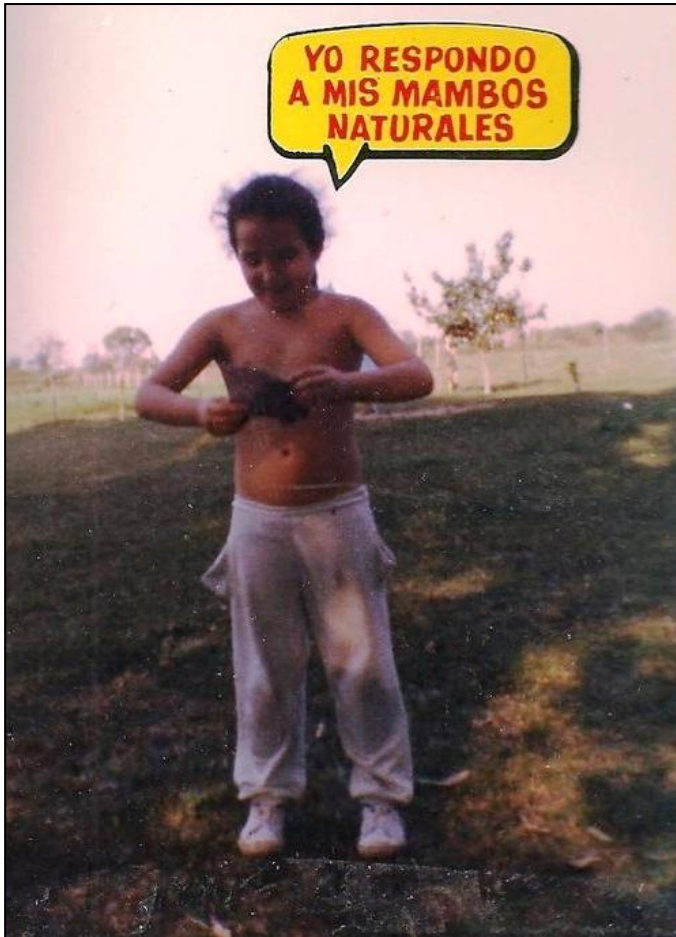
Ojalá ningúnx niñx tenga que ser el campo de batalla donde la guerra del patriarcado se juega, ojalá que en un futuro no muy lejano cada niñx pueda ponerse la ropa que mejor le calza, y que del arroz con leche solo quede “abrir la puerta para ir jugar”.

Biografía

Soy artesana, comunicadora, acompañante terapéutica y activista lesbiana desde principios de los noventa del siglo pasado. Milité en muchos grupos de lesbianas, LGTTB y feministas, y fui fundadora de Desalambrando, abriendo el camino para salir del segundo closet. Programa de sensibilización y prevención del maltrato en relaciones entre lesbianas. Nací en un pequeño pueblo de la provincia de Santa Fe, he vivido en muchos lugares, actualmente resido en Córdoba pero vivo en la frontera.

Pepita, la pistolera

Cecilia Dumón



Decido titular así el relato porque así me llamaba mi abuela materna cuando era chica quizás también un humilde homenaje a la Natalia "Pepa" Gaitán porque a esta altura todas somos Pepas por más que no todas la hayamos conocido en vida. Siempre me destaqué dentro de la familia por ser machona, varonera, etcétera. Si mi mamá me ponía vestiditos con voladitos, yo me las ingeniaba para sentirme cómoda, sacármelos para poder treparme a los árboles, jugar al fútbol y machonear bastante con mi hermano y sus amigos mientras mi hermana mayor insistía con la invitación a sentarme al sol junto a ella y leer la PARA TI, la revista TÚ y alguna novelita liviana y veraniega del tipo de Corin Tellado. Lo único que me atrapaba de esas novelitas o revistas era mirar las modelos de sus tapas.

Ya en el jardín de infantes, la señorita nos enseñaba que las personas se dividen entre los gustos y por géneros. Las niñas jugaban a las muñecas y a las amas de casa en la casita de madera junto a la ventana y los niños jugaban con los autitos en el lado diametralmente opuesto de la salita. Yo nunca fui de acatar esos mandatos ni cuando iba al jardín de infantes... uno de los primeros días, una esquelita mediante en el cuaderno de comunicaciones solicitaron que todos los alumnos y alumnas debíamos llevar nuestro juguete predilecto. ¿Y cuál lleve yo? Una hermosa camioneta anaranjada marca DURAVIT. La señora Inés quedó atónita al verme llegar chocha con mi juguete predilecto y mi madre se atajó diciendo algo así como que "seguramente lo era porque en casa jugábamos con mi hermano mayor".

Nunca entendí por qué desde las escuelas insisten en inculcarnos los modos y objetos de juegos como si eso

sería lo que define nuestra sexualidad y orientación sexual. Mis dos mejores amigas de la infancia eran también "machonas", jugábamos a trepar árboles, a la pelota y a cazar sapos, pero sólo yo soy lesbiana. Señores padres, madres y educadores: No hay nada de qué temer, los juegos de infancia no definen la sexualidad ni la orientación sexual... son para jugar y pasar el tiempo. Nada más que un pasatiempo lúdico.

Hace unos años atrás, cuando nació mi primera sobrina, con una amiga de mi hermana (ella es heterosexual) compartimos el regalo del bautismo para abaratar costos y le regalamos un muñeco original de Woody (Personaje protagónico de "Toy Story") y la suegra de mi hermana nos dijo: "ese juguete hubiera estado bien si Martina sería Martín". Todo muy lamentable y encima justo se debatía la ley del matrimonio igualitario en el congreso, ya no vivíamos los furiosos años '80. Obviamente no me quedé callada y a la larga el muñeco Woody se transformó en el juguete favorito de Martina, a la cuál le gusta un chico de su salita y sabe que a su tía Ceci no le gustan los chicos.

Biografía

Nació en Paraná el 29 de Febrero de 1980. Se inició en la actuación teatral, las artes plásticas y la música durante su infancia y adolescencia en su ciudad natal. Luego, en 1998 se radicó en la Capital Federal. Es Guionista egresada del Centro de Investigación y Experimentación en Video y Cine [Buenos Aires, 2002]. Fue guionista y directora de varios cortometrajes entre los que se destaca "Noche de copas" [2001]; escribió y dirigió el mediodocumental para televisión "Nota al pie" [2007]. Se desempeñó como productora en los cortometrajes "De amor y soledad" de G. Carrá [2001] y "Había una vez" de C. Molinari [2001] También es coautora del Libro "Guionistas por guionistas", editado por el VII BAFICI [2005]. Actualmente se desempeña como Docente, Guionista y Consultora de guiones en OSOBUCO Producciones. Desde Abril del año 2011 colabora de la selección del material audiovisual en Cine LGBT Santa Fe, la muestra de cine lésbico gay trans de la ciudad de Santa Fe. Y está en plena etapa de post-producción de su documental de temática lésbica denominado "I.G.U.A.L.E.S" de pronto estreno.

Un chonguito por las ramas

Luciana Tadey



En esta foto debo tener unos 6 ó 7 años y estoy subida al castaño de la que por entonces era una casa de fin de semana que había construido mi viejo en la localidad de Ranelagh. En esa casa viví toda mi infancia de chongo, los fines de semana, con mi viejo separado, mis padrinos y mi abuela. Aprendí a llegar en tren y saludar a los gritos a la parentela, a amasar, a hacer asados, a quemar basura en el baldío de al lado, a rastrillar el pasto, a dormir la siesta debajo de ese castaño, con un sombrero en la cara, a hacer pozos alrededor de las plantas con la pala de puntear, a silbar, a andar "en cueros" como decía mi viejo... todo dentro de ese cuerpo de chonguito desprejuiciado, que era donde me encontraba cómoda. Subiéndome a los árboles, nadando, andando en karting, paseando al perro... sin importar como debía comportarse una nena de mi edad. A mis padres y otros parientes tampoco les importaba, no recuerdo a nadie diciéndome: "tenés que ser más femenina". Siempre fui así. Nunca nadie de mi familia consideró la femineidad como un valor en si... lo que siempre recuerdo que buscaron fomentar en mí fue la búsqueda de la plenitud personal.

Con el tiempo fui conociendo pibes que me aceptaron más ó menos como era y no la pasé para nada mal. Pero cuando encontré a mi primera mujer... me puse "en foco". Una vida que yo no sabía que estaba desenfocada, como una imagen borrosa, se enfocó. Me volví plena, mi vida se llenó de mí. Volví a estar arriba del árbol, mirándolo todo sonriente, la media sonrisa confiada, el gesto relajado y un poco canchero, por qué no...

Ser torta es hoy mi árbol de castañas en el mundo, es el lugar desde donde veo las cosas y desde donde me visibilizo también... es la casita en el árbol a donde invito a

quienes yo quiero. Ese árbol es "mi mundo" que a veces se trata un poco de "estar por las ramas"... soy medio cabrita también, medio chonguita reventada... medio: "si no te gusta, bajate...". Pero qué sé yo, es una forma de seleccionar también, y de exponerme a la selección. Hay que ver quién se banca subirse, hay que ver quien me sacude para que me baje... o quién me hace bajar y con qué artes... es todo un juego de seducción ser el chonguito de la rama. A veces estoy más cerca de lo que pensás... a veces estoy en la última rama de arriba... a veces estoy cerca del cielo y te bajo una estrella, cuando me pongo cursi y se me prende toda la tanada pasional... te doy sombra y cobijo, y calor con las ramas secas en invierno... te alimento con las castañas de mi árbol y... además soy un poco como esas castañas: por fuera llena de espinas, pero por dentro una pelusita suave y un fruto dulce... que hay que cocinar a fuego lento.

Soy un poco árbol y un poco pájaro... tengo mis raíces profundas, que me atrapan un poco, pero yo lo permito; cambio con las estaciones... me guardo un poquito en invierno, me gusta alimentar y proveer. Pierdo gente, cosas, lugares... como caen las hojas: cíclicamente... vuelven a la tierra y se convierten en abono otra vez para formar mi savia. A la vez me gusta volar un poco, pero busco anidar cada tanto... no tolero que me aprieten demasiado... huyo o muero; pero puedo quedarme donde me siento cómoda... aunque sé que puedo volar cuando lo deseo... y por eso es más placentera mi estadía... y se vuelve más bella.

El chonguito de la rama se toma al mundo así hoy por hoy: pechito para adelante, bocona... se topa cada tanto con alguien que la baja de un hondazo... pero no cambia por

nada su lugar en el mundo: ese cuerpito desprejuiciado de chonguito en las ramas.

Biografía

Nací en 1979 en Capital Federal, y se puede decir que soy toda una virginiana. Para más datos, una tana virginiana: leche hervida, fuerte, fiel a las convicciones. No tengo hermanos. Viví toda mi vida en Capital Federal, salvo un breve paso por San Fernando. Hoy volví al Barrio: Parque Patricios, barrio donde, a principio de siglo, pararon mis bisabuelos en su conventillo de la calle Colonia al 100... acá a 5 cuadras. Mis dos viejos viven aún acá. Estudié Bioquímica en la UBA y hoy trabajo a pocas cuadras de donde vivo, en el Hospital Muñiz. Me dedico a la Virología y a disfrutar de la naturaleza, sola o acompañada, según se pueda. Todo con pasión.

Chupate esa mandarina

Ana Scully o Aniushka Lupín



Leo a Salgari, cierro los ojos tirada en la cama y me veo abordando barcos ingleses, con el kris en la boca. Soy Sandokán y voy a salvar a Mariana, ¿a Mariana? ¿cómo resuelvo esto? ¿soy Sandokán o soy Mariana? ¿me pongo el traje Sandokán y lo rescato a él? Mejor y más fácil: cambiemos de historia. Soy Sandokán y voy a luchar contra los thugs.

Quiero ser jugadora de fútbol, me informan que no hay mujeres que jueguen al fútbol. Resisto y discuto pero la realidad se impone. Entonces, quiero ser árbitro. También echan por tierra mis pretensiones. Está claro que el deporte no va a ser mi futuro. Ni el potrero me acoge, a los diez u once años entré por última vez a jugar. En media hora no me llegó un pase. Chupate esa mandarina. Má sí, me voy a hacer una expedición de descubrimiento y me treparé al árbol más alto, yo sola.

Hay que pintar la pieza, la imagino celeste. Es una forma de decir: -no quiero rosa. La respuesta de mi madre, entre risas medio nerviosas, es:- ¡te va a crecer pito! Mis posters de básquet y motociclismo quedaron geniales sobre el fondo "champagne".

Lloro a mares y digo como mil veces que no quiero ser mujer. Lo repito en todos los tonos para que se haga realidad, pero no hay caso. Este cuerpo es una maldición o mejor, una prisión. Soy un caracol que lleva su cárcel encima.

Después, me amigué con mi carne y descubrí que el problema no era el cuerpo, sino que en realidad, estaba en el aire: el chisme, la mirada admonitoria, el reto liso y llano que te ponían en tu lugar. Ahora que lo pienso, no

me amigué nada. Lo torturé a través de todas las formas imaginables de cagarse de hambre. Por lo visto, le tenía rencor.

Conclusión inconclusa, me la pasé negociando. Cedió cuando decidí no hacer más cosas de varones en grupo y, perdí, cuando resigné mi vocación de poder y me retiré a la zona fuera de foco.

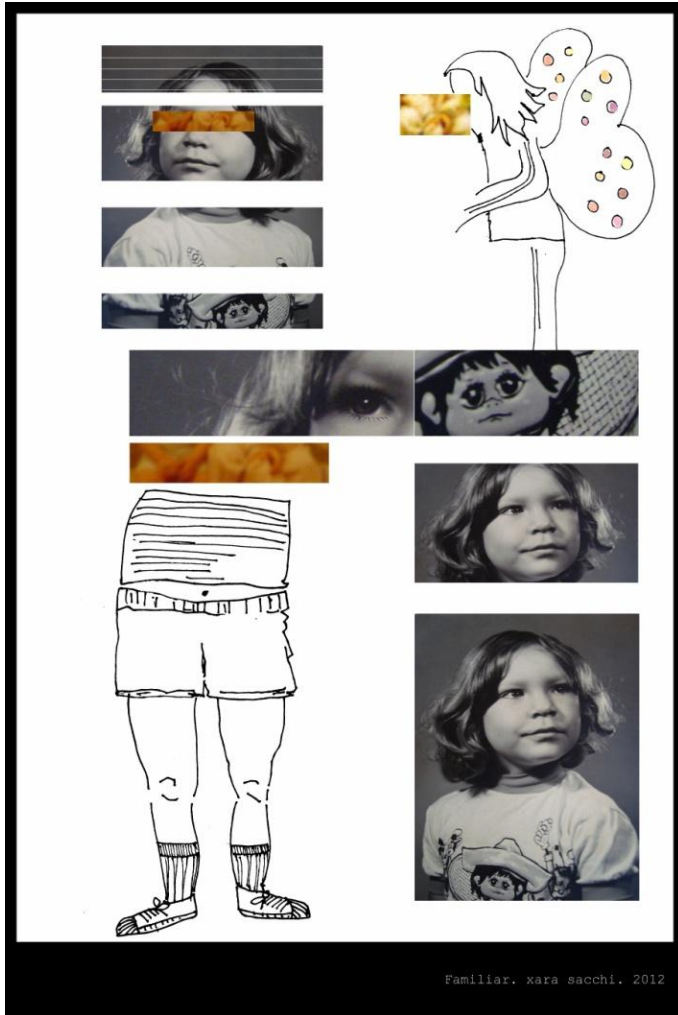
Pero fui una pionera jugando a las figuritas.

Biografía

Soy porteña y vivo en Córdoba desde los dos años, primero en Falda del Cañete, después en Anizacate y ahora en Alta Gracia. Nací en 1973, cuando empezó el reflujó. Estudié Historia en la UNC y trabajo en una escuela secundaria. Hago un montón de cosas pero no soy doctora en nada.

Familiar

xara sacchi



Familiar. xara sacchi. 2012

16 de septiembre. Ese es el día que nací.

La remera que llevo en la foto y que mis padres han colgado en su casa, no la recuerdo. No recuerdo si quise ponérmela, si me gustaba o no. Si significaba algo para mí. Recuerdo sí algo de esa sesión de fotos. Creo que era un encargo de mi abuela. Hay otra versión de esa foto. Estoy sentada con mi primo. Mi abuela tenía una ampliación de esa versión colgada en el comedor de su casa. Sus dos nietos mayores. Sus dos nietos blancos de ojos claros. Recuerdo el momento en que me hicieron cambiar de ropa para esa foto. Mi mamá tenía los dedos helados. A mí me hacía frío y estaba incómoda. No me gustaba el vestido con volados celestes que tenía que ponerme. Apretaba bien los bracitos contra mi costado para que no se viera la parte de mi torso que quedaba desnuda con esa solera horrible. Me quedaba pequeño. No cerraba. De eso sí me acuerdo. Y odié siempre esa segunda versión de la foto. Cuando crecí también odié la primera, por la camiseta.

Me hacía picar el cuello, me apretujaba en los brazos y me raspaba el estampado de plástico en la panza.

En esas fotos están el entramado del acto del aparecer del cuerpo en el malestar y el acto de la desaparición forzada.

Esa camiseta es como un santo y seña de la invisibilidad.

Los cuerpos ausentes eran miles. La invisibilidad es una manía nacional.

Y la remera como un manto. La bandera como un manto. Y el Gooooooooooooooooool.

Y el silencio. Todos los silencios.

-Todo esto no viene así nomás

-Por qué no?

-No me digas que los vas a contar

-No te parece?

-Cuándo te recibiste?

-Militaba?

-Hay Cadáveres?⁵

Mi papá me llevó a ver uno de los partidos de Argentina en Córdoba en el mundial `78. En el `80 me mandaron a danzas clásicas. En el `86 abandoné. Tenía 11 años. Nunca había escuchado la palabra lesbiana. A los 7 me confundían con Martín Morales, el niño que se sentaba en un banco adelante de mí. Mi papá se rasuró la barba por esa misma época.

Me gustaba el cuadro de Evita descamisada. Me quedaba mirándola en la pared de la casa de mi tío. Tenía el cabello suelto al viento y una camisa con el primer botón desprendido. En mi casa no había cuadros.

Mi mamá decía que ella era de izquierda y que mi papá era peronista. También dijo que mi tía le dijo que si me tenía que matar me iba a matar. Su esposo, mi tío, hace unos meses dijo que no había podido dormir al ver mi última foto del Facebook en la que ya parecía totalmente un

⁵ Néstor Perlhonger. *Cadáveres. Alambres*, Buenos Aires, Último Reino, 1987.

varoncito y que seguro que era yo la que llevaba la cinturonga.

Esa camiseta de la foto me duele. Me duele mucho. Pero su imagen es un trasto familiar, es un rasgo que queda, que dice todo sucedió. Todo sucedió.

En mi familia no hay héroes.

Siempre sospeché que mi tío se escapaba de la colimba porque era puto. Mi abuelo lo entregaba cada vez.

Y mi otro tío, dice mi papá que se casó pero que también era puto.

Mi juguete preferido era un camión de YPF de juguete que le regalaron a mi hermano. Prometí no desvestir nunca más una muñeca. Prometí no arruinarlas. Prometí quedarme quieta y sentadita en la verjita de frente de casa. Como en la foto que estoy con Paulo. Los dos tenemos las manitas agarradas entre sí para la foto, el mismo gesto.

Yo era “la locomotora que quema los manises” o algo así. Me Prometí no vestir a Emi de señora nunca más. Tenía mucho miedo de pasarle mi maldición. De volverlo raro como yo.

Pedía osos para reyes porque no sabía qué juguetes debía pedir. Y coca - cola.

Me gustaban las encías de Lucía. Me gustaba leer. Me gustaba leer revistas como D’Artagnan, El Tony, Nippur. Leía Humor y las puertitas del Dr. Cureta a escondidas. Una vez me pilló mi papá leyendo una Sex Humor sobre el

divorcio vincular, y me preguntó: ¿Entendés? Y yo lo dije que sí. Pero no sé si entendía lo que él pensaba que entendía. Sólo quería seguir viendo los dibujos de las chicas desnudas que tomaban sol. Y las que dejaban a sus maridos. Eso si entendía.

Se entiende?

Estaba claro?

No era un poco demás para la época?

Las uñas azuladas?

*Hay Cadáveres*⁶

En el `88 aún no había escuchado nunca la palabra lesbiana, ni torta, ni tortillera. Sí puta. Sí rara. Sí puto. Sí machona.

¿Tu mamá es subversiva?

Me gustaba *Bicherío*. Me gustaba imaginar que las hormigas tenían una vida.

En la escuela me hicieron arremangar los pantalones para que no se vieran por debajo del guardapolvo. Me mandaron al patio de chicas.

Le comencé a sacar la ropa a mi hermano. Cada tanto si no se enteraban me ponía un polo de mi padre. Por la misma época de la foto me ponía las botas de nobuk de mi abuelo, corría por la habitación y me miraba en un espejo

⁶ Idem.

inmenso. Pero no prosperé hasta que mucho tiempo después una chica me dijo al oído *chonguito, hermosa*.

Biografía

Artista visual en des-construcción decolonial, aficionada a la filosofía académica. Adicta a la política, al sexo y a los cuerpos disidentes.

En exilio permanente, *sans papiers*. Nací en Córdoba, viví en Aguaray, en este momento estoy en Bilbo, Euskal Herria hasta nuevo aviso.

Chongo.

Colaboré y colaboro en grupos de investigación académica, colectivos artísticos, movimientos sociales y políticos. Estoy en Badoo, facebook y Twitter.

Cuirfeminista.

Escribo para publicaciones independientes que me hospedan cada tanto. Hago arte en cualquier parte. Saludos para tod*s l*s que me conocen. Yo también l*s extraño.

Jugar con las muñecas de tus manos

Violeta



Deambulaba por el bosque en cuero, con un short de jogging rojo y una capa del súper ratón que todos le adjudicaban a Superman. Mi infancia fue en Ostende, territorio virgen de la costa Argentina. Jugaba con mis amigos del barrio en las calles de tierra. Los pantalones siempre rotos en las rodillas. Subirnos a los árboles era nuestro mejor deporte. Como los chicos de ciudad entrenan en las plazas, nosotros lo hacíamos en el terreno de al lado de mi casa. Ahí tenía mi choza, mi soga que hacía de liana y mis herramientas para tallar armas: flechas, gomeras y lanzas. Desde muy chica tuve acceso a una cortapluma. Mi viejo, con esa inconsciencia un poco sabia que tuvo para criarnos, decía: “que aprendan por ellos mismos, uno no los puede cuidar siempre. Tienen que curtirse o van a ser unos boludos”.

Esa libertad cambió mucho cuando entré a la escuela primaria. Ser mujer después de haber sido un mono fue lo peor. Recuerdo que mis compañeras miraban “Chiquititas” y mi mamá no me dejaba. Un día fui a comprar pan y la mina que me atendió me confundió con un varón. Llegué a mi casa y me miré al espejo, con el pelo atado parecía “Roña”, uno de los varones del programa. Fue la primera vez que sentí que algo no encajaba. Hace poco mi vieja me contó que una vez la llamaron de la escuela porque yo siempre jugaba con los varones en el recreo. Ella preguntó qué tenía eso de malo y no supieron qué contestarle. Pero muchas madres tomarían la palabra de la institución como palabras mayores y reaccionarían de otra manera. A veces por miedo, por creer que es lo mejor. En esas cosas las instituciones condicionan nuestra forma de ser. Pero no hay que entender esto como una cuestión moral o de derecho, si no de ética, de la libertad del propio cuerpo. Cada vez que durante el almuerzo o la

cena alguien reclama que falta la sal, se espera que sea una mujer la que se levante a buscarla, y esto está implícito. Hay pequeños gestos que te dicen lo que los otros esperan de vos por el sólo hecho de ser mujer, aunque te enseñen que somos iguales. En mi caso recuerdo mucho más fuerte la mirada femenina sobre mi masculinidad que la mirada de los hombres.

Los chicos me pasaban a buscar para ir a jugar al baldío que estaba frente al supermercado. Me respetaban porque jugaba bien y amaba el fútbol. Miraba los súper campeones y mi pieza estaba empapelada con fotos de River del `94. Estaba segura que cuando fuera grande iba a ser titular en el equipo femenino de primera. Mi mamá me vestía para los cumpleaños y yo terminaba pidiéndole a alguien que me cambie las zapatillas para entrar a la cancha. No aguantaba estar sin jugar. Pero tarde o temprano llega la palabra “machona” y te das cuenta de que la cultura y la libertad no siempre van de la mano. A una edad se deja de jugar, se empieza a hacer deporte. Tuvo que ser vóley porque en el polideportivo no había fútbol para las chicas. Mi mejor amigo dejó de invitarme a los partidos o yo dejé de ir. “Cosas de la edad”, escuché que decían los grandes. Cosas de varones y mujeres que pasan con la edad. Por suerte después encontrás a alguien que a esa “cosa misteriosa” que marcó un quiebre en tu infancia le dice “relaciones de poder” y empieza un partido nuevo.

Biografía

Me llamo Violeta y tengo 25 años. Vivo en Boedo durante el invierno y en Pinamar durante el verano. No logro recibirme de profesora de filosofía, pero cumplo ese rol en el Bachillerato Popular “Barracas Sur”. Trabajo de camarera, electricista y bobinando motores en un taller electromecánico. Tuve muchos fotologs, entre ellos <http://ar.fotolog.com/helenitas/mosaic/> y ahora tengo el twitter @lumpenaje porque no sé dónde escribir.

A los 7...

Diana Pérez Rivera



Cómo me pensaba y me sentía en la infancia... es una búsqueda difícil, llegar al recuerdo nítido de mi niñez masculinizada puede verse influenciada en este momento, con el peso de factores externos que pudieron haber hecho más dura esa infancia y mis primeras relaciones con “el mundo,” factores como el machismo imperante en México, o la influencia de los medios de comunicación en la creación de estereotipos de belleza femenina. Pero después de un rato de buscar ese recuerdo, descarto estas posibilidades pues era demasiado corta mi edad para entenderlos. Por lo que me queda la narración de la sensación imperante de estar “fuera de lugar”, vigilada de las miradas inquisidoras de las féminas mayores que veían en mis gustos por los carritos o el fútbol, algo “raro” y yo lo sentía, pero no lograba entender qué era lo que estaba mal.

Esas expresiones en miradas o palabras como machorra, me provocaban ansiedad, que en ratos se encauzaba hacia una incomodidad con mi propio cuerpo, pero seguía vistiéndome, expresándome, exactamente como yo quería. Hecho que mi familia notó y jamás se me exigió que fuera “más niña”, yo podía ponerme la ropa que yo quería e intentaban satisfacer mis gustos aunque no “coincidieran” con el rol de género que se le impone a una niña.

Así, esta foto se tomó en 1997, tenía 7 años, yo jugaba a ser abogada y me disfracé del único abogado que conocía, que era mi padre, cuando él me encontró jugando en su oficina justo pensé que me regañaría por estar vestida de hombre, pero rió mucho y me dijo que sólo debía preocuparme por ser feliz. Después regresó con una cámara y tomó la foto. En la foto también está mi hermana

menor, coquetamente femenina, ambas con una sonrisa franca.

Biografía

22 años, Mujer, Mexicana, Abogada.

Una chonguita de la resistencia armada

Julia Zárate



Crecer en Neuquén fue una experiencia que yo comparo con la de Sara CONNOR en Terminator 2. Sin tener en cuenta el desierto rojo a temperaturas infernales, ni los vientos huracanados y la sequedad insoportable, siempre me sentí una heroína perdida en el culo del mundo y con aires de tratar de salvarlo. Por eso fui una chonguita de la resistencia armada. Exiliada en la clandestinidad de mis fantasías iniciáticas me resistí con enojo sostenido a mi condición de mujer oprimida por las desventuras adultas, hasta que me lancé a la investigación de mis propios placeres y me fue bien. Aunque nunca quise ser normal, puse el cuerpo al servicio de los márgenes perceptivos y a los 10 años ya había besado un par de chicas. Durante mi infancia no encontré respuestas. Sólo sensaciones desorganizadas de autopercepción y ganas de salirme de mi cuerpo. Toda esa mezcolanza de estímulos climáticos y prejuicios impuestos desde mi entorno me volvieron al difícil entrenamiento callejero. Allí aprendí el oficio de la resistencia de la mano de amuletos mágicos que convertían a los adultos en animalitos domésticos, poderes para volar del vestuario del club al bosque para besar en la oscuridad fresca y verde a jovencitos que no se inmutaban cuando yo gritaba las canciones de Roxette desde la casettera.

Nadie sospechaba entonces que mi plan a largo plazo sería exitoso. Pude eludir todas las normas y abatir a mis enemigos cultivando mi libertad y aprendiendo a pensar por mí misma. Luché en batallas cuerpo a cuerpo, y aunque no salí ilesa pude recuperar mi sentido del humor y darle cuerpo a mi palabra. Destruí la culpa y abaté los prejuicios de mi entorno con aliados coyunturales y tuve pena, mucha pena, porque muchas veces me creí derrotada por completo, incluso viví el exilio a mis deseos

y compré lo que me vendieron. Aun así, mi espíritu aguerrido encontró las grietas desde donde retomar la resistencia y atravesando los dolores intransferibles que mi experiencia feminista transformó en bandera volví a retomar la alegría de ser mujer y a construir mi trinchera desde la cual hoy observo el mundo. Mi refugio invisible a los ojos distraídos, y provisto de armamento capaz de resistir la embestida reaccionaria, todas las veces que sea necesario.

La resistencia armada de palabras y deseos propios y mi caballito de batalla: mi cuerpo. Espacio personal y político donde la chonguita armada llena de furia y alegría defiende con uñas y dientes sus marcas.

Biografía

Nací hace treinta años en el desierto neuquino cerca de la confluencia de los ríos Limay y Neuquén. Hace trece años que estudio y trabajo en Buenos Aires, además de viajar fotografiando y rodando películas por distintos lugares de Argentina y por algunos países de Centroamérica, Europa y África. Estudié cine y fotografía, participé en diversas muestras en Buenos Aires, Neuquén y Francia. Obtuve becas en artes visuales y premios en fotografía. Desde 1999 trabajo en la realización y producción de series documentales, largometrajes de ficción, miniserias de terror, fantástico, comedias, etc., etc.

Soy mujer feminista y no uso las categorías de la heteronorma para definir mi sexualidad. Soy diversa y mi identidad es un devenir constante.

Abrazo hermano

Dahiana Belfiori



Abrazo hermano. Paisaje serrano de pastos con alambres. Desalambro recuerdos: nostalgia: me veo sonreír y susurra en mi memoria el viento que despoja mi cuerpo niño. Papi, nuestro padre, enfoca y eterniza el gesto: abrazo hermano.

Pienso en mi papá, en mi hermano y en sus definiciones. Varones de la casa y de las sierras. Varones de la tierra. ¿Dueños de sí y de todo? Abrazo hermano: dobles. Dobles de riesgo. Me dobla y lo doblo. Nos cuidamos. Jugamos: piedra en mano / mano en flores /mano en flor/ flor en niño. Piedra y flores. Flores y piedras. (pastos-alambres). Piedrapapeltijera: piedra-piedra / piedra-flores / ¡flores-flores!

Quién es quién en este juego. Me adivino en la pose. Casi casi casi, pero no. Un nenanene que juega libre, que corre entre yuyos. La vestimenta no ayuda. No colabora con el ojo ajeno. Papá mira y con el índice nos coloca en el parasiempre de las fotos. Mamá y abuela, también miran pero no se ven. Ríen.

Cuerpo libre, indefinido. Ese cuerpo de ahí era yo. ¿Ese cuerpo de ahí me reconocería hoy? Ese cuerpo de ahí, el ahí de la foto: calzón que acompaña mis horas. En la calle y en calzón y en las horas. Abrazocalzónhermano. Gorrascamisascalzones nos igualan. Y no sólo.

Te abrazo, hermano. Y me abrazás.

Libres en el juego: ¿querés jugar?

Biografía

Dahiana nació en Rafaela bajo el signo de libra, vivió en Córdoba bajo el signo del desorden y volvió a Rafaela un año nuevo. Es una serpiente de fuego y como tal cambió de piel varias veces en su vida. No se ve a sí misma como una chonga, aunque sufre secretamente por ello. El problema es que no puede dejar de pintarse. La subieron a los tacos en la adolescencia y se bajó, ella solita, en la juventud. Tiene 35 pirulos. Presume de ser feminista.

dahiabell@yahoo.com.ar

www.aquiyaceunamalamujer.blogspot.com

Los nenes con los nenes, las nenas con las nenas

mónica palacio



Creo que no puedo decir que tuve una infancia chonguita, pero el incidente de tercer grado y la aparición de las palabras marimacha y machona en mi vocabulario vienen al caso.

Crecer en una ciudad chica, en una familia numerosa, con padre y madre trabajadores, hacía que la calle sea un territorio posible para habitar, sobre todo a la siesta y al atardecer después de hacer la tarea. Los niños y las niñas de la cuadra la pasábamos mezclados en juegos de todo tipo, la despensa, las bolillas, la guerra con armas de rulos y bolitas de paraíso con los techos como escenario, las carreritas en bici y patín, la pelota y, a la caída del sol, las escondidas. En los días de lluvia jugábamos a las cartas y al cuarto oscuro. En ese momento, el tiempo de los juegos era el tiempo de mis ganas, yo ponía el ritmo y negociaba con quienes participaban las reglas, los premios, los límites. Entonces yo decidía qué, cómo, hasta cuándo y hasta dónde en función de mi deseo, y construía con otros y otras una complicidad sólida y solidaria, de iguales, que aparecía tanto en la travesura como en la resolución de los conflictos. En el tiempo de los juegos, mi tiempo libre, la percepción del sentido de la libertad, que tenía carácter de absoluta e ilimitada para mí en esos momentos, está estrechamente ligada con la ausencia de los adultos, de sus reglas, de sus leyes.

Mi señorita de tercero se llamaba Olguita y un día le pasó su gran preocupación a mi madre. En una reunión le dijo que yo era una marimacha, una machona. Todo por mi gusto por los juegos de correr, de empujarse, de trepar en los techos y en los árboles, y por la relación que construía con mis compañeros varones que me percibían como una igual tanto para la diversión como para las peleas. Mi

madre llevó el asunto a casa y la situación llegó a esos lugares comunes donde llegan todas las cosas que pasan en los pueblos. Que no sólo hay que ser, sino también parecer; que no está bueno andar en boca de otros; que las niñas deben ser así y asá; que los juegos con los varones pueden terminar en otra cosa; que da vergüenza que te llamen de la escuela para decirte una cosa así de tu hija; que si lo volvés a hacer yo igual me entero porque todos me cuentan.

Pienso que en algún momento muchas tuvimos que pasar por situaciones así y a algunas nos hizo el efecto esperado. Yo no dejé de jugar con mis amigos y amigas de entonces, pero empecé a fijarme sobre todo en mis actitudes corporales y a medir el grado de contacto físico que tenía con los chicos. Así, a los 8 años, me convertí en mi propia vigilante. Definitivamente me importó, siendo una niña muy pequeña, me doy cuenta ahora, esa carga negativa y pesada de las palabras machona y marimacha, que hasta ese momento eran nada, pero que al ser pronunciadas por las personas adultas que me rodeaban, traían un contenido implícito, muy fuerte y estigmatizante, que se hacía claro y más terrible a la hora de dar ejemplos señalando a personas de la comunidad. Ser como un varón, ¿querés ser eso? yo no quiero que seas eso! De tanto escucharlo y sin perder la alegría, me hice una niña como debe ser.

Cuando ya estaba en séptimo, varios años después, con otras niñas del grado teníamos un grupo de baile y en los recreos ensayábamos coreografías imitando a "Las Primas" mientras cantábamos "... los nenes con los nenes, las nenas con las nenas, los nenes con los nenes, las nenas con las nenas...". Eso nunca generó preocupación en la

señorita Morra ni reuniones con nuestras madres. Ahora me hace gracia esa letra, pareciera una premonición ya que me hice una lesbiana que, en este tiempo, juega con algunas reglas propias y otras compartidas una chonguez que me gusta mucho.

Biografía

mónica palacio, una santiagueña de 39 años que adoptó córdoba como su casa. lesbiana, feminista, artesana, activista de la libertad, amante de las perras, las aves y las flores, familiar y amiga. en este tiempo se la puede encontrar los fines de semana resistiendo junto a sus compas en la feria "artesanxs de la cañada", córdoba, argentina.

Al calor de la escena in/de/fin/ida

Ileana Dell'Unti



Cuando pienso en los inicios de mi relación con el espacio público retorna como un bumerang siempre el mismo recuerdo, o mejor dicho siempre retorna la misma secuencia de hechos teñidos de una textura onírica, como a película vieja desteñida por el paso del tiempo y sobre impresa por las imágenes que se disputan espacio en el agua hirviendo de mi memoria. Debo ser bastante chica, unos 7 años, lo deduzco por la altura de la gente que veo y por la distancia a la que estoy de mi casa –siempre tuve libertad de andar sola por la calle pero mi perímetro en la infancia terminaba en los confines del barrio Fontana-. Es una calle de mi barrio pero camino al centro, camino en sentido opuesto a casa –no me acuerdo a donde voy-. Frente a mí, un cúmulo de gente me obstruye el paso - lo que comúnmente se describe como un grupo familiar amplio-. Están tomando tereré y escuchando la radio a todo volumen en la puerta de su casa –una escena muy típica en las tardes de calor del noreste argentino-, ocupan la vereda con silleas de plástico de colores y se divierten hablando mal de la gente que pasa. Un señor de ellos me detiene para hacerme una pregunta. En el plano siguiente estoy inmóvil, angustiada y confundida, las personas que recuerdo muy voluptuosas se ríen y repiten ¿qué sos vos nene o nena? No puedo responder porque no entiendo la pregunta. El plano final soy yo en mi cama llorando y mi mamá sentada a mi lado, con la misma cara de incertidumbre frente al relato y la duda que acaban de imprimir en mi cuerpo a fuerza de humillación. Jamás pude erradicar esa duda mientras viví en Formosa y mi mamá tampoco, pero nuestra duda era sobre el por qué de la duda que continuamente me acechaba en el espacio exterior a mi casa ¿qué sos vos nena o nene? Todavía no

lo sabía pero acababa de encontrar una poderosa arma para luchar contra el heteropatriarcado.

Puedo decir felizmente que en mi casa la autonomía era un bien preciado y a nadie le preocupaba mucho qué elegía o no vestir o cómo quisiera llevar el pelo, salvo que la población de piojos obligara a tomar cartas en el asunto a mi papá, algo terrible porque significaba soluciones drásticas que a menudo implicaban remedios caseros que ponían en riesgo mi integridad física, problema que fue resuelto cuando la madre de mi mejor amiga entendió que para erradicar la plaga de su hija debía despiojarnos a las dos juntas y lo hacíamos a la siesta en secreto, porque mi mamá no me dejaba y decía que los químicos anti piojos se filtraban por el cuero cabelludo al cerebro.

Para explicarlo siempre me aferré al relato que mi mamá daba ante la insistente pregunta sobre mi falta de aritos: “es que la vi tan bebé, tan chiquita y débil que no pude hacerle eso –hablaba de los agujeros en las orejas que hubieran posibilitado un par aritos que habrían impreso con dolor mi feminidad hacia el mundo- creímos que en todo caso, debía decidirlo ella cuando sea grande”. Siempre lo agradecí porque no me gustaban los aritos y hubiera detestado usarlos, aunque pensaba que si los tuviera hubiera sido una chica que parecía un varón, en vez de un bicho raro, y quizás entonces la gente dejaría de preguntarme semanalmente en la calle, en el kiosko, en la escuela, en la reunión de trabajo de mi papá, en un recital, en cualquier parte, si era nene o nena. Ilusa, esa teoría se desvaneció una mañana en que una compañera de escuela me gritó desde el vértice opuesto del patio delante de un chico que me gustaba, que me siente como una chica. Ser una chica era mi deber y comenzaba a entender que yo era

esa duda para esa gente, esa posibilidad inquietante que debe resolverse, lo extraño no era su duda sino mi falta de preocupación, haberme criado sin la obligación de cumplir esos esquemas corporales. La guerra fue declarada en esas tardes de intenso calor en las que caminaba por Formosa, mi rechazo hacia todo lo que fuera femenino era mi batalla por la libertad. Combate que no fue un problema en mi casa durante mi niñez, hasta que las personas de la calle comenzaron a hacer preguntas y la pubertad no me encontró bien predispuesta para los hombres.

Ahora, en mi barrio yo era Ile la piojosa, era amiga de Cecilia la gorda y Laura la malcriada, hacíamos obras de teatro y el pasillo nos pertenecía, la violencia era moneda corriente pero no nos preocupaba. El verdadero peligro estaba en el pasillo de al lado, o cuando venía alguien del exterior -por ejemplo mi abuela-, o peor aún, en las efemérides familiares donde las personas mayores que nunca tuvieron ningún conocimiento sobre tu vida cotidiana y tu deseo, se sentían con el pleno derecho o mejor dicho con la obligación de opinar sobre el buen o no, desarrollo de tu persona. Mi casa y mi barrio, esas fueron las trincheras de mi deseo en la infancia, la adolescencia es otro cantar...

Biografía

Ileana Dell'Unti: lesbiana feminista disidente –de la sociedad heteropatriarcal y del heterofeminismo- cineasta -a veces videasta-. Activista en la colectiva Lésbico-feminista Malas como las Arañas en la ciudad de La Plata, donde también estudió cine y actualmente participa de la construcción de la cooperativa de trabajo audiovisual Sin Postre. Nació y se crió en Formosa, al norte de Argentina. Del año `86, leonina de signo y espiritual de pensamiento, activista del placer y la construcción colectiva. Buscadora empecinada de la horizontalidad. Chonga vainilla que sueña con amores no románticos pero sí placenteros, acogedora de las contradicciones, estudiante del interior, un poco paraguaya por adopción, intelectual por extensión familiar, investigadora del pensamiento colectivo, enamorada de los relatos, testaruda en permanente cambio.

Una versión audiovisual de mi retrato basado en este relato puede verse en: <https://vimeo.com/50309503>

Los juegos que yo quiera

Carolina Reynoso



Para mi mamá, María Carolina Funes.

Venía desde Punta Alta tratando de imaginar ese mundo mágico que me habían prometido por meses. Un viaje de 10 horas en un ómnibus de larga distancia hasta Berasategui y un par de horas arriba de un colectivo destartalado que me acercó hasta la puerta de ese lugar tantas veces imaginado. Finalmente, allí estaba, el Italtank, con sus luces y lentejuelas brillando para mí. Un lugar donde cada cosa estaba pensada para divertirse, para ser feliz sin restricciones... o casi ninguna restricción. Entramos al vientre de la ballena y maravillada quise participar de ese juego que apareció apenas dimos unos pasitos dentro del lugar. Mi madre me llevó y mis piecitos encharolados con zapatitos elegidos para la ocasión volaron sobre el piso de tierra apisonada. Pero la ilusión de mis ojos amarronados se topó con una frase del encargado del juego que fue demoledora: “No, este juego no es para nenas...es para varoncitos...”. Por lo visto, algo conmovió al hombre que rompió la ilusión, porque prosiguió: “¡Pero el parque es grande, vas a encontrar un montón de juegos para nenas!”. Recuerdo haber experimentado algo que no supe explicarme a mí misma, algo que hoy puedo nombrar con la palabra angustia.

Mi madre y yo salimos al encuentro del resto del parque, en silencio. Volamos por los aires, nos abrazamos en los juegos de miedo, compramos nubes de colores que se deshacían en nuestras bocas, chocamos algunos autitos y dimos la vuelta al mundo en una de esas hamacas colgantes que giran.

Felices y cansadas, decidimos emprender el regreso. Ya nos íbamos, pero con un tirón de polleras y una mirada

cómplice, tomamos la decisión, y juntas y de la mano caminamos hacia el juego prohibido para mujeres. Entramos y antes de que el encargado diga algo, mi madre dijo: “Mi hija quiere jugar en este juego”. Sin espacio para contestar, el hombre trajo muchas pelotas y yo comencé a patear con fuerza para derribar esos muñecos con pinta de machos. Mi madre me pidió una pelota y pateó con fuerza, derribando un muñeco... y muchas cosas más.

La foto que envió no está relacionada con el Itaipark, pero sí con uno de los tantos momentos en que yo elegía vestirme de otra manera, jugar otros juegos o hacer otras cosas que “no eran de nena”. Como por ejemplo, subirme a una moto enorme y hermosa como la de la foto. La mayoría de las veces mi mamá estaba (y aún está) ahí para apoyarme, sin juzgarme. Ella siempre me dice que si hubiera podido, hubiese sido pilota de avión, pero que no tuvo posibilidad de hacerlo porque se casó a los 15 años. También me contó que aunque estaba casada, era una niña con hijxs que salía a jugar a las bolitas con lxs chicxs del barrio. Fue muchas veces juzgada, y, aunque no es una feminista orgánica, fue la que me enseñó y transmitió mediante sus historias y su apoyo que yo podía ser y hacer en la vida lo que yo quisiera. Que podía jugar al juego que yo quisiera jugar.

Biografía

Carolina Reynoso nació en Punta Alta en 1977 y en 1996, luego de terminar el secundario, se mudó a la ciudad de Buenos Aires, donde reside actualmente.

Egresó de la carrera “Dirección de Cine y Video” en el CIEVYC en 2008. A su vez, se encuentra finalizando la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación Social con orientación en Comunicación Comunitaria en la UBA.

Durante fines de 2008 y principios de 2009 fue Productora Ejecutiva y Asistente de montaje de Sebastián Martínez para el film “Centro”. También realizó la Dirección de Producción de “TV Utopía” de Sebastián Deus.

A su vez, realizó tareas de Coordinación de Producción para la productora 996 films S.R.L. organizando y asesorando numerosos proyectos avalados por el INCAA. En el mismo período, se desempeñó como Coordinadora Académica de la Escuela de Cine Documental “Observatorio de Cine”, sede Buenos Aires.

En 2012, realizó el diseño de producción de “El limonero real”, cuyo guión y dirección es de Gustavo Fontán. En el mismo año, se desempeñó como Asistente de Dirección del unitario documental ¡Al Trote! de Gabriel Dodero.

En 2010, su proyecto documental como guionista y directora, “Yo aborto, tu abortas, todxs callamos” ganó el subsidio para Desarrollo de guión del Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales. En 2011 aplicó y ganó el premio de la misma institución a la producción de proyectos documentales con registro en soporte digital. Actualmente se encuentra en etapa de posproducción de ese proyecto y escribiendo el guión de su próximo film, ligado a la temática trans.

Contacto: carolinareynoso77@gmail.com

Ser chong@ y no morir en el intento

Natalia “taty” Lavia



De pequeña, lo masculino o femenino, hombre o mujer, macho o hembra, eran conceptos dicotómicos externos a mí, eran palabras inventadas por una sociedad que necesitaba clasificar, o eras una cosa o eras la otra, no podés estar afuera de esa clasificación, no podés ser otra cosa que aún no fue inventada. Cómo sentirse qué o quién en un mundo de hombres y de mujeres? Cómo sentirse “otro”...”otro” qué, “otro” quién? Por qué digo “otro”, porque me refiero al “ser”, y el “ser” es masculino en nuestro idioma. Por qué las palabras son masculinas o femeninas? Por qué declaro que en mi niñez mi expresión de género, gran parte del tiempo fue masculina? Porque los demás, ellos, todos... y todas, la sociedad, clasifica sólo en dos. Y eso que yo manifestaba, en formas de vestir, en deseos, en juegos, en expresiones corporales, para ellos y ellas era una expresión de género masculina.

Yo no pensaba en lo femenino o masculino, lo pensaban los demás respecto a mí, y entonces juzgaban, “esa niña es masculina, es una machona, es un marimacho”. Al mismo tiempo de ser juzgada por los demás, me halagaban por lo bien que jugaba al fútbol. De más grande, ya no tan niña, quizás más “chica” o preadolescente, dejé de ser machona/marimacho para ser un chico, un pibe, o mejor aún una torta, o tortillera para los más agresivos... Será que somos lo que la sociedad nos dice que somos?

Me vestí de granadero, creo que en 4to grado, cuando en la escuela primaria me dieron a elegir, en el acto de una fiesta patria, entre vestirme de granadero o de dama antigua. No me gustaban los vestidos ni los peinetones, ni deseaba que me peinaran el pelo tirante como las bailarinas de ballet clásico, con rodete. Sin embargo, sí tuve que ponerme vestido y zapatitos cuando tomé la

comuni3n cat3lica, porque ah3 creo que no me dieron a elegir, las nenas ten3an que tener vestido, sobre todo yo, que me lo hab3a encargado hacer a medida mi t3a madrina. C3mo no ponerme “su” vestido, que con tanto amor mand3 a confeccionarme. Lo que quisiera yo, creo que no les importaba.

En el pre escolar, una vez volv3 del patio llorando, ingres3 a una sala donde estaban la maestra y las ni3as. Las ni3as jugaban en la “casa de mu3ecas”, yo volv3 llorando del patio donde estaba el “arenero” donde jugaban los ni3os. Lloraba porque los ni3os me hab3an echado del arenero. Los ni3os? Los ni3os tan peque3os echan a las ni3as? S3, los ni3os tan peque3os dec3an cosas como “marimacho, ac3 jugamos los varones”. Ac3 jugamos o ac3 “juz-gamos”? La maestra dijo algo que luego repiti3 mi mam3 cuando llegu3 a casa y en llanto le cont3 lo ocurrido, “mi peque3a taty, el arenero es para todos los ni3os y todas las ni3as, puede jugar en 3l quien quiera y tenga ganas de jugar en 3l, mientras no moleste a otros, ni les haga mal. Y vos, jugando en 3l, no le hac3s mal a nadie”. La maestra ret3 a los ni3os por el acto que hoy, concepto de moda, podr3amos denominar “discriminatorio”.

M3s tarde, jugaba al f3tbol porque me gustaba, y los varones no me dejaban jugar con ellos, no s3 si porque era mujer, o porque jugaba mejor que ellos y los dejaba en evidencia, tal vez pon3a en duda su masculinidad. Aprend3 a manejar un auto desde muy peque3a, 8 a3os, tambi3n con ello aprend3 a limpiar las buj3as, a identificar un carburador dentro del conjunto del motor, o cambiar una cubierta si pinchaba, a medir el agua y el aceite de un motor. Nunca sent3 que eso fuera masculino, sent3 que eso deb3a saberlo si me gustaban los autos, si quer3a conducir

el auto de papá, si él me lo prestaba para ir a bailar con mis amigas, o para ir a la escuela ya de más grande.

Ser chong@ y no morir en el intento es ser lo que quiero ser, es un deseo de ser persona, de ser mente y espíritu, sin importar los penes y las vaginas, sino las sensaciones, las emociones, los sentimientos, los deseos, los intereses para un bienestar no sólo mío sino de todos y de todas.

Biografía

Vivo en Puerto Madryn, Chubut, lugar donde nací hace 32 años. Practicante de disciplinas milenarias, taoístas, chinas e hindúes, en la búsqueda constante del equilibrio espiritual. Trabajo en la Delegación provincial de Inadi, pero milito las 24 hs del día por una sociedad más equitativa, justa e igualitaria. “Predico y practico”, en la medida de lo posible. Co-fundadora de la Agrupación Chubut-Diversx. Miembro de Enlace Chubut CLADEM.

Mail: sybilnew@yahoo.es

De ayer a hoy... de peque a adulta mujer

Natalia Quintana



Hoy guardaparques. Realizo tareas de prevención, de mantenimiento (electricidad, pintura, carpintería, plomería, etc.), relevamiento de cartelera, de huemul y sendas, recorridas, plantación de especies nativas. Amo lo que hago, pongo el corazón y el alma, soy una apasionada de la vida y mi trabajo es la forma de vida que elijo.

Creí siendo la hermana menor de tres hombres lindos de corazón, los melli y Gusti. Tengo una vieja increíble, chaqueña de pura cepa de quebracho y amigos maravillosos que dispersos por varias provincias son mi apoyo incondicional. Mi viejo falleció, fue un hombre bueno que nos dejó un claro ejemplo a seguir, el altruismo. Desde hace un tiempo que no comparto la vida con una pareja; por suerte o causalmente, como dice Richard Bach, *Nada es azar*.

Desde peque supe que el amor es uno, el ejemplo de la vieja siempre fue ese.

Chonguita, uhm? NO. A mí siempre me dijeron machona y dependiendo quién lo dijera y cómo a veces me incomodaba y otras me gustaba.

Ayer, las tardes de pelota con mis hermanos y sus amigos en las que indefectiblemente el puesto de arquero estaba siempre vacante. La hermanita de los mellizos, o sea yo, era la que tenía que atajar los pelotazos entre buzo y buzo. Jugaba con toda la garra porque sino ligaba retos y enojos, siempre me exigían a dar más y más. Yo quería ser buena por mí y por todas las nenas que querían jugar y no las dejaban y por mis hermanos que confiaban en mí para que no entre ninguna pelota. Era buena, Guille me enseñó: *vos mirá la pelota, no al jugador; ¡tiráte, saltá! ¡Vos podés!*

Fue así que algunas veces algún chico enojado, como insulto me gritó "machona", sólo porque le atajé un penal. Era común. Ciertamente su pobre insulto no me

molestaba, pero a mis hermanos no les gustaba que nadie me maltratara, como siempre ellos se encargaban.

Cuando el tiempo pasó esa actividad “machona” o poco femenina, me sirvió para otro deporte que descubrí a los diez años, el handball. Me tocó el arco, fui la capitana en el equipo que representaba a la escuela en los colegiales y, otra vez, volvieron a decirme machona. Esta vez fue la profe de la otra escuela. *¿Y qué?* Pensé. Nunca se lo dije. Jugamos varios partidos, me hicieron pocos goles, quizá fue casual que la que los hizo fue la rubiecita del Nuevo Burzaco.

El amor es uno, pero hasta ahora siempre me gustaron las nenas.

Los fines de semana íbamos a “la casita” en Longchamps, (allí Carola Lorenzini realizó sus primeros vuelos) visitábamos a nuestros primos y tío David, hermano menor de mamá. En Longchamps éramos libres, la vieja nos dejaba hacer de todo, andábamos a caballo, corríamos ovejas, siempre teníamos aventuras para vivir. Nos gustaba mucho ir a pescar. Un día decidimos hacer arcos y flechas para salir a cazar liebres. Yo tendría unos cuatro años y sí ¡Ya era machona! Hicimos una fogata, danzamos alrededor y después salimos a cazar, me perdí en el pastizal, el pasto era alto o yo muy bajita. Hasta lloré, en mi mente parecieron horas, habrán sido treinta minutos. Salieron todos a buscarme, me acuerdo que recién había aprendido a silbar, mi tía me trató de “marimacho” y quiso convencerme que las niñas no silban, por suerte no lo logró, mi silbido atrajo a mi primo Martín, es el día de hoy que el negro se acuerda de mi cara de susto y mi piquito silbando y se ríe mucho.

A los 7 años empezamos a viajar con el tío Shony. Íbamos a Misiones a visitar a la familia por parte de papá. En esa época conocí el Parque Nacional El Palmar, de pasada...en noche de luna llena vi cómo sobresalían de un paisaje

bastante chato ellas... las palmas yatay, divinas, parecían puestas ahí adrede.

Los viajes siempre fueron asombrosos, los puentes, los bañados, los animales, cocinar en el camión, era como estar de campamento móvil, dormíamos en cuchetas. Era lindo, aprendí mucho... el tío nos enseñó que, en la ruta, como en la vida, hay que ser solidario, que si hay alguien con baliza al costado de la ruta hay que parar y preguntar si está todo bien, aunque no nos hagan señas... ya que cuando uno está solo y tiene algún problema es difícil pedir ayuda cuando estás tirado arreglando algo. En algún viaje de los tantos que hice con el tío, le dije que cuando fuese grande me gustaría ser camionera como él y viajar por América Latina llevando y trayendo cosas, conociendo y aprendiendo sobre otros lugares...el tío Shony dijo: *Sos machona, pero no hay mujeres camioneras*. Más de 20 años después existen y dicen que son muy seguras y puntuales.

Misiones, mi tierra colorada....se te sube por los pies al corazón y como a las zapatillas te deja manchadito de colorado para siempre... El tío Fico vivía en la chacra en Fachinal, era un capo... me enseñó mucho, él fue un gran tipo, un ejemplo. Él me soñaba guardaparque en sus tierras. Fico colaboró para que se forme un área protegida de 51 hectáreas, cerca de su chacra, él quería que fuese de 300, pero asuntos agrarios en esa época creía más importante entregar las tierras a los colonos, y así fue que se creó el Parque Provincial Fachinal con 51 hectáreas de superficie, aún no está implementado.

En la chacra no hay machonas, eso es en la ciudad ó en el pueblo donde las mujeres usan vestido y no se embarran los pies. En la chacra hay mujeres trabajadoras, aguerridas, "guapas" como les decía mi tío, están las gauchitas y las que no se aguantan mucho tiempo. Las finas no son de chacra, no son para cosechar tabaco o plantar mandioca, porque el campo exige, no hay novelas,

ni vidrieras, ni shopping. Hay amaneceres, trabajo, atardeceres, cocinar a los chanchos, barro, animales, sacrificio diario y la vida se juega en niveles más básicos, donde la comida depende de la cosecha y ésta depende del clima, de las heladas, de las pestes. Es otra vida, donde el huevo se espera de la gallina y no se compra en el almacén; donde los espacios bien cerrados no son por ladrones humanos, sino por el zorro y donde cada tanto viene la marabunta y se lleva todo. ¡Se vive la vida cada momento! En el campo no hay tiempo para discriminar por la imagen, en el campo los valores son del corazón. A la gente se la mide con la vara de la honestidad, del trabajo, de la voluntad. ¡El que brilla BRILLA y el que no, NO!

Los años de marimacho, machona, trola, ó como pudieron llamarme me hicieron ver que hay gente con criterios muy pequeños tanto como su corazón, y gente muy valiosa que hace la diferencia en este mundo, con un gran corazón que dan sin pensar en lo que puedan recibir, que brindan amor quizá sin darse cuenta. Y yo, quiero ser parte de este último grupo, quiero dar, quiero amar, quiero ayudar, quiero colaborar, deseo que en este mundo la reciprocidad y el amor no sean unas palabras raras, sino una acción común a tod@s.

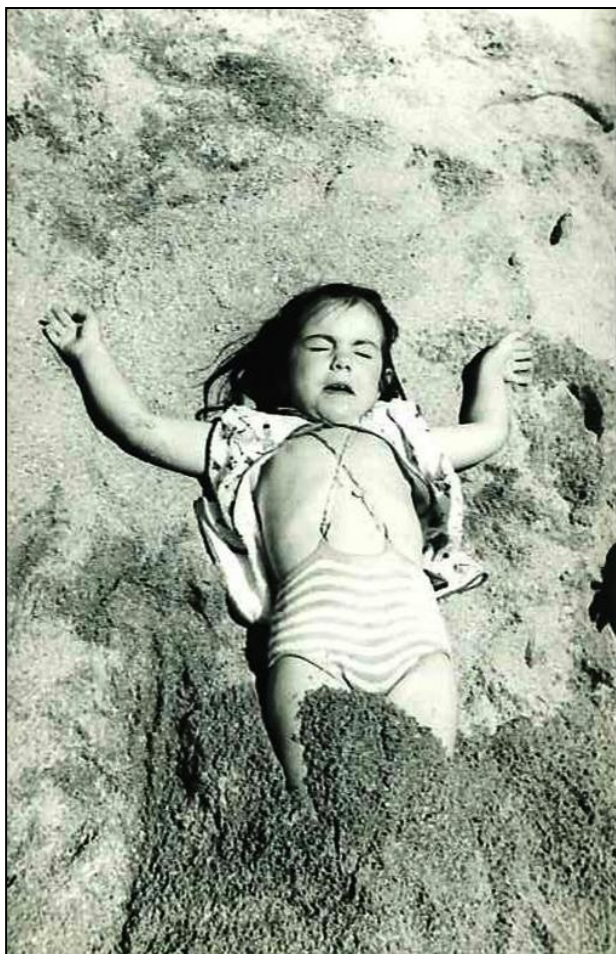
A valeria flores, la escritora, con cariño incondicional

Biografía

Guardaparques. Trabaja como contratada de Nación para la Administración de Parques Nacionales, en la seccional Punta Matos en el Parque Nacional Los Alerces (Chubut).

La denuncia de mi teta izquierda

Cecilia Ré



Chonguitas... palabra rara, novedosa en mi vocabulario. El proyecto, llego a mí en un momento muy particular de mi vida y lo abrazo como esos desafíos liberadores que en el andar nos van convocando.

Acabo de cumplir 49, y sin miedos, ni presiones, diría que me he vivido y sentido siempre como una heterosexual. Hoy me atrevo a afirmar y confirmar que una heterosexual no ortodoxa-no hegemónica (ojala!!).

Las tetas, los pechos, las mamas, las gomas, las tutis, etc, etc., nutricias, dadoras, ocultas, ocultadas, insinuadas, protegidas, objetos de deseos masculinos, objetos de intervenciones estéticas, fuentes de traumas (por grandes, por chicas, por paradas, por caídas, por..., por..., según las épocas). Las tetas, pocas veces disfrutadas por nosotras mismas, como nuestros cuerpos señalados en función de otros y otras.

Quiero hablar de mi teta izquierda.

Mi teta izquierda, esa que a los 12 años fue atravesada por una rama del árbol del fondo de mi casa materna-paterna, cuando seguramente trepaba sin permiso. La casa de una buena familia de clase media cristiana de la iglesia del tercer mundo, papá profesional, mamá docente retirada para cuidar/criar a sus 4 criaturas (dos nenas, dos varones). La rama del árbol del fondo de la casa. El árbol del fondo, donde bajo su sombra hacíamos las pistas para jugar con los autitos con masilla y en sus ramas y copa tratábamos de armar la casita del árbol.

No hacía mucho que había comenzado a menstruar, situación que me habían explicado con detalles, pero que no recuerdo esperar con ansiedad ni temor... y qué? No

era correcto que una niña trepara a un árbol, menos aún cuando ya se es “señorita”. Y la rama atravesó la teta en señal de castigo, de marca, de huella, de señal, de “no lo olvides”.

Muchos años, todos, conviví con la cicatriz de esa herida, que venía a “denunciar” que no había hecho lo que debían hacer las niñas de mi edad.

Siempre me gustó trepar a los árboles, jugar al fútbol, tirar piedras, pelearme con los varones, ensuciarme... nunca me vestí prolijamente, aunque mi madre hizo muchos esfuerzos, debo reconocerlo. No sabía combinar colores, estilos, era un “mamarracho”. Siempre tuve fuerza física y se la hice sentir a mi prolijo hermano varón mayor, que parecía no poder correrse del lugar asignado al “progenitor”.

Muchas veces estuve enojada, muchas fotos de infancia dan cuenta de ello. Cuál era mi enojo? Soy la segunda de la familia, no era buena alumna, aunque sí inteligente. Mis cuadernos estaban borroneados, sucios, desordenados, al igual que mis tareas manuales y mi habitación. Junto a mi hermana que me sigue, nos enseñaron a coser, tejer, bordar, tocar flauta, recitar, pintar y todo lo que estaba al alcance de mis padres para qué fuéramos no sólo “mujeres de bien”, sino también “creativas y cultas”. Creo que, en nada de eso pude destacarme, apenas sí sobrevivir a los intentos.

Nadie se privó en mi entorno de hacerme saber y sentir lo lejos que estaba de ser “una señorita”. Recuerdo me gustaban las clases de Karate que daban en la escuela pública, por el año `74 en el marco de los “Campeonatos

Evita". También me sancionaron por eso, por jugar con los varones de igual a igual.

No era fácil que los chicos se enamoran de mi... era demasiado peleadora y torpe. Pero a mí me gustaban y mucho, así que no dudé en intentarlo con el primer profesor de guitarra que apareció en casa. Mi hermana, un año menor que yo, a quien amo profundamente, le tocó cumplir con todos los mandatos femeninos, ella debía responder a todo lo esperable, prolija, aplicada, dulce y dócil, miedosa y frágil. Se destacada por sus habilidades manuales, por su prolijidad y capacidad en la escuela y por su buen gusto para vestir. De ella, por supuesto los chicos sí se enamoraban.

Mis recuerdos de infancia, tienen sabor a soledad e incomprensión, a dificultad y dolor, aunque no faltaron las alegrías, las aventuras y diversiones, las rivalidades y camaraderías con mis hermanos, parecía que nunca podría cumplir con lo que se esperaba de mí.

"No seas machona!" Debe ser de las cosas que más escuché.

Pegarle a los varones, carreritas de obstáculos, andar en bici "sin manos" y no caerse, guerritas de sapos en las orillas del río en Cuesta Blanca, son recuerdos hermosos que atesoro... tampoco demasiado bien visto. Como aquella vez que tuvieron que cortarme el pelo (hasta ese entonces, largo y brillante que tenía) por no haberme peinado en 15 días de campamento.

Muchas cosas puedo darme cuenta hoy, en el andar enredada entre mujeres pensándonos y el feminismo, que me permitieron comprender esos procesos, objetivar el

patriarcado en mi piel, distanciarme, aliviar dolores... comprenderme desde otros sitios.

Me gusta saberme disfrutando de actividades que históricamente han estado asociadas a los varones... hacer asado y manejar, son fuente de muchísimo placer y libertad que necesito para vivir. Haberme podido permitir sentir y gozar de ellas ha sido producto del bellissimo proceso que vengo recorriendo junto a muchxs otrxs.

Hoy transito por el tratamiento de un cáncer de mama... si, de mi teta izquierda, esa teta atrevida e irreverente, esa teta desobediente. En ella están quizá las marcas de mi rebeldía y también de mi valor, seguro, para que haya menos soledades e incomprensiones.

Biografía

Soy Cecilia Ré, 49 años, cordobesa, feminista, integrante de la Biblioteca feminista Juana Manuela Gorriti, estudié trabajo social, madre de Manuel y Paula, me dedico a la docencia, al trabajo en y con las escuelas y docentes. Tengo una casa con un hermoso patio con asador que convoca a mis seres queridXs. Amo intensamente viajar tanto en extensión como en profundidad, ir descubriendo el mundo y sus alrededores, sus vidas y sus historias, como los mejores interiores hacia poder saber un poco más de quién soy.

Diario

Laura Fernández Cordero

1-11-86 12,43 de la mañana.

En la escuela estos últimos días la pasé muy mal porque Barrios y CIA me molestaron. Ellos molestan a las chicas y yo les pego o los corro. Llegaron al colmo entonces le dije a la maestra y hablé con la asistente social. Ellos dijeron que me iban a pegar yo me veía ya tirada en un callejón muerta y violada este pensamiento me hacía estremecer hasta la médula.

27-11-86 jueves 7:53 nublado (mañana) y sol (tarde) 18º

Hoy mamá tuvo reunión en la escuela y la maestra le dijo que yo era muy buena alumna pero que era muy movediza y hablaba mucho y que tenía fea letra pero yo no la puedo cambiar.

2-12-86 martes 14,40 hs. Tormentoso insoportable nublado.

Tengo una rabia con la maestra dice que al acto tenemos que ir con el pelo atado y “un moño blanco” 2º con pollera y medias tres cuartos y 3º es una idiota.

21-1-87 21,04 hs. Día ventoso. Miércoles.

Fui a un cumpleaños de una amiga de Carla y jugaban a juegos estúpidos y yo aburrída. Y después jugamos al poliladron y ahí sí me gustó el juego pero yo soy bruta y

los chicos me decían “yegua”, sentí vergüenza me propuse pasar desapercibida en todos lados, también en la escuela.

2-5-87 sábado 13,20 hs. Horrible.

Estoy cambiando en la escuela me dijeron que era buena alumna pero mandona que nadie me podía seguir el ritmo lloré mucho pero no entiendo me dicen que haga una cosa y me contradicen ya no sé ni quién soy.

Jueves 5 de mayo de 1988. Día lindo nublado.

TA, TA TA TAN! Hoy estoy contenta, lo que pasa es que en Atletismo me va re bien tuve que correr 1500 m en 7 minutos y lo hice en 6,55, después 6 fuerzas de brazos e hice 14, correr 3000 m y llegué! Casi 20 minutos corriendo. En salto en alto no tiro mucho el caño aun que hoy era la única chica que saltaba eran todos varones yo me pregunto ¿Por qué soy distinta? ¡No! Estoy segurísima de que soy mujer y no me tiro para el otro lado. Lo que pasa es que a veces me gustaría hacer las cosas que hacen los hombres. Ser camionera, policía, etc. No quiero ser una ama de casa, lavando, planchando, cocinando. Todos dicen que son cosas de chicos, si es así no quiero ser una persona grande nunca. ¡Son tan estúpidos!

**Miércoles 31 de agosto de 1988, 19 horas 41 minutos.
Día lindo más o menos.**

¿Viste? Me hice señorita no me gusta para nada. Es lo único de mí misma que me da asco. Me gustaría volver a ser chica inocente. Me siento re mal. (...) No son pavadas! No me entienden! Quiero ser aventurera pero todo para los grandes es peligro. Yo digo: quiero ser camionera. La persona grande: Estás loca. Vos SOS MUJER pensá en los peligros. Yo: ¿y los camioneros? Persona: ah! Pero son

HOMBRES. Y ahí yo me quedo re encasillada en MUJER.
¡Qué bronca!

Biografía

No tengo fotos de mis momentos chongos. Me quedó un diario de sarakei escrito por una chica de doce en las muy afueras de Mar del Plata. El proyecto me hizo volver a abrirlo para encontrar algunas instantáneas que son huellas de una tímida chonguez perdida.

Feminista, investigadora, docente.

Rara

valeria flores



Querer un arco y flecha. Disparar pistolas de cebitas.
¿armarse una infancia a la medida de un cuerpo? ¿armarse un
Pintarme bigotes. Anudar la corbata. Comprar autitos de
cuerpo a la medida de una infancia? ¿cuerpo masculino de niña?
colección. Pelear con los puños. Guardar anzuelos, boyitas
¿niña masculina de cuerpo? ¿qué niñez se socava entre el género?
y cañas de pescar. Venerar héroes y heroínas de tv: El
¿qué género socava la niñez? ¿es mi cuerpo terreno confiscado de
hombre nuclear, La mujer biónica, La mujer maravilla,
la norma? ¿es la norma el terreno confiscado en mi cuerpo? ¿es el
Flash Gordon, He-Man y Teela. Soñar con un traje de
género la violencia en el cuerpo? ¿es la violencia en el cuerpo del
neoprene. Simpatizar en exceso con policías y cowboys.
género? ¿masculina es nombre de niña? ¿niña masculina es mi
Jugar al fútbol de calle y de potrero. Escalar el paredón y
nombre? ¿hay otros nombres? ¿inventarse otros nombres? ¿des-
saltar. Entrar furtiva al galpón de la petrolera y brincar
nombrar ese nombre? ¿no te nombres? ¿masculina es quererlo
entre las pilas de bolsas de arena. Reptar en el camarote
todo? ¿quererlo todo en masculino? ¿qué prebendas me antojé

del tren. Trepar la higuera. Practicar tenis. Entrenar,
usar? ¿qué usos me fueron denegados? ¿la masculinidad se hace
competir y viajar sola. Lanzar la jabalina. Atender a
(en) verbo? ¿la infancia se ejercita por el propio cuerpo? ¿el
militares genocidas en blanco y negro. Sentir la
cuerpo de la infancia es mi cuerpo propio? ¿qué ojos me miraban
ambigüedad emotiva del uniforme y el éxtasis del poder.
masculina? ¿qué ojos se volvían mis ojos? ¿qué ojos sentenciaban
Explorar la fosa engrasada en la estación de servicio.
masculina con desprecio? ¿qué ojos extasiaban en mi yo
Odiar pelota al cesto. Entrenar el rabillo del ojo hacia el
masculino? ¿el género se hace, se deshace, se rehace, cuando “niña
patio externo de la escuela y su pelota repleta de pies de
masculina” es pasadizo o hábito o trabajo o rutina o técnica?
niños. Tener un novio a los 5 y permutar unos besos en la
¿cómo ser dos en una? ¿cómo ser una en dos? ¿por qué ser sólo
boca por sus playmobil. Ensayar en miniatura un mundo
dos? ¿estallar el Uno? ¿pasión por los bordes del cuerpo, del cuerpo
fantástico. Hojear las revistas Nippur, El Tony y
de los bordes? ¿orillas salvajes de niña? ¿margen masculino de una

D'Artagnan, con alguna porno de papá secreteada entre el vida?*¿hay lugar fuera del cuerpo? ¿todo es cuerpo? ¿el adentro es amontonamiento. Dominar el espacio. Aborrecer vestidos, pliegue de una exterioridad? ¿no hay adentro sin afuera? ¿el polleras y cancanes. Usar las pocas muñecas sólo para cuerpo es un efecto? ¿un efecto especial de la ficción del género? adiestrar a la estilista de tijera alunada. Ligar por azar 3 ¿una masculinidad diminuta, desertora de la ley civilizatoria? primos y 3 hermanos. Disfrutar de escasas nenas para la ¿una masculinidad apóstata? ¿masculinidad como lapsus del guión diversión. Amar el aire libre, la fuerza, el sudor. Educar la hetero? ¿omisión que construye la lengua recta del género? ¿un tolerancia al dolor. Vivir con viento y tierra. Disponer de decir que extermina y crea al mismo tiempo? ¿es rústica y un dinero mínimo. Acumular raspones y cicatrices. Entrar cimarrona la niña masculina ante la refinada feminidad exigida? en riña con mi hermano mayor. Actuar como una guerrera ¿no es poesía la habilidad para habitar un cuerpo a la medida de espartana. Emplear un laconismo de “chica rara”. Yo, niña, un sueño?¿masculinidad de niña como un archivo orgánico de las*

aparente. Así destella, en jirones, retazos y fragmentos, mi
pequeñas memorias de la inservidumbre? ¿ cómo se tensa el
niñez chonguita, una memoria iluminada por la intensidad
género entre las líneas de una escritura que late desde la
y el deseo, astillada por las sombras de la extrañeza.
desmesura?

Biografía

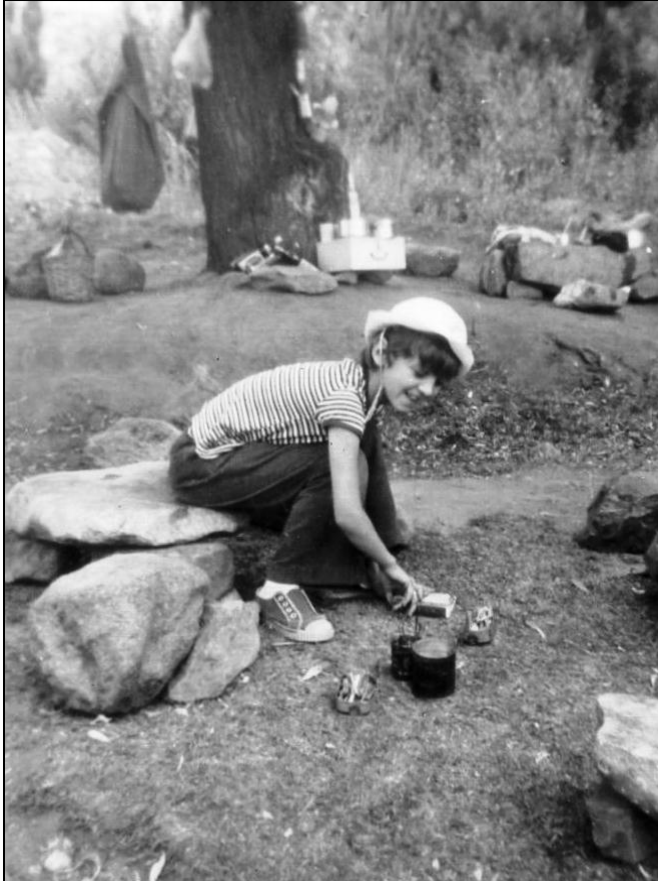
escritora maestra activista lesbiana feminista heterodoxa cuir masculina que vive en Neuquén. Autora de “Notas lesbianas. Reflexiones desde la disidencia sexual” (Hipólita, 2005), “Deslenguada. Desbordes de una proletaria del lenguaje” (Ají de Pollo, 2010), “Lenguaraz” junto a Macky Corbalán (La Mondonga Dark, 2012) y “Bruma coja” (La Mondonga Dark, 2012). Integrante de la editorial La Mondonga Dark. Escribe en:

<http://escritoshereticos.blogspot.com>

<http://elemento119poesia.blogspot.com>

Nena que pena

Gabriela Grenni



Mi nombre es Gabriela, pero me hacía llamar Gabriel. Más exactamente Gábríel, porque Gabriel sonaba como Gabrielle; y qué bueno cuando en la calle o en el tren me decían: Ey! Nene!...

Yo quería ser un lindo niño, que se convirtiera en un lindo muchacho de vaqueros y camisa desprendida sobre un pecho liso, pisando fuerte.

Eso, pisar fuerte.

Pisaban fuerte las zapatillas Flecha, los zapatos con cordones, los muchachos de mirada dura. Eso quería yo. No zapatos guillermina ni sandalitas ni zuequitos.

Cicatriz: Eso parecía mi vulva. Una cicatriz. Mis primas se rieron de ella porque los labios eran muy grandes y desaparejos, y los de ellas eran chiquitos, cerrados con una rayita dibujada. La mía no. Yo sospechaba que en realidad era un niño con un pito arruinado que se estropeó en un tiempo que no recordaba.

Infancia masculina no necesariamente lésbica: La mía era "necesariamente lésbica", porque para enamorar a Andrea del Boca, la chica de todos mis sueños, yo debía ser un niño, no una niña.

Biografía

Nací en la provincia de Bs. As. Pasé la infancia y la adolescencia en Campana. Soy artesana, activista lésbica independiente y tengo 3 hijos adolescentes.

La seriedad de los juegos

Graciela Soto



En esta foto siempre me veo re varoncito. Me encanta la camisa leñadora que tengo puesta.

Corrían los ochenta y escuchaba a mamá, que sin ningún tipo de pudores decía: *"siempre quise un hijo"*, no hablaba de hija, de hecho una amiga de ella, en tono jocosos me decía: *"vos ibas a ser mía, porque tu mamá, nena no quería, quería un varón"*... yo me reí, porque después mamá me abrazaba y me decía que a mí no me cambiaba ni loca, pero yo sé que es verdad, que mamá quería un VARÓN. No importa si esas palabras fueron en clave de chiste o no, lo cierto es que todavía cierta parte de la humanidad no sabe del peso de las palabras.

Mamá tuvo nena y por algún motivo siempre me cortaba el pelo, recién me lo fue dejando crecer por pedido (llantos) mío en segundo o tercer grado. En los lóbulos de las orejas tenía problema de alergia, así que no podía usar aritos. Pelo corto, sin arito, pantalones de gimnasia con mocasines (no guillerminas, ¡mocasines!), así iba yo vestida al jardín de infantes. Incluso hasta primer grado. Decí que tengo voz de pito, si no seguro que era recurrente que me confundan con un varón.

Cuando uno cursa la etapa preescolar, lo único que se hace en el aula es jugar, y tengo el recuerdo de tres tipos de juegos, la casita (hacer de mamá, papá, bebotes haciendo de hijos, cocinita incluida, etc.), los bloques, figuras de madera para armar (casas, torres, puentes) y por último el sector de lectura de los cuentos. Mi tránsito pasaba por estas dos áreas de juego. Me aburría jugar a la familia.

Hoy por hoy, me gustaría constituir una familia, pero la verdad es que sigo sin ver “*bebotes*” dentro de ella.

Biografía

Soy Graciela. Nací el 7 de julio de 1977 en la Ciudad de Buenos Aires. Periodista recibida en acto y Licenciada en Comunicación Audiovisual en potencia. No llego a ser cinéfila, pero me gano la vida difundiendo el cine nacional en cuanta columna radial me ofrecen.

Des-aprender a caminar

Wanda Rzoncinsky



Tengo 8 años y me gusta trepar a los árboles, andar en bicicleta, juntar barro para imitar nidos de horneros, leer. Alicia, la maestra, no sabe qué hacer conmigo; soy inteligente pero vaga y ¡tan desprolija! Ella intenta explicarme las ventajas de la femineidad, quiere que después de resolver los problemas matemáticos los ilustre a todo color. Considera que el dibujo debería entusiasmarme más que la matemática. Mi compañero de banco es Walter, el repetidor con problemas de conducta. Yo lo quiero y lo admiro y sé que de él no se espera lo mismo que de mí. Si yo preguntara por qué a él no lo retan por los dibujos desprolijos, me dirían «porque vos sos una nena». Alicia piensa que ese argumento es obvio, universal, irrefutable. Mi maestra es buena y nadie entiende por qué no me llevo bien con ella; le gustan los moños y los volados ¡y se entiende tan bien con todas las otras nenas!

Tengo 9 años y pasé a cuarto. Walter repitió otra vez, pero igual lo veo en el recreo. Juego con los nenes porque no me llevo bien con mis compañeras. No me salen esos juegos de manos con versitos que a ellas les gustan; en mi casa mi mamá me ayuda a practicar pero no me salen, no entiendo qué tienen de divertido. Por suerte los nenes no pueden jugar a la pelota en la escuela, eso tampoco me sale. Mi maestra es Susana. Tiene anemia crónica y es flaquísima y está demacrada. Usa el pelo muy corto y no se tiñe las canas. Su sentido del humor es ácido y fuera de clase hablamos de música. Es feminista y dice palabras como «mocos» y «bombacha» -palabras para las que las otras maestras usan eufemismos-. Susana me hace acordar a mi abuela, pero parece un poco un señor. Es mi maestra favorita.

Tengo 10 años y soy gordita. No soy la gorda del grado; Mónica es más gorda y no es tímida, es graciosa. Yo soy demasiado rara para ser personaje, pero no tan rara como Sergio, que es el raro del grado. No soy suficientemente coqueta para ser linda, soy demasiado cobarde o tímida para ser «machona» (a Estela ya le crecieron las tetas y cuando la molestan reparte trompadas), soy demasiado rebelde para ser la mejor alumna. Mi maestra es estúpida y mala, yo la corrijo y le discuto y ella me manda a la dirección bastante seguido. Hay una compañera nueva, Mercedes. Cuando llegó la miraron mal porque es «fea»: tiene bigotes. Es mi mejor amiga.

Tengo 11 años y en la escuela me aburro. Mis compañeros hablan de Maradona y mis compañeras hablan de alguna novela. Yo no miro televisión y no me gusta el fútbol. Voy a los primeros «asaltos» de mi vida y nadie me saca a bailar. Mis compañeras consideran que debería maquillarme y ser más femenina. Yo no quiero usar polleras porque me da vergüenza; maquillarme me parece de nena chiquita, o de persona grande. Alguien me dice, o me dicen varias personas, que camino como un chico, pero no es verdad. La verdad es que no me sale caminar como una chica. Yo sé muy bien que los varones ya no me ven como un igual, pero tampoco me ven como una nena. Las mujeres usan los pantalones metidos en el culo y caminan con un vaivén de caderas, observo o me explican, no estoy muy segura. Sé que alguien me enseña muy específicamente que las mujeres deben caminar poniendo un pie delante del otro, como siguiendo una línea recta: talón con punta, talón con punta.

Tengo 11 años. Ser un chico no me sale, ser una chica tampoco. No sé que estoy tomando una decisión, pero

decido. Camino por las líneas de la vereda, practicando. Talón con punta, talón con punta. Estoy aprendiendo a caminar «como una mujer». Estoy desaprendiendo a caminar.

Biografía

Wanda Rzoncinsky nació en 1974 y vivió toda su infancia en la localidad de Haedo, Zona Oeste del Gran Buenos Aires.

En la actualidad se dedica entre otras cosas a enseñar cocina vegana y a producir y conducir programas radiales. Parodiando su incapacidad para entrar en o escapar plenamente del modelo «chongo/a», creó junto con Leila Ponzetti la ficticia AACH «Asociación Argentina de Chongos», que se dedica a otorgar carnets de identidad (paródicos) a quienes los solicitan. aach.mail@gmail.com

La Experiencia Lesbiana

Ivonne Yesenia Vite Silva



Los primeros años

Jugaba en el patio de la casa de mi abuela: era un campo inmenso de paredes altas donde la luz caía sobre las macetas de su jardín. Mi abuela era una mujer de sesenta años. Los súper héroes, las escondidas, los quemados, las carreras de bicicleta, todos esos juegos cabían en el patio de la casa de mi abuela. A medio día su sopa nos alimentaba; mis dos hermanas, mis dos primos y yo hablábamos, cantábamos y gritábamos en la mesa esperando que llevara nuestro plato de caldo y verduras.

Una tarde, cuando el sol iba guardándose, mientras corríamos y gritábamos entre los juegos, ella nos mandó llamar. Cuando llegamos extendió su dedo, me señaló y dijo: “Es tiempo de que dejes de jugar y que vengas a lavar la ropa de Víctor (mi primo)”. A mis hermanas las mandó a lavar los trastes y a limpiar la casa, pero a los hombres les permitió seguir jugando o ver la televisión. A mis seis años entendí qué era ser mujer.

En ese momento yo quería seguir jugando con mis resorteras, con la bicicleta y la pelota, trepar árboles, gritar, dibujar, y en cada intento la respuesta era siempre la misma: mi obligación era limpiar, atender y servir. A partir de entonces supe que no quería ser mujer. Miraba a mis primos divertirse y deseaba con todas mis fuerzas, apretando los ojos y los puños, ser hombre y que nadie me arrebatara mis juegos y el derecho de divertirme.

“Sí, sí, sí... vamos a ahorrar y cuando seas grande, si lo sigues deseando, te llevamos a operar”, me decía mi mamá, consolándome en esas interminables noches de llanto en que me quejaba de la abuela y ella escuchaba mis

interminables súplicas por ser hombre. No recuerdo su rostro ni sus muecas, lo único que importaba era que ella me decía que sí podía serlo.

Los chicos no lloran

Corría el sexto grado de primaria, la entrada de la pubertad y con ella la menstruación, el rock en español, la música pop de los '80.

*“Quiero ser
el amigo que recorre tu camino
que me importa la sorpresa del destino
día y noche siempre estará junto a ti...”*

Mi cabello corto, jeans y camisa a cuadros, los guantes confeccionados de cuero con dedos descubiertos y un señor diciéndome: “joven, joven, ¿dónde queda la calle España?”. Al voltear, sorprendido, agregaba: “disculpa, niña, ¿dónde queda la calle España?” ¡Carajo! ¿Que no entienden que no soy niña?

Una tarde hermosa, soleada y también solitaria, al salir de clase y sin darme cuenta, me encontré en un terreno de senderos largos, hierba crecida, espigas quemadas por el sol y remolinos de tierra que los iban rociando. Entonces unos brazos, de un empujón por la espalda, intentaron tumbarme. Quería alejarme pero me cercaban las sombras. Cuando logré encararlos vi una jauría de cinco alumnos de la escuela, todos compañeros míos, que con insultos y gritos me decían: “marimacha, machorra, ¿quieres ser hombre? Pendeja, ¡yo te voy a enseñar lo que es ser hombre!”. Jalaron mi ropa, rompieron los botones de mi camisa queriendo tocarme y desgarrar mi intimidad. Me abalancé sobre el más grande, el más fuerte,

era ahora o nunca, su cuerpo o el mío. Entonces acerté un golpe con mis nudillos en su cara, otro en su estómago, una patada en su entrepierna. Esta niña lo había vencido, los otros corrieron llenos de miedo.

*“Quiero ser
Ese sol con el que brillará la luna
Ser el viento con el que borra la bruma
Y vivir mis sueños siempre junto a ti
Dime que si....”*

El amor, un deseo que ocultar

Cristina era su nombre, una adolescente de clase media, alegre, traviesa, encantadora. Yo al fin me parecía a mis amigas: Cristina y yo usábamos falda, tacones, cabello entrelazado y largo. A los dieciséis una no tiene muy claro de qué se enamora, si de la persona, de su sexo, su risa, su cara, su perfume, de los sueños que imagina. Descubrí que toda ella me habitaba, que al verla mi corazón aceleraba sus latidos. “Pero, ¿qué estoy haciendo? ¿Acaso estoy ciega? Las mujeres quieren a los hombres y los hombres a las mujeres, Cristina y yo somos mujeres, ¿en qué clase de bicho extraño me he convertido?”. Ocultaba el amor que sentía por Cristina, lo disfrazaba de tarjetas de San Valentín, de regalos y cartas cariñosas entre amigas; dejé de dibujar a los súper héroes de mi infancia para dibujar las muñecas y princesas con las que ella soñaba; llenándola de colores, me volví su confidente y amiga celosa. Por primera vez mi cuerpo vibraba, mis senos se sacudían, mi pubis se erizaba y mis labios buscaban su boca. Por primera vez deseaba con mi cuerpo de mujer a otra mujer.

La historia recuperada

Cristina se esfumó al paso del tiempo y con ella mi esfuerzo por encajar en el ser mujer.

No era yo la única, entre besos un murmullo se escuchaba, me pedía compartirme, compartirnos, juntar nuestras historias en el tiempo y forma que quisiéramos, que deseáramos. Pensar que muchos momentos estuvieron vacíos de la otra, de las otras. Soledad, aislamiento, miedo y culpa, eran los sentimientos que me recorrían. Entendí que la heterosexualidad no es la única forma de amar que existe en nuestro mundo, aunque sí la más reconocida, y que mi identidad era la de una mujer que ama a las mujeres, lesbianas nos llamaban.

Entonces volvieron mis jeans, mis cabellos cortos, la soltura de mi cuerpo que antes traté de ocultar, mi cuerpo que se encontraba con otros cuerpos lésbicos. El bar era un espectáculo de sombras y deseos estallando a media luz, mujeres besando a mujeres, hombres besando a hombres, éramos decenas, cientos, no sé cuantos, pero ya no estaba sola.

Dice Joan Scott que: *“La experiencia es, a la vez, siempre una interpretación y requiere una interpretación. Lo que cuenta como experiencia no es ni evidente ni claro y directo: está siempre en disputa, y por lo tanto siempre es político”.*

Esta historia ha sido contada desde el punto de vista de una lesbiana mexicana de finales de siglo XX y principios del XXI, probablemente muchas lesbianas contemporáneas se identifiquen con ella, sin embargo, para otras, ésta no será la suya. Desde mi experiencia, transité por varias identidades y sigo replanteándome y

transformándome. Ser lesbiana feminista radical representa para mí una postura política y ahora es, tal vez, la identidad que más se acerca a mi ideología y proceso político.

Biografía

Nací en el DF, pero actualmente resido en el estado de Aguascalientes, México, tengo 39 años. Me dedico a la construcción de edificaciones, también al mantenimiento. Trabajo en el Hospital de la Mujer, que pertenece a la Secretaría de Salud, en el departamento de Mantenimiento Electromecánico, Biomédico y de Infraestructura. Participo en el programa Acupuntura Urbana del Gobierno Municipal, dando talleres de Deslegitimización de la Violencia de Género y de Salud Sexual.

Soy activista social, integro el grupo "Movimiento de Acción Lésbica Feminista".

fb: Ivonne Vite

mail: ivyevisi.cane@gmail.com

Alguna vez fui ángel

Susana Albarrán Méndez



Se suele decir que 'los ángeles no tienen sexo', ¿cierto? pues aquí me veo, y casi creo, que me sentía así. Calculo - porque me acuerdo muy bien de ese día de primavera- tenía yo unos seis años. Era, creo, mi primer año de primaria, y me escogieron para encarnar de ángel y abrir así el paso de una niñas de mi colegio, que iban a hacer la primera comunión. Si ven con cuidado, a mi lado izquierdo se distinguen vagamente unas plumas que sobresalen por mi hombro. Y, si miran la sombra que se refleja en el césped se pueden ver el perfil de un ángel ¡con todo y alas! Recuerdo bien, el sencillo mecanismo con el que me las colgaron. Detalle curioso también el del listón de oro, al estilo hippy, que rodea mi cabeza entre mis rulos.

Nada como un ángel para representar un ente 'cuir'⁷ en su más tierna edad. Tengo fresco en mi memoria el atuendo, la preparación al ponerme ¿el disfraz? y entrar primero que nadie a la iglesia con las manos juntitas en pose de un ángel en toda regla. Por supuesto, recuerdo el momento en que mi padre tomó esa foto en el jardín de casa.

Se suma que, especialmente mi madre, se empeñó en no hacerme los agujeritos en las orejas para ponerme aretes desde bebé. Entonces no comprendí la ventaja, porque entrando a la adolescencia (12-12 años) me hice los 'hoyitos' bajo mi propia decisión en una oscura clínica de beneficencia que había en mi barrio de la colonia Narvarte, en D.F. Recuerdo que me los hice porque por mi comunión me habían regalado unos aretes⁸ de perlita y oro muy lindos, que quería estrenar. Y bueno sí, supongo para que dejaran de llamarme 'niño'. Con mi pelo bien

⁷ Me gusta esta castellanización del anglo 'queer'.

⁸ También llamados pendientes.

rizado y una carita bastante andrógina daba el pego de un varón. Además, siempre andaba con mis dos hermanos - un año y dos, más mayores- así que la gente infería que también lo era.

No recuerdo, o al menos no tengo a la mano, una foto que inmortalizara otro momento cuir, o al menos más chonguita. Sí en algunas actitudes porque jugaba y era bastante bruta con mi hermanos varones. Y a pesar de los 'no hoyitos en la orejas', desde bien pequeña se tuvo el cuidado de ponerme vestido corto ¡para enseñar bombachas! Y yo lo odiaba.

Pienso hoy, que si no me hubiera hecho los agujeros en las orejas -aunque fue mi decisión, repito- y los hombres no fueran mayoría en mi familia, mi identidad estaría más cerca a la de ese ángel.

Biografía

Periodista radiofónica desde 1987. Nacida en México, D.F, reside en España desde hace 13 años, donde ha trabajado en medios comunitarios realizando periodismo sobre movimientos sociales, mujeres y migración, así como el diseño de proyectos de Comunicación para el desarrollo con América Latina. Trabaja, colabora y milita haciendo radio en el programa feminista "Nosotras en el mundo", que se emite en Radio Vallekas (Madrid) y produciendo contenidos para la web de Red Nosotras en el Mundo, su radio, Red Nosotras Radio, y para el informativo Más Voces feministas. Además de que es colaboradora habitual de "Más Voces", el informativo de la Unión de Radios Libres y Comunitarias de Madrid.

La flaca machorra

María de los Ángeles Martínez Suárez



Vivir una infancia masculinizada en la Ciudad de México a principios de los '80 fue algo contradictorio y divertido. Contextualizando un poco, entre la cultura patriarcal, la modernidad que trajo consigo la industrialización y el hecho de que las crisis económicas orillaran a las parejas a que hicieran ajustes en las dinámicas tradicionales, en cuanto a los roles, responsabilidades y obligaciones dentro del hogar que hicieron que muchas mujeres tuvieran que salir a buscar trabajo, fue que crecí.

¿Por qué este contexto sociocultural fue decisivo en mi infancia masculinizada? porque mi madre fue de esas mujeres pioneras en el trabajo fuera de casa, en luchar en contra de la opresión cultural que dictaba que la mujer tenía que cumplir un estereotipo femenino en sus modos y costumbres.

Mi madre me cortaba el cabello lo más posible. Al ser la hija del medio, con dos hermanos y la mayoría de primos varones, mi infancia fue muy divertida entre niños traviesos. Mi madre no cuidaba en mí la apariencia de una niña que no debía hacer, lo que sólo los niños hacen.

Me recuerdo en preescolar trepándome a los árboles, excavando en la tierra, cazando insectos. Mis amigos eran niños, jugábamos carreras, fútbol, carritos, canicas, videojuegos de luchas, etc. En la primaria, igual siempre de pelo corto, con el mismo comportamiento machorro; si me regalaban muñecas o cosas de niña, mi mamá no me las daba para que no las maltratara, así que jugar con ellas no fue común para mí. Y cuando se me permitió no era un juego rector.

Esto ocasionó que en muchas ocasiones me confundieran con niño. Siempre había sido muy delgada, me decían popotitos o flaca. Extrovertida, estudiosa, cooperativa, responsable, confiada. Mi hermano mayor no me consideraba como un ser débil, era una igual, me enseñó a pegar y a pelear. Yo era la clásica machorra –cómo se dice aquí en México- y esto me traía rechazo doble. Por un lado, los niños me rechazaban por ser niña; por el otro, las niñas también por ser como niño y no tener un comportamiento convencional. Ellas, me rechazaban y se burlaban. Ellos, me aceptaban cuando entendían que de alguna manera era como ellos.

Yo sólo era una niña feliz, corría, gritaba, trepaba, no me peinaba, ni me preocupaba por poses, ni del qué dirán. Era libre, segura, era quien era sin restricciones de género. Playeras, pantalones, shorts, suéteres, tenis, ropa de mi hermano era lo que usaba al llegar de la escuela y quitarme el uniforme.

Alrededor de mis 10 años, mi madre tuvo que dejar su trabajo y hacerse cargo de nuestra educación, antes compartida con mi padre, mis abuelas y una de mis tías, cada quien con una forma de educar diferente. Las abuelas con tendencias sumamente tradicionalistas, la paterna siempre inculcando los deberes domésticos a mis prioridades y la materna, los valores de la estética y comportamiento femenino. Mi tía, por su parte estaba en sus asuntos y no había tanta presión de género. Mi padre siempre respetuoso de nuestra personalidad.

Al estar mi madre en casa, alejada del trabajo y de los deseos de libertad sexual, bajo presión de mis abuelas, se

ve forzada a tomar actitudes y creencias tradicionales. A mi padre, no le costó esfuerzo dejarse llevar por la situación y poco a poco también fue adoptando no sólo el pensamiento, sino el comportamiento machista.

A partir de ahí empecé a ser educada bajo el mito de la cenicienta, “femenina, abnegada y esperando la llegada del príncipe azul, con quien viviría feliz por siempre”. Triste despertar a la realidad, darse cuenta que en la actualidad esta construcción social se ha vuelto obsoleta.

Algunos de mis comportamientos fueron coartados de raíz, otros sólo sosegados. Años más adelante empecé a usar vestidos, mi cabello lo dejé crecer (a los 13 años), lo pinté de rubio, se refinó y feminizó mi comportamiento, sólo dos cosas siguieron presentes, mi identificación y amistad incondicional con los varones y mi desapego y desconfianza hacia las mujeres. Cuento con los dedos de una mano a mis verdaderas amigas y me sobran dedos.

Con la adolescencia me llegó el gusto por los del sexo opuesto, dejándome llevar por “mi ahora nueva educación” llena de restricciones hacia mi género, empecé a actuar, sentir y creer lo que las demás.

A pesar de que no puedo negar que mi educación es mayormente tradicionalista, puedo agradecer a mis padres que buscaron la forma de resarcir su daño al inculcarme el amor hacia el estudio y me dieron la libertad de explotar mi libre albedrío hasta donde los estereotipos sociales me lo permitieron, con respeto hacia mi persona y sabiendo que si necesito de ellos, sólo basta llamarlos para que estén conmigo.

Biografía

Mi nombre es María de los Ángeles Martínez Suárez, de 34 años, nací en la Cd. de México. Casada desde hace 13 años, tengo tres hermosos y estrepitosos hijos. Actualmente, licenciada en Psicología por la UNAM y estudiante de la licenciatura Gestión y Administración de PyMES en la UnADM. Apasionada de la música, el aprendizaje continuo y la experimentación de cosas nuevas.

Correo electrónico: jesang222@hotmail.com

La futbolera

Marina Moran



Buscando e indagando en mis primeros recuerdos, para pensar qué escribir aquí, aparecen, allá en la colorida Maracaibo, mi triciclo y mi patineta. En el largo pasillo del hall del departamento pasaba tardes enteras, yendo y viniendo, recostada, parada o arrodillada sobre la patineta, o pedaleando el pequeño triciclo. Lo próximo que recuerdo son mis autitos, yo era hija única aún -luego vendrían dos hermanos varones-, y tengo muchos recuerdos de lindas tardes jugando con mi colección. Ya de más grande, entre los 8 y los 9 años, empecé a tomar conciencia de mis elecciones por juegos "de varones", me rodeo de ellos ya que siempre me parecieron más divertidos a la hora de jugar. En los recreos de la escuela era la mancha, cambiar figuritas, jugar al fútbol, a la bolita, y fuera de la escuela fueron varones mis mejores amigos. Los veía más creativos, las nenas se quedaban charlando en grupo, algo que no podía entender ni encontrarle diversión alguna. Las nenas estaban muy pendientes de no desentonar en nada, para evitar las gastadas de las otras nenas, jugaban a la rayuela y al elástico, pero nunca a la bolita.

A mis 8 años volvemos a Argentina, y voy del cemento de la gran ciudad a la crujiente hojarasca de una chacra del Alto Valle. Conozco a mis primas, que eran el contacto con lo citadino y con lo femenino. Ellas seguían la norma: se vestían de rosa, se hacían trenzas, o colitas "prolijas", ¡se peinaban! Yo no le daba importancia a la vestimenta, priorizaba siempre estar cómoda, por sobre todo y siempre coincidía que las prendas "de nena" por algún motivo me resultaban incómodas.

Verdaderamente no recuerdo haber sentido una marcada presión en esos años por demostrar feminidad. Un día mi

viejo me llevó a una casa de deportes a comprarme una pelota y guantes de arquera con mis ahorros ¡qué revuelo ese negocio! estaba todo el personal sorprendido de ver una nena comprando esos artículos, recuerdo que me felicitaban por ello, por no importarme los comentarios y que gastara mis ahorros en lo que quería, que era jugar al fútbol. La primera presión vino directamente de la católica familia de mi padre. Un día mi viejo me comenta que su hermana estaba "preocupada" por mi insistencia con el fútbol, "¿y cómo que se lleva la pelota de fútbol a la escuela todos los días?" le preguntó asustada, y mi viejo dice que le contestó que era chica y que podía jugar a lo que quiera, que no había nada de malo en ello, pero luego se aseguró "porque vos no vas a jugar al fútbol cuando seas grande, ¿no?"

Puedo decir que disfruté esa etapa, y que no sentí la presión normalizadora en esos años. Si a mi madre y a mi padre les molestaba pues lo disimularon bien y si bien yo veía las diferencias que tenía con la mayoría de las nenas de mi edad, no me agobiaba, ni pensaba hacer algo que no sentía. Creo que gracias al hecho de vivir afuera primero, y luego en el campo, sin la presión de las familias cristianas y moralistas, o atenuada por la distancia, me dió cierta tranquilidad en ese aspecto. Pero esa tranquilidad se acabó en la adolescencia.

Biografía

Mi nombre es Marina Moran, nací el primero de Julio de 1975, en Villa Adelina, Provincia de Buenos Aires, Argentina. En el año 1977 mi madre y mi padre deciden dejar el país rumbo a Venezuela, donde vivimos hasta el año 1984. De vuelta en Argentina, nos instalamos en una chacra en Cipolletti, y años más tarde nos mudamos a Neuquén Capital. Estudié informática en la Universidad Nacional del Comahue, canté en el coro de dicha universidad, viajé, elegí este valle para vivir, trabajo en la Facultad de Informática en Neuquén, donde despunto el vicio del estudio de las ciencias de la computación. Me apasiona remar.

Email: esperandoelmilagro@gmail.com

El picadito reclamó un cambio de "hábito"

Eliana Lores



Mi hermano toma la comunión en una iglesia modesta pero renombrada en el barrio. Debo asistir con un vestido que hizo mi abuela para que luzca en la ocasión. Parezco una muñeca pin y pon: el pelo castaño, con un flequillo parejo y tupido, perfectamente bien peinado... en un inicio.

Una misa tediosa con algunos momentos gloriosos de humor, de la mano de un cura pícaro. Y luego del intercambio de estampitas por dinero -mi hermano, feliz de la vida-, toda la familia se desplaza motorizada hacia mi casa.

La afable comilona, sobrecargada de delicias caseras, transcurre con el clima esperado para un domingo típico de marzo, cálido y calmo. Pero lo que para mi madre es un festejo de confirmación de su hijo en la Santa fe Católica Apostólica Romana, de pronto toma para los niños una impronta de libertades demasiado mundanas.

“Elianita parece un angelito”, no termina de decir su abuela. Elianita soy yo, que me saco el vestido, lo cambio por un conjunto de shorts y chaleco, azul a rayas blancas - también los hizo la abuela- y me sumo al picadito de fútbol que arman los amigos y vecinos de mi hermano en la cortada. La cortada que nunca asfaltaron; de tierra. Ahí me encuentra mi madre, entre otras piernas, persiguiendo la pelota con afán de robarla, con el flequillo en la cara.

Que qué hacés. Que por qué te sacaste el vestido. Que tu hermano para tu comunión se aguantó como un soldadito tooooooooooooooda la tarde sin chistar. Que no ves que no tenés criterio. (Y no, no criterio, pero ya lo estaba desarrollando; yo quería jugar al fútbol con los chicos.

Igualmente ya era grande: tenía once). Cuánto grito tengo que escuchar delante de los demás jugadores.

Naturalmente el partido se termina para mí, justo ahora que la comunión se está poniendo divertida.

Biografía

Tengo 31 años y vivo en Quilmes (Buenos Aires). Soy odontóloga pero no ejerzo actualmente; en vez, trabajo como preceptora en una escuela secundaria y curso el último año de la carrera de artes visuales en la EMBA Carlos Morel de Quilmes -la especialidad de grabado-. Participé en algunas muestras colectivas de pintura, grabado, dibujo, arte correo.

Machonas

Marta Lete

A los 9 años ya me aburrían las muñecas. Nos juntábamos con amigas, mi hermana y primas en una biblioteca de barrio, cuando estaba cerrada. Tenía un escenario y saltábamos el alambrado. Allí jugábamos y sentía un hastío inmenso, muy grande para estar inventando historias "de mentiras", de papás, mamás e hijas, darle de comer (a una boca cerrada!!) acunarlas, hablarles.

A los 12 empecé a jugar (y muy bien) a las bolitas y con las ganadas le llenaba un tacho de leche Nido a mi hermanito que tenía 3 años, las cuales robaba el más grande. Entonces siempre tenía el pretexto de seguir jugando, seguir ganando y seguir llenándolo. Me juntaba con mi mejor amiga y nuestros compañeros de primaria a hacer picaditos en el "campito" (un terreno baldío). Eso sí disfrutaba!! Mi mamá no me alentaba, pero tampoco me prohibía ser "machona".

Con mi hermana insistimos muchas veces para que mi papá nos llevara a la cancha, nunca lo logramos. Decía: "la cancha no es para las mujeres". Al final fuimos solas de grande y nuestros 2 hermanos varones mayores grandes nunca pisaron una!

A mi hermana y a mí nos gustaba jugar a la lucha con mis hermanos, mi tío y mi papá, hasta que mi mamá nos prohibió seguir haciéndolo a los 13 años porque decía que mi tío, con disimulo, nos tocaba.

Mi papá nos enseñó a pescar, nadar y remar; y mi abuelo a limpiar los pescados. Aún hoy sigo causando asombro

cuando tomo la cuchilla, abro, saco tripas, lavo y cocino un surubí. También nos enseñó a cortar leña con el hacha.

Siempre me escabullí en el terreno de los hombres porque sentía que el que tenía dentro del hogar y que la sociedad nos tenía reservado a las mujeres, era pequeño y aburrido!

Biografía

Tengo 43 años. Nací en San Isidro y viví allí hasta los 7, luego en Tigre hasta el día de hoy. Criada en clase media, católica, pero al ver que los actos de la curia no coinciden con sus mandamientos y al leer su historia de los primeros siglos, de cómo anularon a la mujer, prefiero ser agnóstica.

Estudié instructorado de gimnasia. Trabajo en un gimnasio. Soy heterosexual, me casé y divorcié dos veces. Tengo un hijo y un perro. Pinto, entreno fullcontac, corro, bailo tango, leo, escribo.

Quiero la igualdad entre los géneros, y disfrutar de sus diferencias. Si aún en el 2012 no llegó el día que no haya más prejuicios, siempre tengo la esperanza de que llegue ese día.

Libros, sapos y amistad: también las niñas resisten al patriarcado

María Luisa Peralta



En esta foto tengo 13 años recién cumplidos y mi amiga Ana, a la izquierda de la imagen, tiene 12. Es del viaje de estudios de séptimo grado, en la entrada del paseo de Los Cocos. La gente habitualmente se saca la foto delante de la media luna. Nosotras nos teníamos que trepar porque éramos así, dos nenas poco femeninas que corrían, tenían fuerza y se subían a las cosas. Ahora yo soy una lesbiana kiki (a veces femme, a veces chonga), y ella es una hétero. Elegí esta foto justamente porque está Ana. Ella era más chonguita que yo, era plenamente una tomboy, aunque seguramente ni siquiera oyó esa palabra. Hoy es una mujer hétero bastante femenina aunque no estereotipada, bella mujer por cierto (antes no éramos feas, pero éramos nenas), que usa polleras y es profesora de gimnasia.

Nunca fui una niña femenina, jamás quise usar pulseritas ni vestirme de rosa. Vestirme, en sí mismo, no me interesaba mucho. Una de las discusiones recurrentes con mi madre, que hizo todo lo que pudo para que yo no fuera como era y eso que ella no imaginaba siquiera que sería como soy, tenía que ver con la ropa. Cada cumpleaños, día del niño, o navidad, yo pedía libros. Ella decía que por qué no pedía ropa. Yo respondía que eso no era un regalo porque la ropa era parte de lo que ellos, madre y padre, tenían obligación de darme. No sé si a mi vieja le molestaba más que no deseara ropa o que diera esta argumentación casi legalista. Lo cierto es que le molestaba que pidiera libros, que leyera tanto. A mi padre no, él leía mucho y por algún motivo se arrogaba una especie de triunfo por mi avidez lectora. Los libros fueron para mí lo que me era negado por ser niña y no niño. No es que los niños de mi edad leyeran mucho, pero parece que en el imaginario de mi madre, profesora del secundario, los libros estaban asociados a la masculinidad. Para colmo, no

pedía los cuentos de Poldy Bird, ni el libro de los chicos enamorados ni nada azucarado. Pedía novelas de aventuras. Verne y Stevenson y Dumas y otra vez Verne. Kipling, Conrad, la maravillosa serie de Elige tu propia aventura y de ahí a Poe y Conan Doyle y a la ciencia ficción de Asimov. Leía mucho, sí.

Mi amiga Ana no leía tanto, pero cuando estábamos juntas hacíamos otras cosas. Jugábamos al Bucanero. Jugábamos a las cartas. Nos subíamos a todo: árbol, tapial, escalera, terraza. Un par de veranos fui a su casa de Córdoba. La gloria tomboy. Corríamos por ahí, hacíamos fuerza, saltábamos el arroyo, pescábamos, atrapábamos tucuras y sapos. Lo de los sapos era el desafío mayor, sobre todo porque nosotras sabíamos que muchos chicos no se animaban. Pero nosotras sí. Agarrábamos los sapos con las manos.

La infancia estuvo plagada de mandatos que eran casi mandamientos. Algunos netamente corporales (parece que las niñas deben aprender desde muy pequeñas a estar paradas de modo inestable y frágil y no con las piernas separadas y los dos pies bien afirmados), otros de vestimenta (todos los imaginables), otros de comportamiento (las niñas no juegan a las pulseadas, las niñas no corren y alcanzan a los niños en poliladron) y otros de relación (llegaba séptimo grado y yo no daba la menor señal de interesarme en ningún chico).

Ese viaje de estudios coronó los largos años de domesticación y recriminaciones. La maestra que nos acompañaba, Nidia Jensen de Pérez, de la Escuela Normal N°2 a la que íbamos, se consideró con derecho a darnos la lección máxima de heteropatriarcado. Una tarde nos citó

en su habitación a un grupo de chicas, cada una con su mejor amiga, y nos largó una monserga sobre las amistades peligrosas, sobre que habíamos crecido y que ahora teníamos que tener cuidado con esas amistades que podían confundirnos. Fue una situación que todas sentimos como violenta y donde entendimos muy poco. Curiosamente, ella no me citó con Ana sino con Marcia, mi otra mejor amiga, una chica sumamente femenina. Parece que las chonguitas no podían tener una relación de deseo. No la teníamos, pero no importa, podríamos haberla tenido aunque para la maestra guardiana de la heterosexualidad fuera impensable.

Elegí esta foto y escribí esto en parte para hablar de mi historia pero sobre todo como homenaje y agradecimiento a mi amiga Ana, porque sin ella, sin su ser chonguita, creo que yo no hubiera sobrevivido.

Biografía

Me llamo María Luisa Peralta. Soy lesbiana y anarquista. Nací en Rosario, Santa Fe, en 1972, poco después de los fusilamientos de Trelew. Me tocó hacer casi toda la primaria durante la dictadura. Me mudé a Buenos Aires para estudiar biología. Me visibilicé como lesbiana en 1993 y desde 1996 activo en distintos grupos, coaliciones y frentes de lesbianas y gltb. Mi activismo es variado: grupos de reflexión, talleres, trabajo legislativo, antirrepresivo, archivo, escritura de artículos, paneles, radio, la construcción del movimiento. Milito el amor libre, tengo relaciones de pareja abiertas y muy profundas: mis tres parejas consecutivas son los tres amores de mi vida. Tengo un hijo de 6 años en comaternidad con mi pareja anterior. Mi compañera actual y yo practicamos tai chi chuan y BDSM. Dejé la ciencia porque me demandaba un tiempo que quería dedicarle al activismo. Soy parte del Colectivo Editorial Madreselva, que fundamos con compañerxs anarquistas en 2007.

Recuerdos de una chonguita provinciana

Macky Corbalán



Axel no fue el inicio de una anécdota sino la culminación de un plan trazado durante el tembladeral de la infancia. Acaso desde aún antes de modular un lenguaje coherente y funcional, comienzan las maniobras –que se extenderán a lo largo de la vida- por una identidad que calce, que no apriete, cuya provisoriedad dé aire. Las pruebas, las performances, los esbozos, los cambios de plan: la experimentación como modo de vida.

Axel, un nombre –como siempre para ocultar antes que para develar; y bajo su opacidad, cobijadas intenciones inconfesables, no por inmorales sino por inefables. Mientras, el DNI bien escondido entre el suspirar aburrido de la tosca lencería infantil.

Nombres –fueron muchos, barajados por el puro placer de decidir algo (nada más expropiado que la singularidad en las experiencias de la infancia), como direccionar la bolita de colores vidriados o saltar desde dónde a la montaña de arena para construcción, en el terreno vecino... Y el nombre elegido al fin, por no estar enteramente entregado a un género cerrado y asfixiante, un nombre que permita abrir, pivotear, jugar... ¿El deseo? Que el nombre invente nuevas maneras de ocupar el acotado espacio de lo humano, ya agobiante en años tan tempranos.

Y una cierta hora de la tarde, donde las pasiones se apaciguan y, simplemente, a solas se hace equilibrio sobre rieles solitarios.

Por entonces, Cutral C6, el pueblo donde nac6 (y donde nac6 el piquete como forma de protesta social, proletaria y desajustada) era a6n m6s pueblo que hoy en d6a: las casas bajas y frescas en verano, el sol dando vueltas sin

parir sombras, el rosa vibrátil de la lengua del perro, el esfuerzo de los árboles por sonsacar humedad de lo que estuviera vivo.

¿Doce, trece años? La adolescencia, apenas despuntando su caótico, airado bagaje, y la ignota pulsión del sexo volviéndolo todo un latido desacompasado, desprolijo, vitalísimo. Axel –con la ropa holgada, con el corte de pelo, sería el caballo de Troya: una maqueta hetero, masculina, viril, escondiendo peligro en su interior. Las vacaciones de verano en la ciudad del río negro, junto a la complicidad de la banda de primos y primas: el momento de la acción.

Y una cierta hora de la tarde, donde el cuerpo se palpa a sí mismo confirmando horizontes y, simplemente, de rodillas, escrupulosamente se acomoda la moneda a ser combada por tren que se aproxima.

Como es de suponer, al dispositivo Axel –como al Caballo de Troya, sólo era factible usarlo una sola y estruendosa vez, así fue debut y despedida; no me pregunten qué final preveía, sólo puedo dar cuenta de lo que soñaba: que una chica se enamorara de ese pibe serio y reservado (porque según la lógica implacable del binarismo aprendido a sangre y fuego en la escuela, el hogar, la iglesia, si me gustaban las mujeres, tendría que "convertirme" hombre). Y como en las pelis, al final se abiera un mundo donde ese tipo de amor tuviera cabida.

Nada de eso sucedió, claro. Y no sucedería hasta muchos años después. Pero aún recuerdo, no los rostros azorados de las chicas, no la risa cómplice de los primos: los rayos del sol caían sobre las gradas del estadio y dibujaban

sombras radiantes, caprichosas, espejando a pájaros y hojas.

Y una cierta hora de la tarde, donde una perturbadora certeza termina por depositarse con todo su peso de siglos sobre las creencias, los mitos, los huesos jóvenes; con su fino polvo obcecado e infeccioso: una es –siempre será, la rara.

Biografía

Nací en Cutral Có (provincia de Neuquén) y vivo en la capital neuquina. Cutral Có (en mapuche, agua y fuego), ciudad donde se originó una de las formas de protesta más radicales (el piquete), marca mi historia poética (y política y personal) en una forma a la vez intensa, significativa y permanente. Por el impulso vital de la poesía, también soy activista lesbiana, feminista y queer (en el ya disuelto grupo Fugitivas del desierto:

<http://lesbianasfugitivas.blogspot.com>) y a favor de los derechos de los animales no humanos. Junto a la poeta y activista valeria flores, tenemos el blog de poesía:

<http://elemento119poesia.blogspot.com>

Libros publicados: “La pasajera de arena” (Libros de Tierra Firme, 1992), “Inferno” (Libros de Tierra Firme, 1999), Como mil flores” (Hipólita Ediciones, 2007). Todos ellos en:

<http://pasajeradearena.blogspot.com>. “Lenguaraz” (junto a valeria flores) y “El Acuerdo”, ambos de Editora La mondonga dark, en : <http://mondongadark.blogspot.com>

Machona

Andrea López



A los once años fui la machona del barrio, siempre de short y remerita, ágil, rápida, flaca y chata nadie sospechaba que era una nena, me movía como un chico y en el mundo de los varones era bienvenida, aceptada y disputada.

En el barrio se armaban los equipos de fútbol por sorteo. En el juego del “Pan y Queso”, se dispondría la suerte de quien eligiera primero tenerme en su equipo. Yo era la única chica que jugaba al fútbol con los varones y todos me querían para ellos por mi cualidad futbolística de llenar de goles los arcos rivales.

Un día me vio jugar un técnico que dirigía un equipo de fútbol femenino de chicas de 17 años. Yo apenas tenía 11 pero no fue impedimento formar parte de aquel grupo. El problema venía a la hora de partidos oficiales porque el técnico no me dejaba entrar a jugar con mujeres más grandes. Temía por mi vida.

Siempre competía, era difícil de superar en todos los juegos. Campeona de bolitas, de figuritas, de carreras de autos, de karting, la menos marcada en el “hoyo pelota”, juntaba triunfos y era la mejor en todo.

Algunas veces, me detenía a mirar cómo mi hermana se divertía jugando a las muñecas con sus amigas y yo pensaba que era un juego de niñas más pequeñas que las propias muñecas. La única muñeca que tuve, la quemé, una tarde de invierno, en la estufa a kerosene. Allí murió mi interés por ese juego absurdo ¿a quién se le puede ocurrir jugar con personas hechas de plástico?

Ya en la secundaria, formé parte del equipo femenino de básquet. En una ocasión una compañera muy chonga, la

madre de las chongas del básquet mendocino, hizo una jugada magistral, se elevó y se colgó del aro y encestró. Mi corazón se detuvo cuando vino hacia mí a abrazarme, en ese instante tuve la sensación de haber encontrado a alguien que se parecía mucho a mí y esa actitud poco femenina me había erotizado de una manera abrumadora. Sentí una atracción que me movilizó el cuerpo, me excitó como nadie. Ese día no sólo me descubrí chonga en el espejo de ese otro cuerpo, descubrí que una mujer podría llenarme de placer, que una mujer podía ser destino y posibilidad.

Biografía

Lesbiana, activista, feminista, fotógrafa, tocadora de batería, jugadora de fútbol, escritora, amplia conocedora del mundo virtual, chonga.

Vive en una ciudad muy pueblerina llamada Villa Constitución, al sur de Santa Fe.

Vive en pareja con otra chica, una Paqui lesbiana feminista y una activista de la concha de la lora! Así lo dijera una gran conocedora, Gabby De C.

andrelorde@gmail.com

Actitudes y resistencia

Lucas (raquel) Platero



Antes de que tuviera capacidad para decidir sobre mi aspecto, mi ropa, mi pelo, mis actividades extraescolares, mis afectos, creo que era evidente que encarnaba cierta actitud activa o inquieta, que se podría calificar o etiquetar como masculina según la construcción tradicional de los géneros, algo que ha resistido hasta el momento actual, y que siento que es parte inherente de mi personalidad. No es que piense que la masculinidad sea algo esencial, o que sea superior a la feminidad, como si existiera fuera o independientemente a las personas. Sólo digo que a pesar de la ropa que me imponían, del colegio de monjas para niñas al que fui unos años, del psicólogo del colegio al que me llevaron cuando empecé a faltar con 8 años, de la presión social para fuera menos 'fea' y me apegara más y mejor a las normas sociales dictadas para las niñas, algo ha permanecido. Hay cierta continuidad con la actitud que veo en mis fotos de infancia y que encuentro en mis recuerdos y el momento actual, en esa noción construida sobre lo que se ha entendido como masculinidad.

Ahora, como persona adulta entiendo que esta masculinidad es elegida, no siento que sea fruto de un pasado predeterminado. También es verdad que en el ejercicio de mirar el pasado, hacemos una lectura interesada a posteriori, que es parte del proceso de memoria. De los juegos infantiles, me queda el recuerdo de las tardes en las que recreábamos el mundo que vivíamos, a veces para emular los juegos olímpicos, para jugar a las comuniones, a las tiendas, a los viajes. Un micromundo vigilado por las madres de mis amigas, en el que mi vecina Mari Ángeles siempre estaba presente. Le costaba dejarme a solas con su hija Olga y las otras niñas, que por otra parte, rápidamente me renombraban para

que fuera el marido, padre o hijo de sus historias. Ellas elegían 'Joseph', a mi me gustaba más 'Jorge', y otros nombres que ahora no recuerdo de ese mundo imaginario, enfocado desde el binarismo propio de nuestra cultura. El caso es que años más tarde Mari Ángeles me confesaría que temían que yo fuera lesbiana, o algo peor, y que contagiara a sus hijas. Ojalá fuera una cuestión tan sencilla como contagiar a la gente de otras formas de deseo, de masculinidades y feminidades no tan convencionales. Supongo que no se le ocurría que su hija y las otras niñas, formaban parte de estos juegos tanto como yo y que ellas no estaban a salvo de su propio deseo, ni sus propias ganas de explorar y conocer el mundo.

Ahora como persona adulta, que trabaja como docente en escuelas y universidades públicas, que elijo más o menos conscientemente mis actos, encuentro en mis fotos de infancia guiños, no tanto al travestismo de mis juegos infantiles de los que no queda ni rastro, pero sí de las actitudes que no encajaban con la feminidad de las "niñas buenas", a pesar de los esfuerzos del entorno conservador. Esa foto de boda, en la que mi primo Gabriel y yo teníamos que bailar, pero que si te fijas bien, yo podía llevarle a él. Los días que te vestían de muñequita para hacerte una foto, pero no puedes evitar posar con unos coches de adorno que has encontrado. O de ese equívoco que generaba mi aspecto, incluso en las fotos del colegio, y del que yo disfrutaba hasta que alguien me descubriría como niña, y empezaban los problemas. Una actitud que visibiliza la resistencia, no sólo la mía, sino la de tantas niñas, que si consiguen sobrevivir a la presión social, la escuela y la familia, podrán crecer para elegir su identidad, su género, su sexualidad. Sin embargo, me preocupa que la hipervigilancia sobre las niñas y los niños

ahora encuentra un aliado en la psiquiatría, que inventa nuevas patologías sobre la identidad de género (y la orientación sexual de manera encubierta), que justifican modificar el comportamiento de género de forma temprana. Para algunas figuras de autoridad, esta masculinidad encarnada y performada puede significar pecado, pero además también puede ser señalada como una enfermedad. Deseo que podamos generar un conocimiento colectivo sobre la masculinidad de las niñas donde podamos disfrutar de su diversidad, de su belleza y su capacidad para reinventarse en millones de distintas maneras. Siempre fuera de esas normas del pecado y la enfermedad que se nos imponen.

Biografía

Raquel (Lucas) Platero Méndez es docente en intervención sociocomunitaria (educación Secundaria), así como en varios programas de master (UCM, UAM, UPNA, UCLM) y en el Programa de Estudios del MNCARS, Somateca dirigido por Beatriz Preciado. Desde 2003 trabaja en la Universidad Complutense de Madrid, con proyectos europeos de investigación (MAGEEQ, QUING y HERMES), con énfasis en: interseccionalidad, ciudadanía íntima, violencia de género y homofóbica, así como la construcción de la agenda política LGTB. Entre sus publicaciones, destacan sus libros: “Herramientas para combatir el bullying homofóbico” (Talasa, 2007), “Lesbianas. Discursos y Representaciones” (Melusina, 2008) y “Intersecciones. Cuerpos y Sexualidades en la Encrucijada (Bellaterra, 2012).

platero@cps.ucm.es

Masculinidades de niñas: entre “mal de archivo” y “archivo del mal”

valeria flores

*“En un día así, cuando regresaba renqueando a la retaguardia
bajo un sol de justicia, mi madre me abordó.
-¡Patricia-me reprendió-, ponte una camiseta!
-Hace demasiado calor-me quejé-. Nadie más lleva camiseta.
-Haga o no haga calor, ya es hora de que empieces a ponerte
camiseta. Estás a punto de convertirte en una señorita.
Yo protesté con vehemencia y anuncié que no iba a convertirme
nunca en nada salvo en mí misma, que pertenecía al clan de Peter
Pan y nosotros no nos hacíamos adultos.
Mi madre ganó la discusión y me puse la camiseta, pero no puedo
ni decir lo traidora que me sentí en aquel momento. Observé
tristemente a mi madre mientras realizaba sus tareas femeninas,
fijándome en su voluptuoso cuerpo de mujer. Todo parecía ser
contrario a mi naturaleza. El penetrante olor de su perfume y el
color rojo de su barra de labios, tan fuerte en los años cincuenta,
me repugnaban. Ella era la mensajera y también el mensaje.*

Patti Smith⁹

Comenzar por un silencio. Por los ecos de un silencio. Por hacer hablar ese silencio. No para hacerlo callar sino para desplegarlo en sus efectos. Un silencio de una experiencia

⁹ Éramos unos niños. Editorial Lumen, 2012. Pág. 20-21

corporal y de las confrontaciones subjetivas contra los límites de las regulaciones del género. Un silencio que nos toca a tod*s, de distintas maneras y con diferentes intensidades. Pero nos toca al fin.

Mucho se ha hablado y escrito en la academia sobre el género como construcción social, política y cultural. Pero a pesar de esta importante producción, escasean los estudios sobre las masculinidades desligadas de cuerpos de hombres. En general, los Estudios de las masculinidades se concentran en los sujetos varones, lo que tiene como efecto performativo en la industria académica, seguir confiscando la masculinidad en los cuerpos y sexos “apropiados”. Las masculinidades encarnadas en cuerpos que hemos rechazado, desistido o resistido los procesos de feminidad obligatoria, abriendo y posibilitando diferentes espacios identitarios, “permanecen invisibilizadas, silenciadas y relegadas a un “no-lugar”. Incluso cuando estos cuerpos evidencian fisuras en el modelo heteronormativo, son sólo inteligibles en los términos de la normatividad con la que rompen, a la que son reconducidos en cada interpelación”¹⁰, advierte Raquel (Lucas) Platero.

¹⁰ “La masculinidad de las biomujeres: marimachos, chicasos, camioneras y otras disidentes”, de Raquel (Lucas) Platero, en Jornadas Estatales Feministas de Granada. Mesa Redonda: Cuerpos, sexualidades y políticas feministas (Diciembre de 2009). A su vez, Platero señala que el lugar de la masculinidad que se ocupa desde cuerpos de biomujeres se presenta como un espacio de impostura: “Impostores también para la clase social, donde la masculinidad nos hace ser eternamente percibidos como clase obrera, de forma peyorativa y nada orgullosa. La tradicional asociación de los extractos sociales más bajos con una hipersexualización y un uso del cuerpo para el trabajo que lo transformaba en un cuerpo rudo y curtido, convertía a estos cuerpos en extrañamente masculinos y por

De este modo, se pierde la riqueza y las complejidades de otras masculinidades y sus condiciones contextuales. Chicazos, chongas, marimachos, camioneras, machorras, lesbianas butch, trans masculinos (FTM), drag kings, zapatonas, entre otros, son nombres que emergen, cada uno en su singularidad histórico-geográfica, para fisurar ese silencio, modelando expresiones e identidades de género y/o sexuales que (dis)torsionan la matriz binaria heteronormativa, y que serán objeto de y estarán sujetas a, sospecha y estigma por resultar una amenaza, una falla, una enfermedad, un delito.

¿Feminización es desmasculinización? Podría ser. Estas historias *chonguitas* cuentan algunas de las operaciones normativas de confinamiento del movimiento, del espacio, de las decisiones, de posibilidades, tan sólo por ser definidas y clasificadas como “niñas”. De la confluencia y colisión entre escritura, fotografía e infancia se forja algo interesante para pensar el género: la masculinidad es una relación entre cuerpos y espacios, en la que maniobras guerreras como ocupaciones, invasiones, desafíos, transgresiones, van trazando los confines de una rozagante e insolente masculinidad de niña.

tanto sospechosos frente a unas mujeres burguesas blancas, donde la femineidad se definía como asexual y delicadamente inhábil (Romero Bachiller, 2005). Esta mirada que nos percibe como inadecuados, que nos nombra como camioneras, chicazos o tiarronas, sitúa en una asociación necesaria masculinidad con patología, hipersexualidad depredadora y con un uso del espacio público percibido como intrusivo”. Es para destacar que estos preconceptos atravesaron todo el juicio por el asesinato de la Pepa Gaitán, lesbiana masculina fusilada de un escopetazo por el padrastro de su novia en marzo del 2010, en la ciudad de Córdoba (Argentina).

Necesitamos enfrentarnos a destejer este silencio sobre las masculinidades de mujeres, lesbianas y niñas, un silencio que tramita el castigo social sobre cuerpos rebelados contra el destino del género o, más acertadamente, contra el género como destino. Y los feminismos, que tanto han aportado a desnaturalizar la biología como fundamento de las desigualdades y violencias contra las mujeres, no pueden seguir siendo productores y cómplices de este silencio.

Chonguitas es una hendidura en ese silencio. Una hendidura que tiene los contornos de América Latina y los países de habla hispana, territorios de disputas descoloniales en el entramado de sus historias, experiencias, cuerpos y epistemologías. En principio, esta iniciativa la circunscribimos a Argentina por un principio ético de "no hegemonía", dado que la significación de "chonguita" como masculina se emplaza entre los márgenes nacionales y no queríamos subsumir bajo esa denominación a toda experiencia en otros contextos geopolíticos. No obstante, las fronteras semánticas del término se desplazaron hacia un territorio común de las prácticas de género y trascendió los límites geográficos, extendiendo la participación a otros países.

Aquí tenemos en nuestras manos virtuales la producción final de *chonguitas*. Y más aún; la incisión en ese silencio alentó debates que trascendieron la participación concreta. Como resquicios invisibles de esa fisura más notable y expuesta, aparecieron orbitando ante la convocatoria otras experiencias y reflexiones sobre la niñez generizada: "*rememorar mi infancia de chongo*"; "*enfrentarme a algunas cosas que tengo que buscar*"; "*yo fui una chonquita asesina de conejos, a los que matábamos con*

mi hermano después de cuerearlos”; “me ha dejado pensando sobre mi infancia”; “ si no hubiera tenido una infancia taaan de niña femenina que hacia danza clásica miles de horas seguro que escribía alguna cosa”; yo más bien me encuadraría en una infancia “nerdita”, percibiéndome o sintiendo que me percibían más bien como asexual (un cerebritito sin cuerpo); “yo estoy escribiendo un relato sobre mi infancia como niña que se sentía fuera de la feminidad”; “si me defino con estos términos, yo era media ‘chonguita’ de nena, pero no califico a estas actividades como ‘masculinas’, porque me parece que es dar un paso para atrás definir las como tal”; “puedo contarte que he tenido una infancia que tal vez llamaría ambigua en esto que va entre masculinidad y feminidad”. Por eso mismo, no pretendimos leer como “masculinas”, de forma totalizante, todas las infancias de niñas que “no encajan”. El régimen normativo basado en el binarismo de género establece que cuando se dice “niña” se presupone femenina y uno de los propósitos del libro fue contaminar esas categorías, esos constructos.

Chonguitas cobra forma como proyecto, un plan de visibilidad y, al mismo tiempo, de sombras; sin aspirar a convertirse en una muestra representativa más que colaborativa, porque no apeló a una mera recuperación de experiencias masculinas durante la infancia, sino a revisitarlas y rehacerlas bajo el afán de la celebración y la fiesta. Un festejo diferido capaz de habilitar y volver disponibles posiciones de sujeto para ser habitadas, transitadas... vivibles.

Porque *chonguitas* incita a hablar tanto de transgresión de los límites de los espacios públicos y privados en los que diferentes cuerpos codificados como “niñas masculinas”

adquieren visibilidad y reconocimiento, así como de las sujeciones que toman la forma de mandatos, consejos, técnicas, pequeños hábitos mentales y emocionales, de una serie de rutinas y normas para ser inteligibles como humanos y que operan por su inscripción biográfica en los pliegues de la subjetividad. De esta manera, *Chonguitas* aporta a la ruptura de la idea de que la masculinidad es un escenario exclusivo de los varones, desnaturalizando las performances de género y su estatuto de legitimidad así como evidencia las marcas de la estigmatización, el rechazo y la hostilidad.

Es imposible pensar la vida sin el escenario de su efectuación. La vida del género, nuestras vidas en relación con las normas sexuales y de género, no son iguales en la medida que transitamos diferentes momentos vitales. La modernidad construyó la categoría de infancia y a sus propixos sujetos como “proyecto”: de ciudadano, de hombre, de futuro, de familia, de felicidad, de patria, etc; y si se era una niña, un proyecto de “mujer” venía a conquistar nuestros cuerpos, enclave estratégico de la reproducción social. *Chonguitas* es, de algún modo, un archivo de los fracasos, los equívocos, los desvíos, los accidentes, las interferencias, de ese proyecto biopolítico del género.

Leonor Arfuch¹¹, al pensar la autobiografía como archivo, retoma la duplicidad que Jaques Derrida analiza y extrae del archivo. El archivo es instituyente y conservador, revolucionario y tradicional. Archivo económico en un

¹¹ “La autobiografía como (mal de) archivo”, de Leonor Arfuch, en *Crítica cultural entre política y poética*. FCE. Bs As 2008.

doble sentido: guarda, pone en reserva, pero de un modo no natural; “la espera sin horizonte de espera, la impaciencia absoluta de un deseo de memoria”¹². Por un lado, “el archivo es entonces espacio, acumulación, un espacio singular atravesado por la temporalidad: conformado desde el pasado se proyecta hacia el porvenir, su presente siempre es tentativo, opera, como la lectura, por actualizaciones sucesivas, por el régimen de la mirada, por el descubrimiento súbito o el retorno empecinado”¹³. Por otro lado, el archivo opera también en la vecindad –o sinonimia– de la memoria: aquello que se guarda, que resiste el flujo de la desaparición, que por alguna razón permanece, se atesora, se cultiva, se preserva.

Chonguitas opera como un archivo de prácticas disidentes de género, un archivo del “mal” que almacena impresiones y cifra las inscripciones de la censura y la represión, la supresión y la lectura de registros desobedientes del género asignado. Lejos de ser un acto administrativo de guardar o coleccionar, funciona como archivo de tránsitos, migraciones, huellas diaspóricas e identitarias a través de las cuales se hacen y deshacen los cuerpos de “niñas”, en el que la masculinidad de niña tiene *un lugar*, articulado por una escena de enunciación en que la infancia es protagonista del propio deseo.

Una pregunta medular que hace Arfuch es *¿quién construye el archivo?* “Y el quién no es para nada irrelevante: se juega allí por cierto un poder instituyente, un acto performativo, una violencia, literal o simbólica –

¹² Mal de archivo. Una impresión freudiana. Jacques Derrida. Traducción de Paco Vidarte. Edición digital de [Derrida en castellano](#).

¹³ Arfuch. Pág. 145.

qué se incluye, qué se deja afuera, qué se prohíbe ver - pero también la pasión y el deseo”¹⁴. Así, estas 44 narraciones construyen un archivo indispensable para la autodeterminación sexo-genérica de lxs niñas. Y las que faltan. Y las que restan. Pero el archivo también se constituye en cada lectura que guardará misterios, acertijos, para ser reconocidos en las múltiples y disímiles interpretaciones. *Chonguitas* reúne textos que exploran escrituras del yo, de un yo retrospectivo, que se lanzan a jugar con los intersticios del género y de la memoria. Más allá del soporte externo del archivo, hay marcas íntimas en el propio cuerpo que ya funcionan como archivo somático de transgresiones de los estándares de la feminidad y masculinidad hegemónicas. Autoficciones que hacen de la masculinidad una composición entre cuerpos, relaciones y lugares, mediante la creación y apropiación de símbolos, signos y atributos social y culturalmente considerados masculinos. La propia infancia se escribe abriéndose a los tiempos de ese cuerpo, puertas en ocasiones clausuradas, descubriendo aromas, restaurando momentos cautivantes, ritmos afables y atmósferas hostiles, gestos indelebles de violencia, indagando y preguntando(se) en un movimiento incesante entre experiencias pasadas y situaciones presentes.

El recuerdo o la vivencia a través del texto o la fotografía traen consigo el tiempo y el lugar del acontecimiento. Sin embargo, no hay un orden previo de la vida que el relato venga a reponer, sino que se trata de un orden construido, performativamente, en el trabajo mismo de la narración. Toda narrativa lejos está de la línea canónica de un devenir fechado, atestiguado, de una concatenación

¹⁴ Idem. Pág. 146

armónica de acontecimientos, más bien, la puesta en orden del relato o del archivo –su temporalidad, la elección de un comienzo y una culminación, los devenires, las voces, la hilación causal o casual- es siempre un desafío y una afectación: la vida misma se rehace una y otra vez con su carga emocional a flor de piel en cada trayecto o cada narración.

La inscripción biográfica de la tecnología del género, nos estimuló para convocar a escrituras que apelaran a la (des)identificación, a hacer trabajar categorías que suelen repelerse, a desarticular lo obvio, para promover un tráfico de interpretaciones y hermenéuticas de la masculinidad. Como dice Verena Stolcke, la biografía personal no está nunca lejos de la teoría y de la práctica científica, y a veces las historias de vida explican más como una llega a ciertas posiciones teóricas y metodológicas¹⁵.

El relato de infancia es una estrategia de auto-representación, otorgando una textura particular a la palabra, a la selección que opera entre presencia y ausencia, lo que se muestra, lo que se insinúa, lo que se calla. No hay sinceridad referencial ni exigencia de confesión, sino una puesta en la escena de escritura de la vida de un cuerpo, actuando una masculinidad a través de la narración. La acumulación heteróclita de la memoria propia -y ajena- iluminó momentos, impresiones, rastros e indicios fragmentarios que tramaron masculinidades de

¹⁵ Citada por Kate Bornstein, en ¡Hola mundo cruel!, Delirantes y sabios consejos para adolescentes, freaks y otras criaturas raras que estén pensando en suicidarse.

niñas con señales temporales y contextuales, tornándolas únicas y comunes a la vez.

En *Chonguitas*, la fotografía exhibe pero no revela un yo masculino auténtico, sino que muestra la subjetividad como un artefacto imaginario. El género, el sexo y la sexualidad son códigos visuales que funcionan como series discontinuas de representaciones, copias y falsificaciones. Buscar una foto para enviar junto al relato, supuso para algunas una travesía no siempre cómoda ni atractiva. Hay quienes tuvieron posibilidades de seleccionar y elegir cuál mandar, y hay quienes no detentaron esa chance. Por falta de recursos económicos, porque en cierta época las máquinas fotográficas no eran accesibles al consumo masivo, porque las fotos quedaron en manos de las familias de origen con las que no hay ningún tipo de relación, porque mudanzas y catástrofes provocaron su pérdida. Si hacemos una panorámica con el conjunto de fotos, numerosas son las que ubican a esas chonguitas en el exterior del espacio doméstico: jardines, árboles, plazas, calles, patios, playa, campo y escuela, son los escenarios de representación de la masculinidad de estas niñas.

Chonguitas aparece más como archivo suprimido que reprimido, ante una nula producción feminista y de la disidencia sexual local -teórica y activista-, que conecte niñez con formas generizadas no hegemónicas, que incentive la proliferación de modelos de identificación sexo-genérica¹⁶, pensando la infancia como espacio

¹⁶ Hace unos años escribí un trabajo en relación a mis inquietudes sexo-educativas como maestra y activista, pulsado sobre mi propia expresión de género masculina y sus efectos en la clase, en especial, sobre la masculinidad de una de mis alumnas. El trabajo se llamaba "Estéticas

político, como cuerpo en devenir objeto de las (des)programaciones de género y también como sujeto de derecho. En este sentido, las expresiones iniciales disidentes del género sólo dicen ese momento presente de cada sujetx, no necesariamente su futuro genérico y sexual, tal como pretende hacer la mirada institucional que ve en el género una anticipación de la sexualidad, persiguiendo y controlando en la sexualidad un modo identitario que debe fijarse. Este uso futurológico del género (señalando al “maricón”, “marica”, marimacho”, “machona”) procede por anticipación, detectando a lxs desplazadx de la normalidad de género y registrándolos como probables homosexuales.

Chonguitas se arma con relatos que ponen en primer plano el significado inestable y ambiguo de masculinidad. Relatos que formulan a gritos preguntas sobre las

disonantes. Tráfico de masculinidades entre maestra y alumna en el aula” y algunos de los interrogantes que me interesa recuperar para mostrar la imperiosa necesidad de reflexiones sobre las modulaciones del género para y en la vida de lxs niñxs, son: ¿Qué le aporta mi forma de encarnar cierta masculinidad a los modos propios de Lucía? ¿Y a las otras niñas? ¿Y a la masculinidad de los niños? ¿Cómo puede Lucía dar sentido a una sociedad que desmerece lo que ella hace y podría hacer? ¿Alguna vez Lucía tropezará en sus trayectorias escolares con textos que cuenten historias de mujeres que transgredieron el género para forjar nuevos deseos y nuevos estilos? ¿Qué discursos, prácticas y ofertas afectivas de la escolaridad se ponen a disposición para que la afición por el fútbol de una niña no se construya como un deseo erróneo o desviado, y en un consecuente y violento proyecto pedagógico de refeminización? Seminario “Sexualidades Doctas”. Grupo de investigación “Incorporaciones. Corporalidad, ciudadanía y abyección”. Museo de Antropología de la FFyH, UNC -Córdoba -Diciembre del 2009. Disponible en: <http://escritoshereticos.blogspot.com.ar/2009/12/esteticas-disonantes-trafico-de.html>

posibilidades y restricciones de vivir los cuerpos que el género binario heteronormativo impone en la niñez. Relatos de infancia que se tensan sobre el movimiento vivo del deseo, la violencia de la norma y el dinamismo de espacios e identidades indefinidas. Relatos autobiográficos que oscilan en el umbral difuso entre público e íntimo, encubrimiento y revelamiento, con diferentes estilos escriturales, que no narran un pasado muerto sino que hacen vida en tiempo presente. Escriben la vida de volverse salvaje, desprolija, fuerte, valiente, aguerrida, desafiante, todos comportamientos que convierten esos cuerpos de niñas en *inapropiados/inapropiables* para el género femenino. Relatos que componen una oda a la lucha del cuerpo que se hace, y que bajo el ojo binario que erradica y extirpa existencias, “masculina” es el nombre de bordes difusos y porosos para captar una expresión que tomaba ese *ser en* la infancia. Ya sea porque se imponía esa mirada por lxs otrxs, ya sea porque se asumía, ya sea por la presión que ejercieron ambas a la vez.

Estos cuerpos escritos, fabricados como letras sobre papel, cobran significado a través de la ropa, los contextos, los accesorios, la familia, los juegos, la escuela, la sociedad, los amigos, los nombres, los paisajes. Las masculinidades de niña se hacen –y hacen sentido- en relación a otros cuerpos, el cuerpo de otras niñas, el cuerpo de los niños, el cuerpo de l*s niñ*s, el cuerpo de varones y mujeres adultos, el cuerpo de la norma y el deber ser, y en todos los espacios que intermedian, transitan y se cruzan. Componen relatos que flotan entre la memoria y la reconstrucción, encrucijada de experiencia y legado, jugando y re-jugando lo masculino y agitando el disturbio potencial que el deseo siempre despierta. Más que

insertarlos en las geografías convencionales de la identidad, dentro del flujo normativo de tiempo y espacio, se presentan como oportunidad señera para reflexionar acerca de que nuestra manera de vivir el género no es natural ni necesaria.

Sin ánimo de disolver el trazo particular y único de cada narrativa, hay una zona de superposiciones e intersecciones que interpelan, refuerzan, disputan o auxilian los discursos sobre las infancias, las políticas identitarias y las retóricas del género. Relatos de infancia que, desde el hoy, se identifican como lesbianas – mayoritariamente-, heterosexuales y queer; en los que prevalece la participación de quienes tienen entre 30 y 50 años de edad. En la escritura, la masculinidad se enciende con el sentimiento de “no encajar”, de sentirse “rara” y ajena al mundo de las niñas, de criar rabia por prohibiciones y proscripciones dispares. Con orgullo se despliega el saber de defenderse a sí misma y a otrxs, de ser desprolija, ruda, brusca. El modo de vestir es central en la puesta en escena de los estilos corporales masculinos: la ropa cómoda y ancha, la impugnación de vestidos y cancanes y el repudio del color rosa, son nodales para moverse en el mundo. Llevar el pelo corto – para así no peinarse ni perder tiempo en ello-, desistir del uso de aritos y del maquillaje, son signos en los cuerpos que reclaman otros modos de estar siendo niña. El espacio público se conquista a través de andar en bicicleta o en rollers, jugar al fútbol, trepar a los árboles, viajar y andar sola, así como con la lectura de libros de aventuras y amar las competencias. Hay dos gestos que son objeto de vigilancia y control severo: andar en cueros y mear parada, que se ejercitan hasta que la voz de la reprimenda se instala con rigor, produciendo vergüenza e inhibición.

Algunos cuerpos enfrentaron la pregunta social recurrente que necesita y exige saber para clasificar: “¿es nene o nena?”, al tiempo que elegir nombrarse en masculino fue una táctica lúdica que abría horizontes y puertas imaginarias para la seducción. Las muñecas, en general, fueron víctimas del abandono, el descuido o la experimentación estilística. Las armas de juguete formaron parte del “salvajismo” que muchas profesaron como rebeldía al “ser mujer” y “ser señorita”, disputando la ley civilizatoria del género. A su vez, la hipervisibilidad con la que se alumbró ese cuerpo con un género que no corresponde normativamente a su sexo, vuelve tenaz la custodia de las demás niñas y las mujeres adultas sobre los modos de comportamiento. En varios relatos, las presiones y coacciones durante la adolescencia ponen fin a la chonguez. Con frecuencia, las historias de masculinidad están enlazadas con el deseo sexual lésbico, como si encarnar el género opuesto fuera una muda y suficiente autorización para liberar ese anhelo o gusto por otra nena. Historias que encuentran en esa masculinidad continuidades, discontinuidades, intermitencias, oclusiones, en el presente de cada una.

Nuestro cuerpo es ficción política y archivo somático de lenguajes y técnicas, lugar en el que se producen conflictos intensísimos. *Chonguitas* funciona como pequeño archivo de esa historia de la relación entre cuerpo, poder y verdad. Archivo de prácticas, posibilidades, restricciones, normas, deseos, fluctuaciones, mutaciones, violencias, técnicas de poder. Archivo del “mal”, de lo que una niña no debe ser según los mandatos de la feminización, de la heterosexualización, de lo que es incorrecto y perjudicial

porque resta o disminuye su inteligibilidad como “niña” -femenina-.

Chonguitas es apenas un ángulo óptico que hace de la masculinidad una definición incoherente e inestable, volviendo disponibles, visibles y deseables los comportamientos que el régimen (hetero)normativo del género define como masculinos, pero que no son más que expresiones de lo que puede un cuerpo. Un archivo de prácticas de género, de su conquista y su resistencia, de coerciones e insumisiones, que abren una posibilidad más -una entre otras- ante el gobierno del género, para que la única respuesta admisible como niñas no sea traicionarnos a nosotr*s mism*s.

Dar cuenta de lo indecible

Andrea Lacombe*

¿Cuáles son los atributos que debemos resaltar para no excluir de la semiosis a aquellxs sujetxs que reclaman formar parte de ella pero parecen habitarla en las fronteras? ¿Cómo evitar que, en palabras de Adrienne Rich, al mirarnos en el espejo no consigamos ver nada? ¿De qué estamos hablando, entonces, cuando usamos la palabra *chonguita*?

Cuando era chica con una vecinita jugábamos a 'la pelota de Kodak'. El amarillo y el rojo emblemáticos de esa marca de insumos fotográficos suponían una capa de sentido oculta que representaban, a su vez, dos de los integrantes *Parchís*, un grupo de música infantil español que hizo furor a finales de los '70 e inicios de los '80. Yolanda y Tino, respectivamente, eran los roles que ambas teníamos en ese juego que durante más de seis años vivenciamos diariamente. Éramos novios, ella Yolanda y yo Tino. Yo usaba el pelo corto y trataba por todos los medios que la peluquera hiciera un corte similar al de Tino. Pedía pantalones rojos y hasta imitaba un modo particular que el cantante tenía de levantar las cejas. Mi vecina tenía muchas remeras amarillas y también vestidos y, si bien nuestrxs progenitores veían con cierto recelo nuestra amistad, nunca sospecharon ni decodificaron la semántica de los colores. Esos gajos amarillos y rojos que formaban una pelota inflable eran a su vez, los modos de nominar nuestro deseo y se ponían en acto cada vez que

alguna invitaba a la otra a su casa a jugar “a” (y no “con”) la pelota de Kodak. Opté por empezar este texto con una pequeña anécdota de mi niñez porque, además de los valores político y categorial contenidos en este proyecto, leer las historias que forman este volumen me produjo una profunda emoción frente al relato empático: piel de gallina, ese modo que tiene la piel de hacerse presente en tanto recuerdo y memoria vívida. Esa posibilidad de reconocimiento en la vivencia que ayuda a desvampirizar nuestra imagen frente al espejo.

Proyecto Chonguitas introduce directamente una de las claves de la inteligibilidad social: la dupla dicotómica varón-mujer entendida como un combo de contingüidades obligatorias que va desde la subjetividad hasta la genitalidad, pasando por los cuerpos y su apariencia. Es aquí donde reside el carácter político de la propuesta: reclamar espacios de comprensión, diálogo, significación y por lo tanto de legitimación de ciertas prácticas de nuestra infancia y de ciertas discursividades a través de las cuales logramos enunciarlas en la narración actual. En la explosión de estos binarios las expresiones de género no hegemónicas irrumpen para desarmar estas visiones y percepciones que tan naturales nos parecen. ¿Qué cuerpo es el referido cuando hablamos de ‘masculinidades de niñas? ¿Qué tipo de corporeidad nos referencian las palabras, *chonga, camionera, bombero, marimacho, la raulito*? ¿En el sentido y el uso de estos términos se juega, como se pregunta Virginia Cano, tanto “la posibilidad de dar con alguna lengua provisoria, sino también con un *ethos*, un modo de ser y de habitar el mundo”? Es la posibilidad, responde Cano, de articular una primera persona del plural, de un “nosotras” inestable. De un

nosotrxs siempre abierto y en cuestión¹⁷. Es importante también remarcar que la identificación de algunas y la renuencia de otras en usar el término *chonguita* traza un mapa de sentidos generacionales donde la plasticidad lingüística semantiza a determinadas terminologías y desdibuja otras en función de las historias de vida. Los términos identificatorios utilizados adquieren ese sentido a medida que dan cuerpo, performan, determinadas vivencias y prácticas de la sexualidad y del género. La apropiación de cada una de las categorías funciona como instancias provisorias y contingentes del agenciamiento colectivo de las mismas.

Pensar en masculinidades que se desarrollan en cuerpos de personas que, más allá de su orientación sexual, se auto-perciben como mujeres, supone pensar en subjetividades degradadas y excluidas que habitan zonas invisibles e inhabitables de la vida social, conformando el “exterior constitutivo” de la esfera de los sujetos.

El *Proyecto Chonguitas* que, en palabras de las compiladoras, apunta a recordar las infancias “masculinas” de aquellos cuerpos asignados como mujeres, nos permite recorrer una historia oral poco contada y recuperar una memoria colectiva sobre las diferentes experiencias que atravesaron esas niñas.

Vislumbrar los modos en que las performances corporales de lo masculino y lo femenino se presentan cotidianamente, trae aparejado algunas veces cierta

¹⁷ “La lengua de la investigadora. Subjetividad lesbiana y academia”. Ponencia presentada en la mesa “Desplazamientos epistemológicos, interpelaciones políticas, itinerarios subjetivos: jóvenes investigadoras lesbianas”, del 2º Congreso Interdisciplinario “Género y sociedad”, Córdoba, mayo de 2012.

disonancia cognitiva para nuestros esquemas de percepción entrenados para distinguir lo masculino como sinónimo de hombre y lo femenino como equivalente de mujer. No es “natural” distinguir un hombre de una mujer, *aprendemos* a hacerlo porque somos entrenados para naturalizar, es decir tornar natural y de ese modo irrefutable, la existencia de hombres y mujeres como dos inconmensurabilidades. Pero ese entrenamiento no es consciente, se enraíza en los cuerpos, de forma tal que desentrañar el proceso se torna una tarea un tanto imposible. Lo que intento dejar en claro es el entramado particular que algunas mujeres tienen de vivenciar una masculinidad que no acontece en el cuerpo del hombre sino que discurre en y a través de los cuerpos biológicamente catalogados como de mujer. La percepción social puede unir irreductiblemente sexo, género y sexualidad, pero no se trata de una condición fija. El género femenino (femineidad) y el género masculino (masculinidad) no deben ser, en última instancia, considerados como el terreno exclusivo de los cuerpos sexuados, femeninos y masculinos respectivamente¹⁸. El tema no es la simple desaparición de las categorías sino la negociación de los espacios a través de prácticas que diluyen las fronteras que separan lo femenino de lo masculino.

En este sentido, el término *chonguita* funciona como una categoría de autodefinición y reconocimiento que define a las masculinidades de niñas, del mismo modo en que palabras como *lesbiana o gay* se constituyen políticamente

¹⁸ Robertson, Jenifer 1999. “Dying to tell: sexuality and suicide in Imperial Japan”. In *Signs. Journal of women in culture and society*. The University of Chicago Press, vol 25 n° 1, pag 1-37.

en categorías paraguas mediante las cuales reivindicar derechos, espacios y subjetividades. Esto no significa que estos términos operen como compartimientos estancos cristalizadores de identidades o desestimen otros apelativos a través de los cuales referirse a esas vivencias.

En un artículo muy sentido que apareció en el diario francés *Liberation*, a raíz de las manifestaciones católicas en Francia contra el matrimonio igualitario, Beatriz Preciado se pregunta quién defenderá a lxs niñxs queer de aquellos que diciéndose “defensores de la infancia y la familia apelan a la figura política de un niño que ellos construyen, un niño presuntamente heterosexual y normado genéricamente. Un niño privado de toda fuerza de resistencia, de toda posibilidad de hacer un uso libre y colectivo de su cuerpo, sus órganos y sus fluidos sexuales. Esta niñez que ellos aseguran proteger exige el terror, la opresión y la muerte.”¹⁹

La compilación que valeria flores y fabi tron nos traen aparece como una respuesta a la pregunta de la filósofa y activista española, una respuesta positiva y potente que surge desde la narrativa de la habitación de una masculinidad otra, esa que desarrollamos como posibilidad libertaria frente a la incomprensión de la sujeción a la que el cuerpo de las niñas es obligado socialmente. Releo las historias de vida que circulan en estas páginas y encuentro que lxs niñxs construyen espacios de reconocimiento e inteligibilidad, un *nosotrxs*, donde lxs adultxs necesitan una clara delimitación genérica: “yo era esa duda para la gente, esa posibilidad

¹⁹ http://www.liberation.fr/societe/2013/01/14/qui-defend-l-enfant-queer_873947

inquietante que debe resolverse". En muchos relatos la masculinidad está directamente asociada a las posibilidades de libertad: vestimenta, movimientos, comportamientos y sociabilidad extramuros caracterizadas como "de varones" colaboran en la desidentificación del mandato femenino con el que muchas de nosotras hemos tenido que lidiar "ser mujer después de haber sido un mono fue lo peor", relata una de las crónicas en referencia a tener que abandonar los árboles y las tapias frente al llamado al orden de la femineidad. *Andar en cueros* suponía romper el *corset* social de ese binario sexual en el que no hay cabida para otra expresión de género ni para el deseo por personas del mismo sexo.

Romper los binarios. Quedarse al medio. Vivenciar lo liminal como potencia de acción, como posibilidad ontológica, adscribiendo una nueva postura epistemológica. Agenciar a la infancia a partir del posicionamiento político y correrlo de las narrativas definitivas parece ser la feliz tarea cumplida en estas páginas que tejen el entramado para recuperar una memoria colectiva.

*Andrea Lacombe es torta desde que tiene memoria. Doctora en Antropología Social de la Universidad Federal de Río de Janeiro, desarrolla sus investigaciones en las áreas de antropología de género y sexualidad y teoría queer, con un intenso trabajo de campo y reflexión sobre sociabilidades lésbicas y masculinidades disidentes. También ha incursionado en el periodismo en temas sobre derechos sexuales y [no] reproductivos en el website del Centro Latinoamericano en Sexualidad y Derechos Humanos (CLAM) y en el suplemento Las 12, del diario Página 12. Entre sus publicaciones se encuentra "'Para hombre ya estoy yo'. Masculinidades y socialización lésbica en un bar del centro de Río de Janeiro", Ediciones Antropofagia (2006). No milita demasiado, pero cuando lo cree necesario defiende a capa y espada las condiciones de existencia para cualquier expresión a través de la cual las personas quieran manifestar y poner en acción su deseo.

Agradecimientos

Chonguitas fue posible por la colaboración, trabajo, apoyo y entusiasmo de todas las participantes y de quienes difundieron el proyecto.

Un agradecimiento especial a Celeste Onaindia, Elena Poyan Gonzales, Andrea Lacombe, Andrea Brescia y Moris, quienes compartieron su tiempo, arte, saberes y cariño.

Chonguitas: masculinidades de niñas
Editora La Mondonga dark
Neuquén - 2013